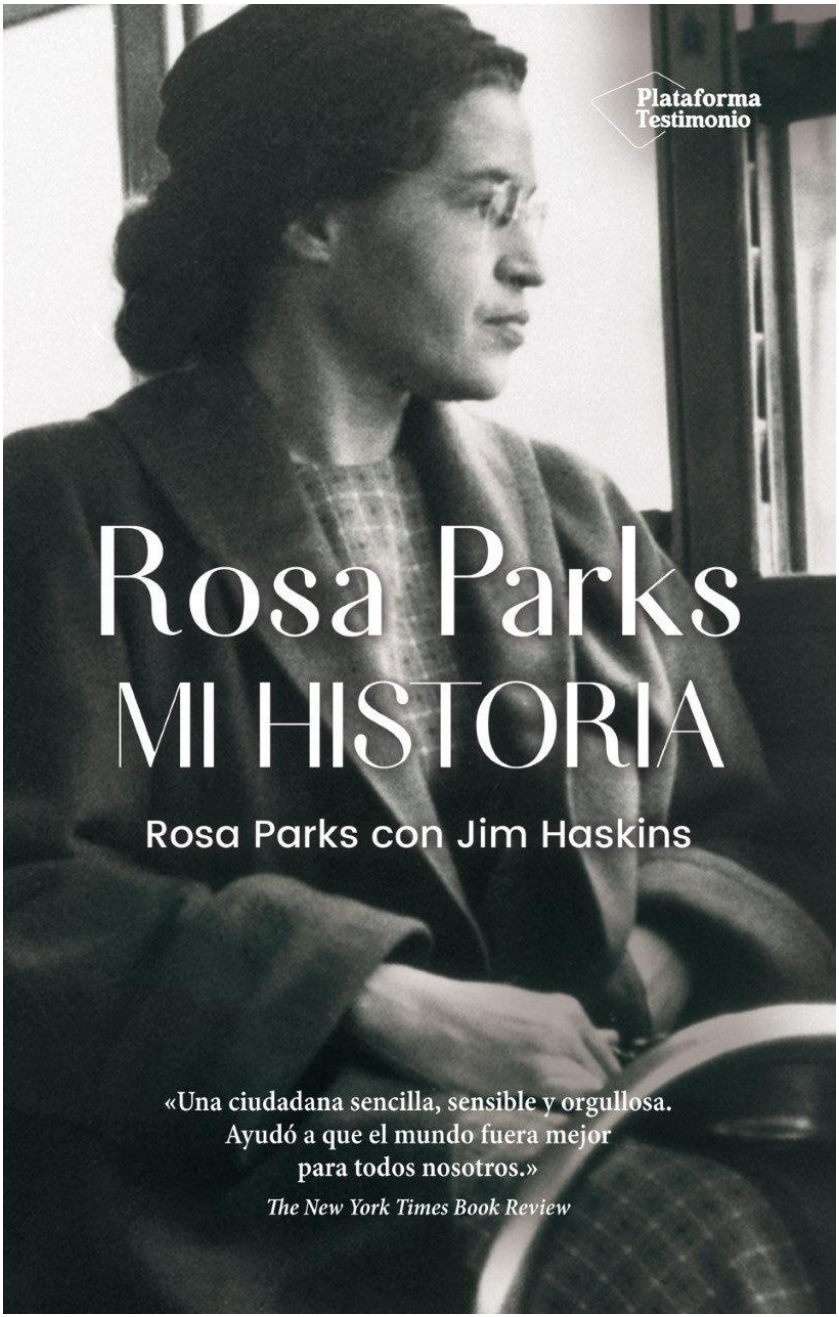
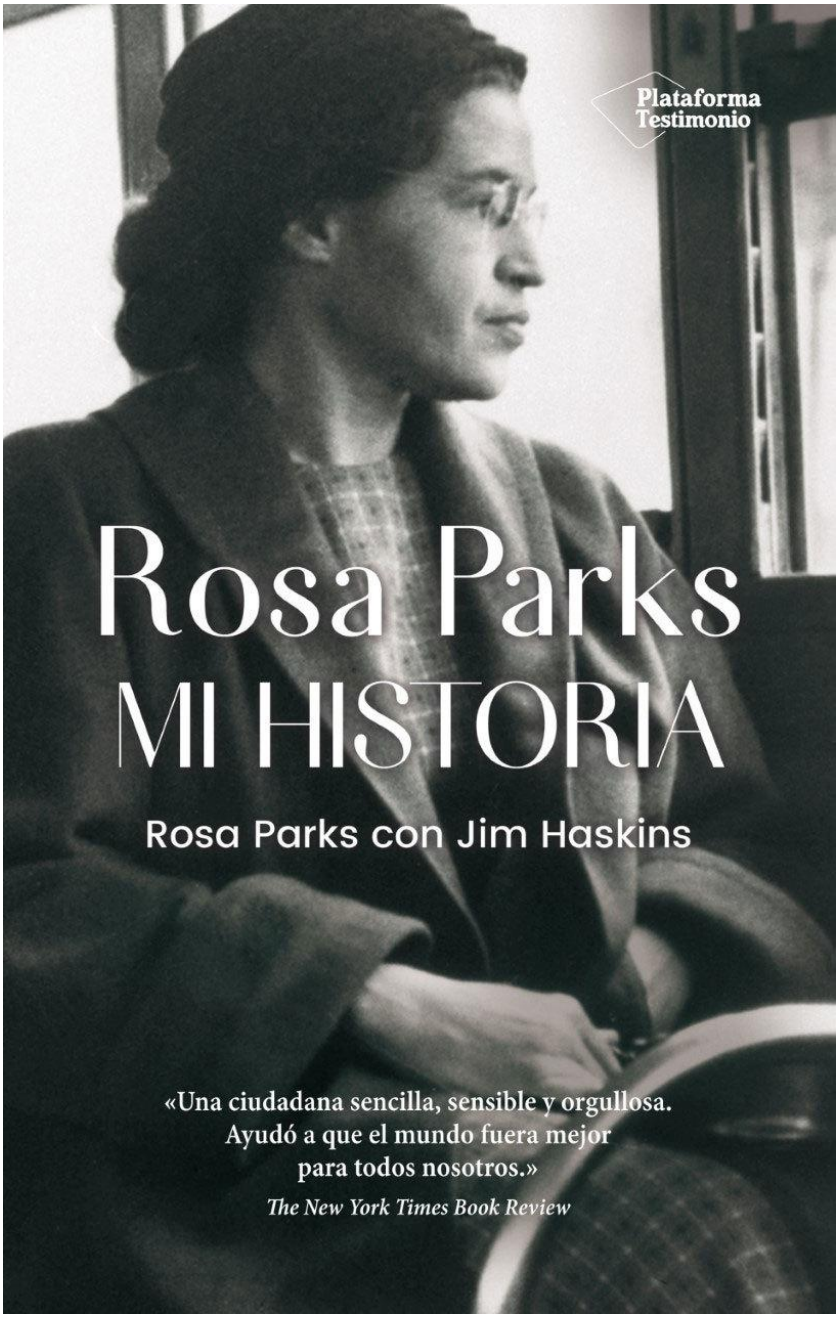

Plataforma
Testimonio
Rosa Parks
MI HISTORIA
Rosa Parks con Jim Haskins
«Una ciudadana sencilla, sensible y orgullosa.
Ayudó a que el mundo fuera mejor
para todos nosotros.»
The New York Times Book Review


Plataforma
Testimonio
Rosa Parks
MI HISTORIA
Rosa Parks con Jim Haskins
«Una ciudadana sencilla, sensible y orgullosa.
Ayudó a que el mundo fuera mejor
para todos nosotros.»
The New York Times Book Review

A lo largo de su arresto por participar en el boicot al autobús de Montgomery, Rosa Parks mantuvo siempre la dignidad. (Gentileza del Centro Schomburg, de la Biblioteca Pública de Nueva York.)

Rosa Parks

Mi historia

Rosa Parks con Jim Haskin

Traducción de

Montserrat Asensio Fernández

Título original: Rosa Parks. My story, publicado en inglés por Puffin Books en 1992.

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.

This edition published by arrangement with Dial Books for Young Readers, an imprint of Penguin Young Readers Group, a division of Penguin Random House LLC.

© Rosa Parks, 1992

Primera edición en esta colección: octubre de 2019

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2019

© de la traducción, Montserrat Asensio Fernández, 2019

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17886-12-7

Diseño y realización de cubierta:

Ariadna Oliver

Fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Dedico este libro a la memoria de mi madre, Leona McCauley, y a la de mi marido, Raymond A. Parks.

Todo mi agradecimiento a Elaine Steele, mi amiga, compañera de viaje y directora ejecutiva del Rosa and Raymond Parks Institute for Self-Development, por su ayuda con este libro.

A Rosa Parks, cuyo testimonio creativo fue la gran fuerza que impulsó la marcha moderna hacia la libertad.

MARTIN L. KING, Jr.

Inscripción escrita por Martin L. King en el frontispicio de su libro Stride Toward Freedom, del que regaló un ejemplar a Rosa Parks

Índice

1. El principio

2. No era una niña más

3. La escuela de Montgomery

4. Matrimonio y activismo

5. Luchamos por el derecho a votar

6. Secretaria de la NAACP

7. La violencia de los blancos se intensifica

8. «Estás detenida»

9. «Se han metido con la mujer equivocada»

10. Marcha hacia la libertad

11. Nos mudamos a Detroit

12. Los años que siguieron

Cronología

1. El principio

Una tarde, a principios de diciembre de 1955, estaba sentada en la primera fila de asientos para personas de color en un autobús de Montgomery, Alabama. Los blancos ocupaban la sección blanca. Subieron más personas blancas y todos los asientos de la sección blanca quedaron ocupados. Cuando eso sucedía, nosotros, los negros, debíamos ceder nuestros asientos a los blancos. Pero no me moví. El conductor, blanco, me dijo: «Deja libre esa primera fila». No me levanté. Estaba cansada de ceder ante los blancos.

«Haré que te arresten», me dijo el conductor.

«Sí, puede hacerlo», respondí yo.

Llegaron dos policías y pregunté a uno de ellos por qué nos trataban así.

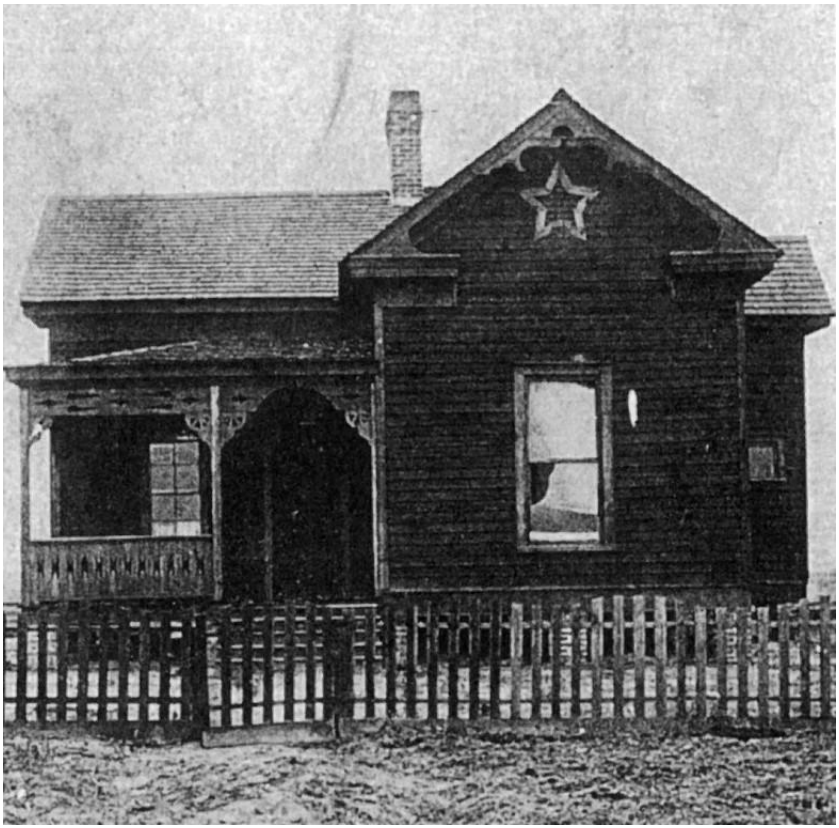
«No lo sé, pero la ley es la ley y estás arrestada», respondió.

Durante la mitad de mi vida, en el sur estadounidense hubo leyes y costumbres que mantenían a los afroamericanos segregados de los caucásicos y que permitían a los blancos tratar a los negros con total falta de respeto. Siempre lo consideré injusto e intenté protestar contra ello desde niña. Sin embargo, era muy difícil hacer nada contra la segregación y el racismo cuando los blancos contaban con el respaldo de la ley.

Teníamos que cambiar la ley de alguna manera. Y, para conseguirlo, necesitábamos que un número suficiente de blancos se pusieran de nuestra parte. Cuando me negué a ceder mi asiento en el autobús de Montgomery, no tenía la menor idea de que ese pequeño acto contribuiría a poner fin a las leyes de segregación en el sur. Lo único que sabía era que estaba cansada de que me maltrataran. Era una persona normal, tan válida como cualquier

otra. A lo largo de mi vida, unas cuantas personas blancas me habían tratado como una persona normal, por lo que conocía la sensación. Había llegado el momento de que el resto de personas blancas me trataran de esa misma manera.

Uno de mis primeros recuerdos de infancia es oír hablar a mi familia acerca de la extraordinaria ocasión en la que un hombre blanco me había tratado como a una niña pequeña normal en lugar de como a una niña pequeña negra. Fue justo después de la Primera Guerra Mundial, hacia 1919. Tenía unos cinco o seis años de edad y Moses Hudson, el propietario de la plantación junto a nuestras tierras en Pine Level, Alabama, vino de visita desde la ciudad de Montgomery y se detuvo frente a nuestra casa. Venía acompañado de su yerno, un soldado del norte. Vinieron a ver a mi familia. En aquella época, los del sur llamábamos yanquis a los del norte. El soldado yanqui me acarició la cabeza y dijo que era una niña monísima. Luego, esa misma tarde, mi familia conversó acerca de cómo el soldado yanqui me había tratado como a una niña más, no como a una niña negra. En aquel entonces, en el sur, los blancos no trataban a los niños negros igual que a los niños blancos y el modo en que el soldado yanqui me había tratado incomodó enormemente a Moses Hudson. Mi abuelo dijo que el rostro se le había encendido como un carbón ardiendo y estalló en carcajadas.



La casa donde nació Rosa Parks en Tuskegee, Alabama, EE.UU. (Gentileza de Rosa Parks.)

Crecí en la casa de mis abuelos, en Pine Level, en el condado de Montgomery, cerca de Montgomery, Alabama. Toda la familia de mi madre, Leona Edwards, procedía de Pine Level. Mi padre era de Abbeville, Alabama. Se llamaba James McCauley y era un carpintero y albañil especialmente hábil en la construcción con ladrillo y piedra.

El cuñado de mi padre, el reverendo Dominick, estaba casado con mi tía Addie y era el pastor de la Iglesia Episcopal Metodista Africana Sion de Pine Level y fue allí donde mi padre conoció a mi

madre, que era maestra. Se casaron también allí, en Pine Level, el 12 de abril de 1912. Ambos tenían veinticuatro años.

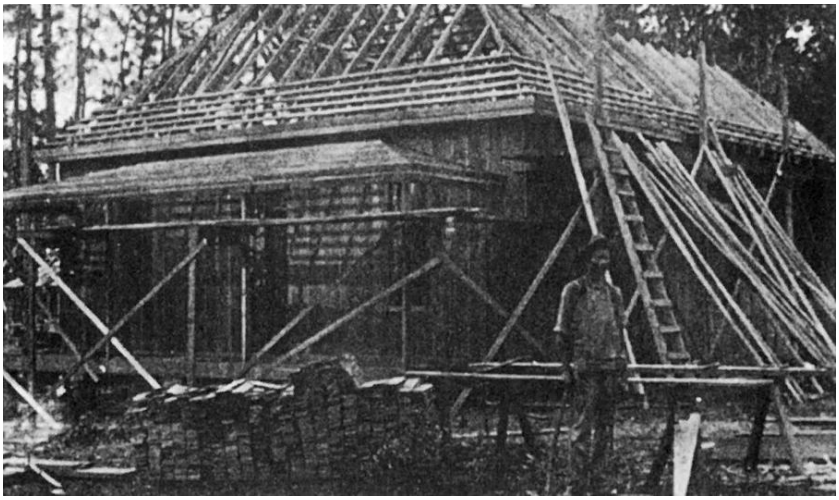
Leona Edwards (sentada), la madre de Rosa, y Beatrice, prima de Leona. (Gentileza de Rosa Parks.)

James McCauley, el padre de Rosa, 1923. (Gentileza de Rosa Parks.)

Una vez casados, se trasladaron a Tuskegee, Alabama. Allí estaba el Instituto Tuskegee, que Booker T. Washington había fundado en 1881 como una escuela para negros. Mis padres vivían cerca. Tanto los líderes blancos como los negros consideraban la ciudad de Tuskegee un modelo de buenas relaciones raciales, y es posible que ese fuera el motivo por el que mi padre se quiso mudar allí. Además, en el condado de Macon, Alabama, abundaba el empleo en la construcción. Mi madre empezó a trabajar como maestra.

No tardaron demasiado en empezar una familia. Nací el 4 de febrero de 1913 en Tuskegee y me llamaron Rosa, por Rose, mi abuela materna. Mi madre tenía unos veinticinco años cuando nací, pero siempre dijo que no estaba preparada para ser madre. Supongo que lo pasó mal, porque mi padre trabajaba construyendo casas en distintos lugares y la dejaba sola durante mucho tiempo. Cuando nací, se vio obligada a dejar de dar clases y siempre hablaba de lo triste que había estado, embarazada y sin conocer a casi nadie. En aquella época, las embarazadas no salían, no paseaban ni se relacionaban como hacen ahora. Se quedaban en casa. Mi madre explicaba que se pasó gran parte del embarazo llorando, acongojada y sin saber cómo se las arreglaría ni qué haría, porque no sabía cómo cuidar a un bebé.

Entonces nací. Fui una niña enfermiza y pequeña para mi edad. Es muy probable que a mi madre le costara cuidar de mí. Además, el hermano pequeño de mi padre vino a vivir con nosotros, así que era otra persona para la que cocinar y lavar. Mi tío Robert también era carpintero y se había matriculado en clases de carpintería y albañilería en el Instituto Tuskegee. Sin embargo, mi madre siempre dijo que el tío Robert ya sabía tanto acerca de lo que intentaban enseñarle que era él quien acababa enseñando a los maestros. Cada vez que le enseñaban un plano de construcción, decía: «No, creo que deberíamos hacerlo de este otro modo». Lo hacían del modo que había sugerido y salía bien. No fue alumno del Instituto Tuskegee durante demasiado tiempo.



Rob, el tío de Rosa, le envió a su padre, James, esta postal de la casa que estaba construyendo y preguntó por la familia. (Gentileza de Rosa Parks.)

Tengo fotografías de las casas que construyeron mi padre y mi tío. Eran preciosas. Creo que aprendieron de su padre. Ciertamente, no aprendieron nada en Tuskegee.

Sin embargo, Tuskegee seguía siendo el mejor sitio en Alabama para que los afroamericanos pudieran estudiar y mi madre se quería quedar allí. Su idea era que mi padre trabajara en el Instituto Tuskegee. En aquella época, los maestros recibían casas, para que tuvieran un lugar donde vivir. Los otros hijos que pudieran tener, y yo misma, tendríamos la oportunidad de estudiar en el instituto. En aquel entonces, los niños negros en el sur apenas tenían posibilidad de acceder a la educación. Sin embargo, mi padre no estuvo de acuerdo con la idea. Quería seguir trabajando en la construcción y ganar más dinero. Mi madre y él no estaban de acuerdo en sus planes de futuro.

Mi padre decidió que no se quería quedar en Tuskegee. Quería volver con su familia, a Abbeville. Y mi madre no tuvo más remedio que ir con él.

Así que nos fuimos a Abbeville, para vivir con la familia de mi padre. Era una familia muy numerosa, con muchos niños. Mi abuela había empezado a tener hijos pronto y no paró durante mucho tiempo. Cuando nací, el hermano más pequeño de mi padre, George Gaines McCauley, tenía ocho años. Solía decirme que al principio tuvo celos de mí, porque llevaba ocho años siendo el bebé de la familia y no le gustaba en absoluto que ahora lo fuera yo. Sin embargo, a medida que fui creciendo le fui gustando más.

Mi joven tío George me explicó todo lo que sé acerca de mi familia paterna. Me dijo que no se sabía quién había sido el abuelo de mi padre y que alguien había comentado que había sido uno de los soldados yanquis que lucharon en el sur durante la guerra de Secesión. La abuela de mi padre era una esclava y tenía sangre india o algo así. Es todo lo que sé. Si mi madre sabía algo más, no me lo explicó nunca. Creo que sentía que no era tan compatible con su familia política como tendría que haberlo sido.

Aunque creo que mi madre dio algunas clases en Abbeville, no se quedó allí demasiado tiempo. Mi padre decidió viajar al norte y mi madre no quiso quedarse en casa de su familia si él no estaba. Para entonces ya estaba embarazada de mi hermano y decidió volver a casa de sus padres, que tenían una pequeña granja en Pine Level y estaban solos después de que su sobrina, a la que habían criado, se hubiera casado y marchado. Mi madre explicaba que pensó en la casa de Abbeville, con una madre, un padre y muchos niños, y en sus padres, que no tenían a nadie. Así que hizo las maletas y se fue a vivir con ellos.

Mi madre me llevó a vivir con sus padres en Pine Level, Alabama, cuando aún era muy pequeña. Mi padre se reunió con nosotros más adelante y vivimos todos juntos, como una familia, hasta que yo tuve dos años y medio. Se fue de Pine Level para buscar trabajo y no volví a verlo hasta que tuve cinco años. Se quedó con nosotros unos días y volvió a irse. Cuando volví a ver a mi padre, ya era adulta y estaba casada.

Mis padres nunca volvieron a estar juntos. Les resultaba imposible coordinar sus vidas, porque él quería viajar y ella quería un hogar permanente.

Tengo unos recuerdos muy claros de los padres de mi madre. De hecho, mi primer recuerdo es de una vez que mi abuelo me llevó al médico para que me examinara la garganta. Tuve amigdalitis crónica durante toda mi infancia, pero esto fue cuando aún era muy pequeña. No podía tener mucho más de dos años y medio, porque es la única vez que recuerdo ser la única niña en casa. Mi madre no fue, creo que se encontraba mal (tuvo que ser justo antes de que naciera mi hermano). Mi abuelo me llevó a una tienda, porque no había consultorio médico. Me sentó en el mostrador y recuerdo que llevaba un abriguito de terciopelo rojo y un bonete. El médico me pidió que abriera la boca y la abrí; recuerdo que seguí todas sus instrucciones sin rechistar. Todo el mundo se quedó asombrado de que, siendo tan pequeña, no diera el menor problema. Abrí la boca y me introdujo algo (una cuchara o algo parecido, creo) para mantener la lengua abajo. Cuando mi abuelo me llevó de vuelta a casa, les explicó a mi madre y a mi abuela lo bien que me había portado. Es lo primero que puedo recordar acerca de mí. Siempre me gustó que me elogiaran, por trivial que fuera el motivo. Que mi abuelo pensara que era una niña tan buena me hizo feliz.

Leona y James McCauley con su hija Rosa Louise en 1914. Rosa tenía dieciocho meses de edad. (Gentileza de Rosa Parks.)

Aprendí mucho acerca de la historia de la familia de mi madre mientras viví en casa de mis abuelos. Mi bisabuelo, el padre de mi abuela, se apellidaba Percival. Era un joven irlandés-escocés que había llegado a los Estados Unidos en barco. Era blanco, pero no era

libre.

En aquel entonces, en Europa, a veces los blancos pobres eran criados ligados por contrato. Firmaban un acuerdo por el que, a cambio del pasaje a América, se comprometían a trabajar para alguien durante un número determinado de años. Durante esos años carecían de derechos y podían ser tratados como esclavos.

Mi bisabuelo llegó a los Estados Unidos por el puerto de Charleston, Carolina del Sur, y de ahí lo llevaron a Alabama para que trabajara para una familia, los Wright, en Pine Level. No le cambiaron el apellido de Percival, que imagino que trajo consigo de su país. Esa era una de las diferencias entre los esclavos negros y los criados blancos ligados por contrato. Por lo general, los esclavos negros no podían conservar sus nombres y tenían que llevar el que les pusieran sus propietarios.

Se casó con Mary Jane Nobles, de ascendencia africana y sin antepasados blancos. Era esclava y matrona y ayudaba en los partos y a cuidar de los bebés. Se casaron y tuvieron tres hijos, dos niñas y un niño, antes de que el presidente Abraham Lincoln decretara la libertad. Sus otros seis hijos nacieron libres. Mi abuela Rose era su hija mayor y tenía cinco años cuando la guerra de Secesión terminó con la victoria de la Unión sobre los Estados Confederados.

Mi abuela me explicó que, antes de que llegaran los soldados de la Unión, los propietarios de las plantaciones hicieron que los esclavos cavaran zanjas en las que enterraron sus posesiones más valiosas (vajillas, plata y joyas). Entonces, ordenaron que los niños esclavos más pequeños se sentaran a jugar sobre la tierra recién removida, para asentarla.

El fin de la guerra trajo consigo el fin de la esclavitud, pero muchos de los antiguos esclavos permanecieron donde estaban. No sabían adónde ir y no querían abandonar sus hogares. Mis bisabuelos se quedaron en su pequeña cabaña de troncos en la tierra de los Wright y siguieron trabajando para la familia. Aunque la vida no había cambiado demasiado, ahora sabían que, si querían marcharse, eran libres de hacerlo. También tenían derecho a comprar tierras. No sé ni cómo ni cuándo lo hicieron, pero, poco después de la Emancipación, mis abuelos compraron doce acres de tierra que

habían pertenecido a la plantación Hudson.

Cuando la esclavitud terminó y los esclavos descubrieron que eran libres, mi abuelo construyó una pequeña mesa para que su familia tuviera un sitio donde comer. Entonces mi abuela tenía seis años y, como era la hija mayor, lo ayudó sosteniendo una tea de pino para que pudiera trabajar de noche. Aún uso esa mesa.

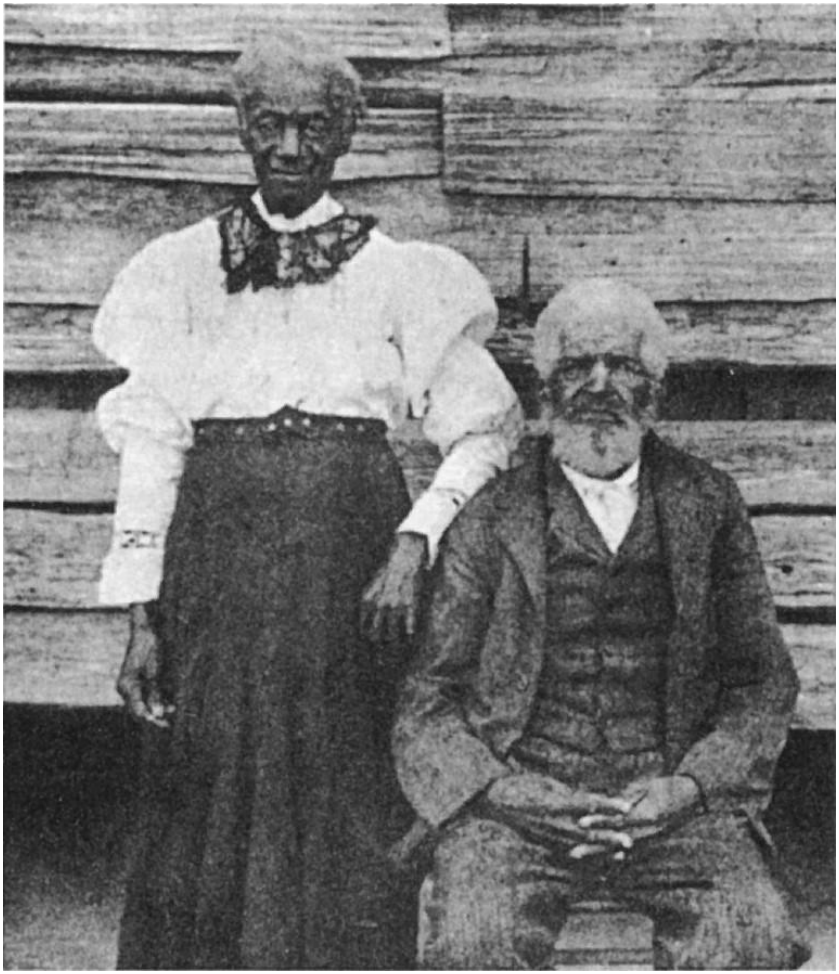
De día, mi bisabuelo construía muebles para el señor Wright, su antiguo amo. Supongo que usó las herramientas del señor Wright para construir la mesa, o incluso su propio martillo y su barrena. Una barrena es una herramienta pequeña que sirve para hacer agujeros en la madera. En lugar de usar clavos, afilaba trocitos de madera hasta hacerlos muy pequeños y los introducía en los orificios, como un taco. Así construyó la mesa.

Después de la Emancipación, mi abuela se trasladó a la casa de la familia Wright para cuidar del hijo de la señora. No tenía mucho más de seis años, pero era lo suficientemente mayor para cuidar de un niño pequeño. No tuvo que trabajar en el campo y tampoco tenía que hacer mucho en la casa.

El padre de mi abuelo fue John Edwards, un hombre blanco propietario de una plantación, y su madre fue una criada y costurera esclava que nunca trabajó en el campo. Supongo que era mestiza, porque mi abuelo, el hijo que tuvo con su amo, era prácticamente blanco. Ella falleció cuando mi abuelo era muy pequeño y John Edwards, el propietario de la plantación, murió poco después.

A partir de ese momento, su hijo, mi abuelo Sylvester, fue muy maltratado. Battle, el capataz que se hizo cargo de la plantación, detestaba tanto a mi abuelo que lo golpeaba cada vez que lo veía. Mi abuelo solía explicar que, cuando era pequeño, la única comida que recordaba haber recibido eran los restos que los trabajadores de la cocina le daban a escondidas. El capataz lo golpeaba, intentó matarlo de hambre, le prohibió llevar zapatos y lo trató tan mal que mi abuelo desarrolló un odio intenso y apasionado hacia las personas blancas. Fue él quien instiló en mi madre y en sus hermanas, y en los hijos que ellas tuvieron, que no hay que tolerar

el maltrato, venga de donde venga. Se puede decir que lo llevamos grabado en los genes.



Esta fotografía ha ido pasando de generación en generación en la familia de Rosa. Identificados como Mary Jane y James Percival. (Gentileza de Rosa Parks.)

Recuerdo que era muy emocional y excitable. Mi abuela era la

mitad tranquila de la pareja. Mi abuelo era de complexión muy clara y tenía el cabello liso, por lo que, a veces, la gente pensaba que era blanco. Se aprovechó de su aspecto caucásico todo lo que pudo. Siempre hacía o decía algo para avergonzar o irritar a los blancos. Cuando hablaba con alguien que no lo conocía, le tendía la mano y se la daba. Cuando le presentaban a un hombre blanco que no conocía, decía: «Me llamo Edwards» y le tendía la mano. Entonces, los que sí que lo conocían se azoraban y tenían que susurrar a los demás que no era blanco. En aquella época, ningún blanco le habría dado la mano a un negro. Y se suponía que los negros no podían presentarse con el apellido, sino solo con el nombre de pila.

Recuerdo también que a veces llamaba a los hombres blancos por su nombre de pila o por el nombre y el apellido, pero sin añadir «señor» al principio. Los blancos no siempre se lo tomaban demasiado bien. De hecho, se arriesgaba mucho. En aquella época, los negros no tenían permitido llamar a una persona blanca por su nombre sin decir «señor» o «señora». Mi abuelo mantenía una actitud beligerante hacia los blancos en general y le gustaba reírse de ellos a sus espaldas.

No quería que mi hermano y yo jugáramos con niños blancos. El capataz blanco de la plantación Hudson tenía hijos de nuestra edad y, cuando queríamos jugar con ellos, o ellos con nosotros, mi abuelo se mostraba muy hostil. Nos obligaba a mantenernos a distancia de ellos y ni siquiera nos dejaba estar cerca. A veces, estábamos sentados en el suelo, jugando a la sombra del carro, y aparecía gritando para que nos alejáramos de ellos.

Hacía todas las pequeñas cosas que se le ocurrían. Nunca era nada muy importante, pero era su modo de expresar la hostilidad que sentía hacia los blancos. Los blancos nunca le hicieron nada como consecuencia de su actitud. No sé cómo logró sobrevivir haciendo todo lo que hacía, siendo tan directo y hablando como hablaba, a no ser que fuera porque era tan blanco y estaba tan cerca de ser uno de ellos. Supongo que lo conocían lo suficiente para no agredirlo físicamente.

Es posible que su mala salud también tuviera algo que ver con su irritabilidad. Tenía artritis, aunque entonces lo llamábamos

reumatismo. No sé cuántos años tenía cuando quedó inválido, pero creo que era muy joven. Apenas podía llevar zapatos si no los agujereaba por los dedos y a veces ni siquiera podía caminar. Y ahí estaba él, intentando cuidar de toda una familia.

Él y mi abuela se casaron muy jóvenes y lo que siempre anheló por encima de todo lo demás era que ninguno de sus hijos o familiares tuviera que cocinar o limpiar para los blancos. Quiso que todos sus hijos fueran a la escuela, para que no tuvieran que hacer trabajos de ese tipo.

El trabajo doméstico se pagaba muy mal y quienes lo desempeñaban no eran muy respetados. La mayoría de las empleadas domésticas trabajaban mucho y no tenían oportunidad de estudiar. Por eso, mi abuelo quiso que mi madre estudiara y fuera maestra. El de maestro era un empleo prestigioso y se pagaba mejor. Aunque los maestros afroamericanos no cobraban tanto como los caucásicos, cobraban más que los empleados domésticos.

Mis abuelos tuvieron tres hijas. Una murió en la adolescencia y no llegó a marcharse de casa para estudiar. Otra de las hijas, Fannie, hizo justo lo que mi abuelo no quería: se fue de casa a la ciudad de Montgomery para trabajar en casas de blancos. No llegó a marcharse para estudiar, lo que significa que no pudo estudiar más allá de primaria, porque las escuelas negras cerca de Pine Level no superaban ese nivel. Si querías ir al instituto, tenías que marcharte. Fannie era unos siete años mayor que mi madre. O bien mi abuelo no disponía del dinero suficiente para enviarlas a las dos o bien la mayor no quiso estudiar. La mayoría de las mujeres sureñas, ya fueran blancas o negras, no seguían estudiando después de los catorce años.

Me parece recordar que una vez oí a mi madre decir que mi abuelo había tenido la esperanza de que su hija mayor estudiara, pero parece que Fannie no pensaba lo mismo. Quizás quiso empezar a ganar dinero inmediatamente, aunque las criadas ganaban muy poco en esa época. Creo que quería estar sola y lo estuvo hasta que se casó, varios años antes que mi madre.

Mi madre, Leona Edwards, estudió en la Universidad Payne, en Selma, Alabama. No se quedó lo suficiente para licenciarse, pero

obtuvo un certificado que le permitía enseñar. Dio clases en Pine Level hasta que conoció a mi padre y se casaron.

Después de que volviéramos a Pine Level para vivir con mis padres y después del nacimiento de mi hermano Sylvester, volvió a dar clases. La escuela negra de Pine Level ya tenía maestra, así que tuvo que dar clases en otro pueblo, Spring Hill. Estaba demasiado lejos para que pudiera ir y volver a pie cada día y prepararse las clases, así que durante la semana se quedaba allí con una familia. Recuerdo cuando se iba en el carro, con mi abuelo a las riendas. Tenía una mula y un pequeño carro con el que desplazarse. Yo no sabía muy bien por qué se iba mi madre y le preguntaba a mi abuela: «¿Mamá Leona se va a aprender a dar clases en la escuela?». Mi abuela respondía: «No, ya daba clases en la escuela antes de que tú nacieras, así que ahora va a dar clases en la escuela». Ahora ya lo sabía, pero lo cierto es que me alegraba muchísimo cuando la veía volver.

Me gustaba estar con mis abuelos. A veces me llevaban a pescar a un arroyo de la plantación. Como ya eran de edad avanzada, había veces en que no podían ensartar el cebo en el anzuelo y yo lo hacía por ellos. Imagino que por eso les gustaba llevarme a pescar. Agarraba el gusano y, por mucho que se retorciera, acababa ensartado en el anzuelo. Había quienes los golpeaban y los mataban, pero yo siempre creí que los peces podrían ver al gusano moviéndose en el anzuelo y que preferirían morder un gusano vivo antes que uno muerto. Además de gusanos, la gente también usaba grasa animal o colas de gamba como cebo.

Sylvester, que llevaba el nombre del padre de mi madre, era dos años y siete meses más joven que yo. Le encantaba hacer travesuras, pero yo siempre lo protegí. Aunque yo no lo recuerdo, mi abuela me explicó la historia de una vez, cuando mi madre no estaba, y ella estaba a punto de darle una buena azotaina. Era muy pequeño, ella lo estaba riñendo y, entonces, agarró una vara. Le dije: «Abuela, no lo azotes. Es un bebé muy pequeño y no tiene ni madre ni padre».

Así que volvió a dejar la vara, me miró y decidió que, al menos ese día, no lo azotaría. Recuerdo lo travieso que era y que yo recibí más azotes por no chivarme de lo que él había hecho que por las cosas

que había hecho yo. Nunca dejé de sentir ese instinto protector hacia él.

2. No era una niña más

Es posible que la costumbre de proteger a mi hermano pequeño me ayudara a aprender a protegerme a mí misma. Sé que tenía un sentido de la justicia muy fuerte. Y esa actitud me causó más de un problema.

Un día, cuando tenía unos diez años de edad, me topé con un niño blanco, Franklin, en la carretera. Era aproximadamente de mi tamaño, o quizás algo más grande. Me dijo algo y amenazó con golpearme; cerró el puño y lo alzó, como si fuera a darme un puñetazo. Agarré un ladrillo y le dije que se atreviera a golpearme. Se lo pensó mejor y se fue.

No le di más vueltas y supongo que él tampoco lo hizo. Sin embargo, una mañana se lo expliqué a mi abuela: «El otro día vi a Franklin. Me amenazó con golpearme y yo agarré un ladrillo para lanzárselo». Me riñó muy severamente y me dijo que tenía que aprender que los blancos eran blancos y que uno no podía hablar ni comportarse de esa manera con ellos. Si te hacían algo, no podías defenderte.

Me enfadé mucho, porque sentía que tenía derecho a defenderme si podía. Mi abuela añadió que era demasiado nerviosa y que, si no tenía cuidado, me lincharían antes de cumplir los veinte años. No tuve ningún otro percance con Franklin, pero no fue porque tuviera miedo. Lo cierto es que no recuerdo haberlo visto más, aunque supongo que volvimos a cruzarnos más veces. Sin embargo, la actitud de mi abuela me dolió, porque me pareció que se había puesto del lado de él en lugar del mío. En aquel momento, sentí que lo favorecía a él más que a mí.

Mucho después, pude entender que mi abuela me había reñido porque tenía miedo por mí. Sabía lo peligroso que era que actuara como si fuera igual que Franklin o que cualquier otro blanco. En

aquellos tiempos, en el sur, los negros podían recibir una paliza o incluso ser asesinados por eso.

No tuve muchos más incidentes con niños blancos. En general, los niños blancos iban con niños blancos y los niños negros con niños negros. Íbamos a escuelas y a iglesias distintas y entrábamos en contacto en contadas ocasiones.

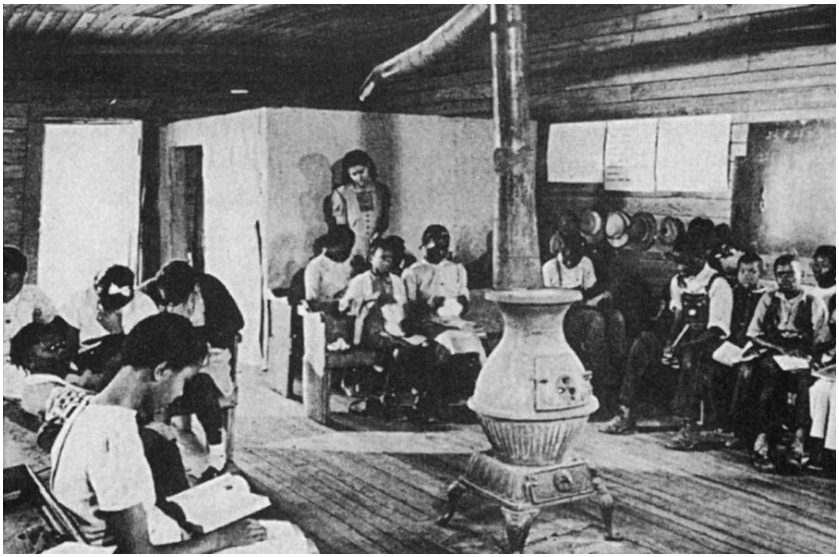
Mi hermano y yo empezamos la escuela con un año de diferencia, aunque nos llevábamos más de dos años. Yo era pequeña para mi edad y, por eso, mi madre no quiso enviarme a la escuela demasiado pronto. Era muy delicada y padecía amigdalitis crónica, y tenía un retraso de crecimiento desde que era muy pequeña. Mi hermano era un niño más grande que yo y siempre fuimos de un tamaño parecido. Hubo periodos, cuando aún éramos pequeños, en que él pesaba más que yo. Tenía los ojos algo rasgados, lo que le daba un aspecto casi oriental. Cuando tenía trece o catorce años, había un hombre que venía y lo llamaba «chino». A Sylvester le molestaba muchísimo.

Empecé a ir a la escuela cuando tenía unos seis años. Sylvester empezó un año después, a los cinco. Íbamos a la escuela negra de Pine Level, que tenía una única maestra y que se hallaba en un pequeño edificio a escasa distancia de donde vivíamos. También estaba cerca de nuestra iglesia, la Iglesia Episcopal Metodista Africana Sion; de hecho, estaba en el mismo patio. Podíamos ir hasta los doce años y había entre cincuenta y sesenta niños en el aula. Nos sentábamos en distintas filas según la edad y, en algunos momentos, los alumnos más mayores salían a leer o a recitar. En otras ocasiones, les tocaba a los más pequeños.

Mi primera maestra fue la señorita Sally Hill y era muy amable. Recuerdo que era una señora con la piel de color marrón claro y unos ojos muy grandes. Cuando los niños se burlaban de mí o me decían algo sobre lo pequeña que era, empezaba a llorar y me sentaba junto a ella. A veces me llamaba y hablaba conmigo.

Ya sabía leer cuando empecé a ir a la escuela; mi madre me había enseñado en casa. En realidad, ella fue mi primera maestra. No recuerdo cuándo empecé a leer, pero creo que tenía tres o cuatro años. Me encantaban los libros y me gustaba leer y contar. Me

parecía fantástico poder agarrar un libro y sentarme a leer, o lo que yo pensaba que era leer. Cuando encontraba libros cuyas palabras no podía descifrar, me inventaba la historia y hablaba de las imágenes.



Las escuelas para negros en el sur eran pequeñas y estaban masificadas. Normalmente ni siquiera contaban con mesas sobre las que escribir. (Gentileza del Departamento de Relaciones Públicas de la NAACP.)

En la escuela, me gustaban los cuentos de hadas y los poemas de Mamá Oca. Recuerdo que intenté encontrar Caperucita roja, porque alguien me había dicho que era un cuento muy bonito. Fuera lo que fuera que la señorita Hill nos daba para leer, me sentaba y leía el libro entero, no solo una página o dos. Y luego le decía: «He terminado este libro». Luego empecé a escribir y a trazar letras.

Solo tuve a la señorita Hill durante un año. Luego, nuestra maestra fue la señora Beulah McMillan, aunque la llamábamos señorita Beulah. Era maestra desde hacía mucho tiempo y le había dado

clases a mi madre cuando era pequeña. Mi madre tenía una fotografía de esa misma escuela con los alumnos delante del edificio, en las escaleras: en hileras sobre los escalones y luego en el suelo. Los más bajitos y los chicos estaban de rodillas, en el suelo. Mi madre no se la quería enseñar a nadie, porque era una fotografía muy vieja y estropeada, pero a mí me gustaba. Con frecuencia, sacaba la lupa y examinaba los rostros, que eran muy pequeños.

Me gustaba la señorita Beulah y me gustaba ir a la escuela. Nos lo pasábamos bien. En el patio, las niñas jugábamos a lo que llamábamos «juegos en círculo», como el patio de mi casa, ¡al centro! o pato, pato, ganso. Los niños jugaban a la pelota. En casa jugábamos un poco. Mi madre nos compraba pelotas y teníamos que ser muy cuidadosos con ellas, porque las pelotas de caucho se perdían con facilidad. No duraban mucho. Decíamos que jugábamos al béisbol. Yo no era muy activa, porque, cuando lo intentaba, me caía y me hacía daño. Los deportes de carreras no se me daban demasiado bien.

Algunos de los niños más mayores en la escuela eran muy buenos corriendo y jugando a la pelota. Eran los mismos que se encargaban de la leña en la escuela. Los niños más mayores salían a talar leña y la traían. A veces, algún padre cargaba un carro con leña y la traía a la escuela y los chicos la descargaban y la metían dentro.

En la escuela para blancos no tenían que hacer nada de eso. El Ayuntamiento o el condado se encargaban de la calefacción de la escuela para blancos. Recuerdo que, cuando era muy pequeña, construyeron una escuela nueva para niños blancos no muy lejos de donde vivíamos y, claro, pasábamos por delante. Era un edificio de ladrillo muy bonito y todavía sigue en pie. Más adelante, supe que la habían construido con dinero público, con los impuestos que habían pagado tanto blancos como negros. Los negros tenían que construir y calentar sus propias escuelas sin ayuda del Ayuntamiento, del condado o del estado.

Otra de las diferencias entre nuestra escuela y la de los blancos era que nosotros solo íbamos cinco meses al año, mientras que ellos iban nueve. Muchas de las familias de los niños negros los necesitaban para arar y sembrar en primavera y para cosechar en otoño. Eran familias de aparceros, como los vecinos de mis abuelos.

Los aparceros trabajaban la tierra de los propietarios de las plantaciones a cambio de una parte de la cosecha y tenían que entregar el resto al dueño de la plantación. Así que necesitaban que los niños los ayudaran. Cuando empecé a ir a la escuela, solo íbamos de finales de otoño a principios de primavera.

Cuando empecé a ir a la escuela ya era consciente de la gran diferencia que había entre blancos y negros. Había escuchado las historias de mi abuelo acerca del maltrato que había sufrido de pequeño a manos del capataz blanco y mi madre me había explicado historias acerca de la esclavitud que los ancianos le habían contado a ella. Recuerdo que me dijo que los esclavos tenían que fingir que eran felices: los blancos se enfadaban si los esclavos daban muestras de infelicidad. También los trataban mejor si pensaban que a los esclavos les caían bien los blancos.

Cuando moría algún blanco, sus esclavos tenían que fingir que lo lamentaban. Se escupían en la mano y usaban la saliva para humedecerse las mejillas, como si hubieran llorado. Lo hacían delante de los niños esclavos, que aprendían a hacer lo mismo delante de las personas blancas de luto.

Me alegraba que ya no viviéramos en la esclavitud. Aunque sabía que, en algunos aspectos, las condiciones de vida para mi familia y yo misma no eran mucho mejores que durante la esclavitud.

Era consciente de que íbamos a una escuela distinta a la de los niños blancos y de que la escuela a la que íbamos nosotros no era tan buena como la suya. La nuestra no tenía ventanas de cristal, sino pequeñas contraventanas de madera. Sus ventanas tenían cristales.

Algunos niños blancos iban a la escuela en autobús. No había autobuses escolares para los niños negros. Recuerdo que a veces, cuando íbamos de camino a la escuela, el autobús de los niños blancos pasaba a nuestro lado y los niños blancos nos tiraban basura por la ventana. Al cabo de un tiempo, cuando veíamos que se acercaba el autobús escolar blanco, abandonábamos la carretera y caminábamos por los campos, para alejarnos del asfalto. Entonces no teníamos lo que ahora llaman «derechos civiles», por lo que no teníamos manera de protestar ni nadie ante quien hacerlo. No era

más que una cuestión de supervivencia (salir de la carretera), para poder seguir existiendo de un día al siguiente.

Pine Level era muy pequeño y no aplicaba el nivel de segregación que existía en las ciudades. No sé cuál sería la proporción entre blancos y negros, pero era una población pequeña. Había muy pocos servicios públicos como autobuses o fuentes, así que, cuando era una niña en Pine Level, no vi ninguna fuente marcada con «Negros» o «Blancos». No había «centro» urbano. Solo había tres tiendas, colmados, básicamente. Y todos los tenderos eran blancos. En una de las tiendas había una oficina de correos. No había estación de tren y el tren más próximo estaba a unos veinte kilómetros, en un lugar llamado Ramer, más al oeste.

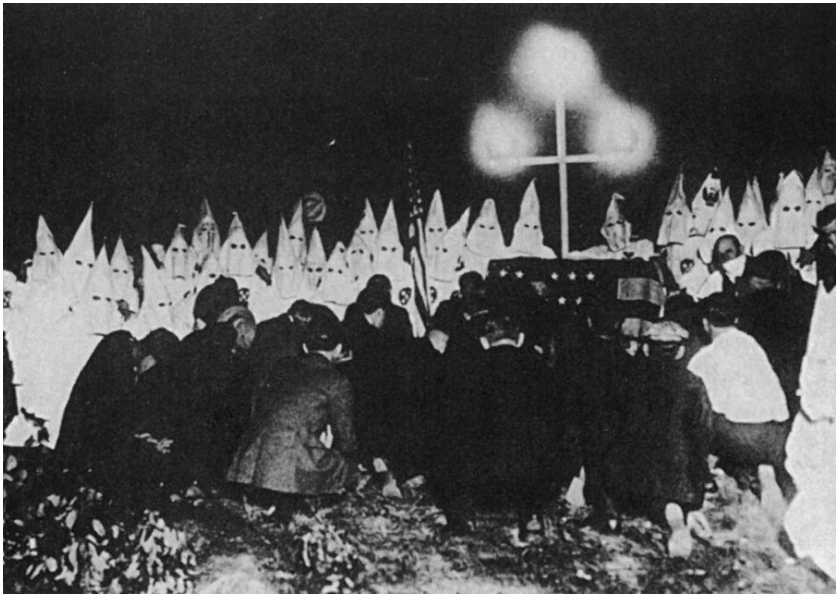
A los seis años ya fui lo bastante mayor como para darme cuenta de que, en realidad, no éramos libres. El Ku Klux Klan atacaba a la comunidad negra, quemaba iglesias, daba palizas y mataba. En aquel entonces no entendía por qué había tanta actividad del Klan, pero luego supe que era porque los soldados afroamericanos que regresaban de la Primera Guerra Mundial actuaban como si merecieran la igualdad de derechos porque habían servido a su país.

A los blancos no les gustaba que los negros mantuvieran esa actitud, así que empezaron a cometer todo tipo de actos violentos contra los negros, para recordarles que no tenían ningún derecho.

Llegó un momento en el que la violencia era tal que mi abuelo tenía siempre cerca su arma (una escopeta de dos cañones). También recuerdo que hablamos de que teníamos que acostarnos vestidos para poder salir corriendo si era necesario, porque los del Klan venían a casa. Recuerdo que mi abuelo dijo: «No sé cuánto duraré si se meten en casa, pero os aseguro que me llevaré por delante al primero que entre por la puerta».

Vivíamos en lo que llamaban autovía, que entonces estaba cubierta de grava, no asfaltada. Los del Klan circulaban por ella. Mi abuelo no salía a buscar problemas, pero estaba decidido a defender su hogar. Recuerdo pensar que, pasara lo que pasara, yo quería verlo. Quería ver cómo disparaba la escopeta. No me iban a pillar durmiendo. Recuerdo que, por la noche, él se sentaba junto al fuego

en su hamaca y yo me sentaba en el suelo junto a él. Y él tenía la escopeta cerca, por si acaso.



Nuevos miembros al ser aceptados en el Ku Klux Klan. La organización supremacista blanca hacía todo lo posible para intimidar a los negros y someterlos. (Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.)

Tuvimos suerte; los del Klan nunca vinieron a casa y, al cabo de un tiempo, ese periodo de violencia llegó a su fin. Pero la violencia siempre estaba ahí y nos enterábamos siempre.

Era pequeña y no había leído mucho acerca del racismo, pero sí que escuchaba con atención. Oí hablar mucho acerca de personas negras que aparecían muertas sin que nadie supiera qué había pasado. Otros negros los recogían y los enterraban. A veces me preguntan cómo podía vivir con ese miedo, pero era la única vida que conocía y Pine Level era el único lugar que conocía.

Mis abuelos eran los únicos negros de la plantación que poseían tierras. Tenían dieciocho acres. Doce los habían heredado de mi bisabuelo, James Percival, que había comprado la tierra para él y su esposa, mi bisabuela Mary Jane, tras la emancipación, y había construido una pequeña cabaña de madera. Mi abuela Rose, su hija, había recibido los otros seis acres para que pudiera vivir allí durante toda su vida. La abuela Rose había cuidado de una niña de la familia Wright, la propietaria de la tierra. Cuando esa niña creció, se casó con un comerciante de Montgomery que se llamaba Moses Hudson. Aunque la plantación era de ella, cuando se casaron, la plantación pasó a llamarse Hudson Place. Moses Hudson le dio a mi abuela Rose las tierras y la casa donde habían vivido los Wright. Esa era la casa donde vivíamos.

En nuestras tierras cultivábamos fruta, pacanas y nueces. Cuidábamos del jardín y teníamos gallinas y unas cuantas vacas. No necesitábamos comprar demasiadas cosas en las tiendas. Aunque mi abuelo era el que solía ir a comprar, a veces mi hermano y yo lo acompañábamos en el carro. Vendía huevos y los intercambiaba por lo que fuera que la familia necesitaba y no tenía. También vendía gallinas y terneros. Las tiendas tenían casi todo lo que necesitábamos, como telas. No recuerdo haber comprado ninguna prenda ya confeccionada en Pine Level, pero sí que podíamos comprar telas y mi madre cosía para nosotros. El poco dinero que ganábamos procedía de las clases de mi madre y de cultivar las tierras de otros.

Cuando acabábamos de trabajar nuestras tierras, solíamos trabajar en el campo de Moses Hudson. El señor Sherman Gray se ocupaba de los peones y siempre lo llamábamos señor Sherman o señor Gray, porque era mayor que nosotros y lo respetábamos. Otros lo llamaban el «negro al mando». Era mulato. Tenía muchos hijos y vivían cerca de nosotros.

Trabajé de peón en el campo cuando aún era muy pequeña, no tendría más de seis o siete años. Como al resto de los niños, me daban un saco de harina y esperaban que recogiera entre medio kilo y un kilo de algodón. Lo convertíamos en un juego, para ver quién recogía más. Cuando crecí y me hice más fuerte, unas veces recogía algodón y otras escardaba.

Recogíamos algodón en otoño, cuando había madurado y estaba listo para ir a la desmotadora, que separaba la fibra de las semillas. Escardábamos en primavera, cuando las plantas eran jóvenes. Arrancábamos las malas hierbas que las rodeaban y a veces recortábamos las plantas de algodón para que crecieran con más fuerza.

Nos pagaban cincuenta centavos diarios por escardar y un dólar por cada cuarenta y cinco kilos de algodón recogido. No sé cuánto algodón era capaz de recoger cuando era pequeña, porque los niños dejábamos los sacos de algodón en el suelo, en el mismo montón que los adultos. Los de nuestra familia poníamos todo el algodón que recogíamos en un mismo montón. Cuando tuve diez o doce años, empezaron a pesar mi montón por separado.

Recoger algodón era un trabajo duro y abrasador. (Fotografía de Ben Shahn, gentileza de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.)

Recoger o escardar algodón era un trabajo muy duro. Acostumbrábamos a decir que trabajábamos de «ver a no ver», que significa trabajar desde cuando se puede ver (amanecer) hasta cuando ya no se ve nada (atardecer). Jamás olvidaré cómo me quemaba el sol. Y la tierra abrasadora nos quemaba los pies tanto si llevábamos el calzado de trabajo como si no.

Normalmente no llevábamos zapatos. Antes se decía que «solo el caballo y el jefe llevan zapatos», y así era para los peones de campo en Hudson Place. Solo había dos «pares» de zapatos buenos en toda la plantación: los del señor Freeman, el capataz blanco, y las herraduras del caballo sobre el que recorría el campo.

El señor Freeman estaba a cargo de todo. Y sus hijos eran los niños con los que mi abuelo no nos dejaba jugar a Sylvester y a mí. El señor Sherman Gray acostumbraba a acercarse al señor Freeman para preguntarle: «¿Qué harían ustedes, los blancos, si no nos tuvieran a nosotros, los negros, para hacer el trabajo?», y sugería que procedía algún elogio por la buena calidad del trabajo de los peones. El señor Freeman respondía con voz autoritaria: «Sherman, si no os tuviera a vosotros trabajando para mí, tendría a otros. Tendría a otros negros imbéciles trabajando para mí». Eso es exactamente lo que decía. Lo sé porque, cuando lo decía, estábamos allí, trabajando en el campo.

Recuerdo pensar sobre eso y sobre otro hombre que era vecino nuestro. También tenía muchos hijos y era puramente negro. No tenía ni una gota de sangre blanca en sus venas. Era un señor mayor, el señor Gus Vaughn. Su esposa y sus hijos trabajaban en el campo, pero lo único que hacía el señor Gus Vaughn era caminar apoyado en su bastón. No trabajaba para nadie. No hacía nada a excepción de pasear con el bastón y hablar. El señor Freeman no soportaba al señor Gus Vaughn. «Gus, no me gustas», le decía, a lo que el señor Vaughn respondía: «Tampoco pierdo nada», y seguía caminando. Al principio no entendía lo que quería decir, pero luego supe que lo que decía era que a él tampoco le gustaba el señor Freeman.

Así que veía que había como mínimo un hombre negro que no quería trabajar para el señor Freeman. Y, más adelante, cada vez que oía decir a los blancos que quienes se atrevieron a alzarse

contra ellos fueron los negros de tez más clara, siempre me acordaba del señor Gus Vaughn, que no tenía ni una gota de sangre blanca.

No todos los blancos de Pine Level trataban con hostilidad a los negros y no crecí pensando que todos los blancos eran odiosos. Recuerdo que, cuando era muy pequeña, había una anciana blanca que solía llevarme a pescar. Era muy amable y me trataba como a cualquier otra persona. Visitaba mucho a mis abuelos y conversaba con ellos durante mucho tiempo. Así que en Pine Level había blancos buenos.

3. La escuela de Montgomery

Pine Level fue todo mi mundo durante mi primera infancia. La primera vez que fui a Montgomery, la gran ciudad más próxima, tenía unos ocho años. Mi madre mantenía vigente su acreditación como maestra al asistir a la escuela de verano en la Alabama State Normal, una facultad de magisterio para negros que ahora es la Universidad Estatal de Alabama.

Viajábamos en automóvil de Pine Level a Montgomery. No recuerdo haber viajado en autocar público en toda mi infancia. Muchos años después, recuerdo que mi marido dijo que había un autocar público que hacía el trayecto entre Tuskegee y Montgomery (vivió en Tuskegee una temporada). Sin embargo, ni siquiera permitían que las personas de color entraran dentro del vehículo. Tenían que ir sobre el techo, con las maletas. De todos modos, durante mi infancia en Pine Level nunca oí hablar de eso. Si había autocar, las personas negras de Pine Level no quisieron someterse a tamaña humillación. Preferían ir en vehículo privado.

En Pine Level había personas negras que tenían coche y supongo que se puede decir que ofrecían un servicio de transporte. Podías pagarles para que te llevaran adonde quisieras ir siempre que estuvieras dispuesto a viajar cuando a ellos les fuera bien. A veces tenías que levantarte muy pero que muy pronto por la mañana. Algunos tenían camiones y llevaban a la gente de pie, en la parte de atrás. No recuerdo haber viajado nunca en un camión.

Normalmente viajábamos con un señor al que llamábamos señor Barefoot. Cuando queríamos ir a la ciudad, teníamos que estar preparados muy pronto, por la mañana. Tenía un Ford Modelo T y lo llenaba de gente.

Si ibas a Montgomery de compras, bajabas en un lugar llamado Bougahome, que pronunciábamos «bag-a-jom». Era un pequeño

barrio comercial para agricultores, que podían comprar productos básicos y pienso allí. Era la primera parada al llegar a Montgomery y la última al salir.

Si querías quedarte a dormir en Montgomery, antes tenías que buscar dónde hacerlo. Las personas negras no se podían alojar en los hoteles del centro ni en las pensiones para blancos. Aunque había pensiones para negros, nosotros teníamos que quedarnos en casa de algún familiar, porque mi madre cobraba muy poco por las clases. Mi padre desapareció durante varios años y no se comunicaba demasiado con ella. Y, si escribía, enviaba muy poco dinero. Eso cuando enviaba algo. Además, era mejor que las mujeres y los niños se quedaran con familiares que en pensiones.

Nos quedábamos con una prima hermana de mi abuela Rose a la que llamábamos prima Ida Nobles. Mi hermano, claro está, se quedaba en casa con mi abuela y mi abuelo. Tenía unos seis años. La prima Ida era soltera y estaba criando a un sobrino, el hijo de su hermana, que se había ido a vivir a Chicago y que murió atropellada por un tranvía. Dejó a su hijo, que tenía unos dieciséis años, aunque a mí me parecía un hombre adulto, y la prima Ida se lo quedó. Sin embargo, le caí en gracia y quería que fuera su niñita. Mi madre quería que fuera a la escuela en Montgomery, porque allí podría hacerlo durante nueve meses al año. La prima Ida vivía puerta con puerta con un médico, por lo que, si me dolía la garganta o las amígdalas me daban problemas, como solía ser el caso, tendría acceso a atención médica. Mi madre pensaba que era una situación ideal y estaba dispuesta a dejarme con la prima Ida durante todo el curso. Sin embargo, la prima Ida quería adoptarme legalmente y criarme como si fuera hija suya, cambiarme el nombre, etcétera. Yo no tenía ni idea de esos planes. Los adultos me habían dado a entender que me quedaría al cuidado de otra persona durante un tiempo. Mi madre no quería renunciar a mí y la prima Ida no estaba de acuerdo, así que al final me quedé con otra prima. No supe de este desacuerdo hasta después, cuando mi madre me lo explicó. Yo prefería quedarme con mi madre. Y prefería tener a Sylvester como hermano pequeño que al sobrino de la prima Ida, que se llamaba Gus Delaney, como hermano mayor.

Así que nos fuimos de casa de la prima Ida y nos quedamos con el

primo hermano de mi madre, el sobrino de la abuela Rose. Era uno de los Percival (el primo Lelar y su mujer, Saphonia). Tenían tres hijos pequeños: Pauline, Claud y un bebé recién nacido llamado Morris. Era la primera vez que podía quedarme en una casa con un recién nacido, y me gustó. Mi madre y yo nos quedamos con la familia Percival hasta el final de la escuela de verano y, entonces, volvimos a Pine Level.

Mi madre me llevaba a clase a la Alabama State Normal mientras ella iba a la escuela de verano para renovar su acreditación como maestra. Me gustaba ir a clase y, como en verano tenía mejor salud que en invierno, no faltaba ningún día por enfermedad. La escuela a la que asistía era una escuela de prácticas para los alumnos de magisterio. La Alabama Normal me pareció una escuela muy grande, comparada con la mía en Pine Level. Había un edificio de ladrillos muy grande, el Tullibody Hall, y otros cuatro edificios más pequeños. También había un campo abierto con graderías para los deportes. Solo estuve allí unas semanas antes de tener que volver a Pine Level.

Creo que fue entonces, cuando volvimos a Pine Level, cuando descubrí que habían dejado de dar clases en Monte Zion y que habían clausurado el pequeño edificio de madera. Ahora teníamos que ir a una escuela en Spring Hill, en una iglesia a unos trece kilómetros. Mi madre era la maestra y aún se quedaba en Spring Hill durante la semana. Sylvester y yo íbamos y volvíamos a pie cada día.

Mi madre era muy buena maestra. No teníamos gimnasio, pero creía en el ejercicio físico y a lo largo del día nos hacía hacer estiramientos para descansar. Salíamos fuera a hacerlos. Dentro, era muy creativa y hacía muchas más cosas además de leer, escribir y estudiar. Las niñas cosíamos, hacíamos punto, tejíamos y hacíamos punto de cruz. También elaborábamos cestas con hojas de maíz y agujas de pino. Mi madre me dio clases hasta que cumplí once años y, entonces, me envió a la escuela de Montgomery.

La escuela se llamaba Montgomery Industrial School, pero casi todo el mundo la llamaba la escuela de la señorita White, porque la señorita Alice L. White era su directora y cofundadora. La señorita Margaret Beard era la otra fundadora. La señorita White, como

todas las maestras, era caucásica. Y todas las alumnas éramos afroamericanas. Mi madre me envió allí porque ya no podía continuar en Spring Hill y en la zona no había institutos de secundaria para negros. Todos los estudiantes negros que querían seguir estudiando en el sistema público tenían que ir a Montgomery, a la escuela de prácticas, en la Alabama Normal.

De haberme quedado con la prima Ida, habría ido al instituto de secundaria público. Cuando tenía ocho años, se llamaba Swayne School. Luego le cambiaron el nombre a Booker T. Washington. Pasábamos por delante con frecuencia y la prima Ida me decía que, si me iba a vivir con ella, estudiaría allí. Como al final no fue así, a mi madre se le ocurrió enviarme a la escuela de la señorita White, porque tenía una reputación fantástica, mejor que la del instituto público. Mi madre quería que accediera a la formación que la señorita White podía ofrecerme.

La señorita White era de Melrose, Massachusetts, y su claustro estaba compuesto íntegramente por mujeres blancas del norte. Eso significaba que, cuando venían al sur a educar a niñas negras, la comunidad blanca de Montgomery las marginaba. Toda su vida social tenía que ser con negros, así que iban a iglesias negras, etcétera. La señorita White lo pasó muy mal. Al principio, le quemaron la escuela dos veces. Cuando mi madre me matriculó allí, ya llevaba en funcionamiento unos cuantos años.

Antes de empezar en la escuela de la señorita White, me extirparon las amígdalas en Montgomery. Había sufrido amigdalitis desde que tenía dos años y seguía sufriendo ataques severos, por lo que tenía que faltar a clase con frecuencia, sobre todo cuando empezaba a hacer frío. En el pueblo, con el frío y las corrientes de aire de la escuela de la iglesia de Spring Hill, siempre estaba resfriada. Me resfriaba y me dolía la garganta prácticamente todo el tiempo.

El médico que me trataba en el pueblo había dicho que tenía el corazón demasiado débil y que no aguantaría la anestesia general con la que me dormirían y que solía ser necesaria para la operación. Le enseñó a mi madre que podía operarme conmigo sentada en una silla y solo con anestesia local, pero mi madre dijo que no. No soportaba la idea. Así que se fue a Montgomery. Su hermana Fannie

vivía allí y su hijo, Thomas, tenía unos meses menos que yo. Sus amígdalas no le daban el menor problema, o eso me dijo años después una vez que hablamos del tema, pero, como mi madre y su hermana lograron que les hicieran dos operaciones por el precio de una, nos sacaron las amígdalas a los dos.

Después de la operación estuve muy enferma. Perdí la visión, los ojos se me inflamaron y la garganta tardó en cicatrizar. Pasamos una o dos noches en el hospital. Se llamaba Hale's Infirmary y recuerdo que el médico era blanco. Mi madre me llevó de vuelta a Pine Level y estuve enferma mucho tiempo. Mi primo Thomas estuvo como una rosa enseguida. Mi desarrollo físico se aceleró rápidamente una vez que estuve recuperada.

Después de que me quitaran las amígdalas, ya no volví a tener amigdalitis, pero, con la operación y todos los días de clase que me perdí, cuando por fin pude asistir a la escuela de la señorita White me pusieron en quinto en lugar de en sexto. Yo ya había terminado quinto en la escuela de Spring Hill, pero, como venía de una escuela rural, pensaron que iría atrasada. Me pasaron a sexto a medio curso.

Mi madre pagó las clases en la escuela de la señorita White cuando me matriculé por primera vez, a los once años. Más adelante, cuando empezó a tener dificultades para seguir pagando, seguí estudiando con becas. Sacaba el polvo a los pupitres, barría el suelo, vaciaba las papeleras y borraba las pizarras si las lecciones apuntadas sobre ellas ya no iban a ser necesarias al día siguiente. Sé que la escuela no funcionaba solo con las cuotas de las alumnas. Creo que la señorita White recibía algo de ayuda de la iglesia presbiteriana o congregacional local. Creo que también recibía algún tipo de ayuda de la Fundación Rosenwald, porque recuerdo que el señor Julius Rosenwald visitó la escuela en una ocasión. No nos lo presentaron, pero sabíamos quién era. Llegó y observó. Creo que eso fue poco después de que yo empezara a estudiar allí.

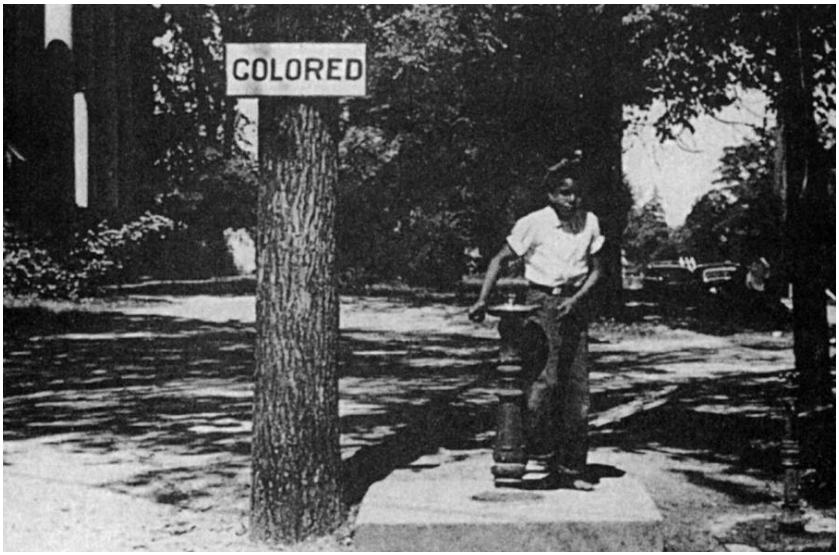
El señor Rosenwald era el presidente de Sears, Roebuck & Co. y era millonario. Estaba muy interesado en la educación y, sobre todo, en la educación de los niños negros del sur. Construyó escuelas de aula única en zonas rurales y la gente las llamaba escuelas Rosenwald. Mi madre hablaba con frecuencia de ello. Sin embargo, la escuela de la señorita White no era de aula única. Era un edificio de tres

plantas. De hecho, sigue ahí, en Montgomery, en Union Street, cerca de High Street. Ahora forma parte de la Booker T. Washington High School.

Una alta valla de madera la separaba de la escuela católica mixta, donde todos los alumnos eran negros y todo el claustro y todos los líderes religiosos eran blancos. Al parecer, existía cierta animosidad entre las dos escuelas. Y, de no haber sido por la alta valla que las separaba, hubiera habido mucho más que animosidad. A veces, los alumnos de la iglesia católica escalaban para mirar por encima de la valla, pero no sucedía con demasiada frecuencia, porque la señorita White vigilaba para que no hubiera relación entre los alumnos. Ni conversaciones ni discusiones.

Normalmente, íbamos y volvíamos a pie de la escuela. Solo usábamos el tranvía cuando hacía mal tiempo. Entonces no había autobuses en Montgomery, solo tranvías, y estaban segregados. Cuando los negros subíamos, teníamos que ponernos tan atrás como pudiéramos.

En Montgomery tuve que acostumbrarme a otros tipos de segregación. Las fuentes públicas fueron uno de ellos, pues tenían carteles que indicaban «Blancos» o «De color». Al igual que millones de niños negros antes y después de mí, me pregunté si el agua «blanca» sabría distinta a la «de color». Quería saber si el agua «blanca» era blanca y si la «de color» salía de distintos colores. Tardé un tiempo en entender que el agua era absolutamente la misma. Eran del mismo color y sabían igual. La diferencia era quién podía beber de la una y de la otra.



Las fuentes para «Negros» como esta eran obligatorias por ley. (Fotografía de John Vachon, gentileza de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.)

Durante ese tiempo viví con la tía Fannie y sus hijos: Howard, Thomas, Annie Mae y Ella Frances Williamson. El marido de la tía Fannie había muerto. Vivíamos a las afueras de la ciudad y era imposible llegar a casa sin pasar por algún barrio blanco. Un día, mi prima Annie Mae, un par de niños más y yo volvíamos a pie desde la escuela. Mis primos iban a la escuela pública; yo era la única de la familia que iba a la escuela de la señorita White. En fin, ese día íbamos caminando y un chico blanco se nos acercó sobre patines y, por el motivo que fuera, me eligió a mí para empujarme e intentar echarme de la acera. Me giré y lo empujé a él. No muy lejos de nosotros había una mujer blanca que resultó ser su madre. Me dijo que, si quería, podía meterme en la cárcel para siempre por haber empujado a su hijo. Así que le dije que él me había empujado a mí y que yo no quería que me empujara, porque no le había hecho nada.

Después de ese incidente, mi madre decidió que sería mejor que

volviera con los primos Lelar y Saphonia Percival. No quería que tuviera que cruzar barrios blancos a diario para ir y venir de la casa de la tía Fannie. Aunque el incidente con el niño blanco sobre patines fue el más peligroso, era muy habitual que jóvenes blancos se nos acercaran para amenazarnos de algún modo. Si queríamos evitar acabar a golpes, teníamos que hablarles con mucha dureza.

Me gustaba ir a la escuela de la señorita White. No me costó acostumbrarme a tener maestras blancas, porque en Pine Level ya había aprendido, sobre todo gracias a la señora mayor que solía llevarme a pescar, que los blancos podían tratarte como a una persona normal. En la escuela había entre doscientas cincuenta y trescientas alumnas y teníamos las asignaturas normales, como inglés, ciencias o geografía. No recuerdo que en la clase de ciencias tuviéramos microscopios. Y, si los teníamos, no los usé. No era una escuela tan avanzada. En cualquier caso, en aquellos tiempos, la educación de las niñas consistía sobre todo en economía doméstica.

Creo que lo llamaban ciencias del hogar. Nos enseñaban a cocinar, a coser y a cuidar a los enfermos. Teníamos un libro de texto sobre cómo cuidar de pacientes en casa, hacerles la cama, darles de comer y ofrecerles los cuidados que necesitaran. En aquellos tiempos, y especialmente en el sur, la gente no iba mucho a los hospitales. Y, como la mayoría de los hospitales y de los médicos eran para blancos, la mayoría de las personas negras eran atendidas en sus casas por mujeres negras.

Luego, la escuela tenía lo que llamaban terapia ocupacional. Hacíamos cosas, como prendas de ropa. Aprendí a coser bastante bien. Las alumnas más mayores tejían alfombras, pero yo nunca llegué a eso.

Lo que mejor aprendí en la escuela de la señorita White es que era una persona con dignidad y respeto y que no tenía que apuntar más bajo que nadie solo porque fuera negra. Nos enseñaron a ser ambiciosas y a creer que podíamos hacer lo que nos propusiéramos. Esto no es algo que aprendiera únicamente en la escuela de la señorita White. También lo había aprendido de mis abuelos y de mi madre. Pero las maestras que tuve en la escuela de la señorita White reforzaron lo que yo ya había aprendido en casa.

La escuela de la señorita White cerró cuando yo llevaba allí unos tres cursos. Recuerdo que acababa de terminar octavo. La señorita White se había hecho muy mayor y ya no podía mantener la escuela. Tuvo que renunciar al cargo de directora. La mayoría de sus maestras también eran de edad avanzada y tenía dificultades para contratar a maestras jóvenes. Ninguna de las maestras de la escuela creyó ser capaz de dar un paso adelante y dirigir la escuela y no había nadie más que pudiera ocupar su lugar. Lo había pasado verdaderamente mal y supongo que dirigir una escuela para niñas negras no resultaba demasiado atractivo para la mayoría de los blancos. La señorita White abandonó el sur y regresó a Massachusetts, donde falleció unos años después. Recuerdo que me escribió una carta desde el norte.

En 1985, asistí a una reunión de exalumnas de la escuela de la señorita White. Ya no quedamos muchas. Las exalumnas de la señorita White en Montgomery hemos depositado fotografías suyas, y de la señorita Beard, en los Archivos del Estado, de modo que ahora reciben honores por lo mismo que entonces las marginaron.

Tuve la suerte de que, cuando la escuela de la señorita White cerró, en Montgomery ya había un instituto de secundaria para negros. Antes, solo podías estudiar hasta primaria, porque no había institutos de secundaria públicos para negros. Para ir al instituto tenías que ir a Birmingham, a no ser que te matricularas en la escuela de prácticas de la Normal de Alabama. Sin embargo, ahora habían convertido el instituto Swayne en el Booker T. Washington Junior High y allí es donde estudié noveno.

Cuando empecé a ir al Booker T. Washington Junior High, la tía Fannie se había mudado a un barrio negro, así que volví con ella. La tía Fannie limpiaba en un club de campo judío. No recuerdo cómo se llamaba, lo llamábamos el club judío, sin más. No tenía muy buena salud, estaba muy delgada y no podía trabajar demasiado, así que nos llevaba a nosotros para que la ayudáramos. El club estaba en una comunidad blanca y cerca de él había un solar vacío.

Un día, su hija Annie Mae y yo estábamos recogiendo bayas en el solar. Cerca había casas de blancos. Un niño pequeño nos miró y nos dijo: «Eh, negras, más os vale dejar las bayas ahí». Así que ella y

yo le contestamos y le dijimos lo que le haríamos si se nos acercaba. Aunque había una valla entre él y nosotros, le dijimos: «Como vengas, te daremos una buena paliza». Luego, le explicamos a la tía Fannie lo que había pasado con el niño blanco, que se había metido con nosotras por recoger bayas y lo que nosotros le habíamos dicho a él. Nos dijo: «¿Estáis locas? Tenéis que mantener la boca cerrada. Si al niño se le hubiera ocurrido contárselo a alguien, os habrían linchado y no podríamos haber hecho nada a excepción de verter un par de lágrimas». Esta fue mi segunda lección acerca de no contestar a los blancos. Este incidente no me preocupó tanto como el primero, porque Annie Mae y yo estábamos juntas.

Hubo otra vez. Vivíamos cerca de un bosque con un arroyo y, un día, estábamos allí recogiendo ramas para la chimenea de casa. Mi hermano estaba con nosotros, porque iba a la escuela en Montgomery. Un grupo de chicos blancos, adolescentes, empezó a perseguirnos y a amenazarnos con arrojar a mi hermano al río. Él no era tan corpulento como ellos, pero hablaban de arrojar a ese «negro grande» al arroyo. Entonces, me volví hacia ellos y les dije que no arrojarían a nadie al agua a no ser que quisieran acabar en remojo ellos también. Así que, cuando empezaron a pensar en que podíamos tirar de ellos para meterlos en el agua, se echaron atrás.

No sé si sería el mismo grupo de chicos blancos o no, pero, en otra ocasión, mi hermano me dijo que él y uno de sus amigos estaban no sé dónde y unos blancos les empezaron a lanzar piedras. Así que ellos les lanzaron algunas también; acertaron, le dieron a uno y todos se fueron. Volvieron poco después con un hombre, quizás el padre de alguno de ellos, y mi hermano dijo que el hombre traía una pistola y le preguntó al chico blanco si eran ellos quienes les habían lanzado piedras. Mi hermano dijo que no sabía por qué, pero el chico dijo que no, que no eran ellos. Quizás no quería admitir quién le había golpeado. O quizás no quería que dispararan a unos niños negros. Mi hermano tenía unos trece o catorce años, entonces. Le fue de muy poco. No habló de ello hasta mucho después, durante una conversación cuando ya éramos adultos.

Aunque los enfrentamientos con los niños blancos eran algo habitual, algunos destacan más que otros. He olvidado muchos de ellos, sobre todo cuando se trataba únicamente de ataques verbales.

No era que los niños blancos fueran crueles, sino que la actitud de los adultos que los rodeaban los había adoctrinado.

Hice los dos últimos cursos en la Alabama Normal School, que en aquel entonces se llamaba Alabama State Teachers' College for Negroes (que era como se referían a nosotros de manera educada entonces). Seguía sin haber instituto de secundaria público para negros en Montgomery. La ciudad de Montgomery no ofreció educación secundaria a la población de color hasta 1938 y, hasta 1946, el instituto de secundaria para negros no contó con edificio propio. Los alumnos negros podían asistir al instituto de prácticas de la Alabama State como parte de un programa para formar a profesores negros. Estudié allí hasta undécimo. Empecé en septiembre, pero mi abuela se puso enferma y dejé el instituto al cabo de solo un mes para cuidarla. Falleció un mes después. Yo tenía dieciséis años.

Entonces volví a Montgomery y conseguí mi primer trabajo «público». Hasta entonces había hecho trabajos domésticos, limpiando casas de vez en cuando. Este trabajo era en una fábrica de camisas, donde confeccionaban camisas de tela vaquera azul para los obreros. Volví a estudiar en la Alabama State durante un breve periodo de tiempo, pero entonces fue mi madre la que enfermó, demasiado como para que pudiera continuar. Tenía migrañas y se le inflamaban las piernas y los pies, así que dejé el instituto para cuidarla mientras Sylvester, mi hermano, trabajaba.

No me gustó tener que dejar el instituto ninguna de las dos veces, pero la responsabilidad de cuidar de mi abuela primero y de mi madre después era mía. No me quejé. Era lo que había que hacer y ya está.

Aunque cuando mi madre se recuperó un poco hice algún trabajo doméstico, fundamentalmente me ocupé de la granja hasta que me casé. No terminé el instituto hasta después de haberme casado.

4. Matrimonio y activismo

Conocí a Raymond Parks cuando nos presentó una amiga común, una señora a la que conocía muy bien. Al parecer, él acababa de romper con una señorita a la que mi amiga conocía, y mi amiga le dijo que le gustaría que nos conociéramos. Sin embargo, yo no estaba demasiado interesada en ese momento porque también había tenido malas experiencias en cuestiones de amor.

Cuando me vio, quiso venir a visitarme, pero a mí me pareció que era demasiado blanco. Sentía aversión por los hombres blancos, a excepción de mi abuelo, y Raymond Parks tenía la piel muy clara. Le faltaban pocos años para los treinta y era barbero en una barbería para negros en el centro de Montgomery, propiedad del señor O. L. Campbell. Sabía que él estaba interesado en mí, pero me limité a responderle con educación y no volví a pensar en él.

Más adelante decidió buscarme otra vez. Condujo por nuestra calle y vio a mi madre en el porche. Ya le había preguntado a una señora mayor, más arriba en la misma calle, si me conocía. La gente no entendía por qué un hombre como él iba preguntando por mí; pensaban que era blanco. Así que la primera persona a la que preguntó le dijo que no me conocía.

Más abajo, en la calle, vio a mi madre en el porche, con el cabello trenzado, y se detuvo a hablar con ella. Le preguntó si sabía dónde vivía yo y, claro, resultó que era mi madre. Lo invitó a entrar y así nos conocimos. Entró y se sentó y hablamos un poco. Yo era muy tímida y él no me interesaba aún. Volvió otro día y esa vez no quise ni salir a verlo. Me metí en la cama, me tapé y me negué a salir. Oí que decía: «Si está en la cama, no me quedaré». Y se fue.

Pero volvió otra vez y entonces empezamos a ir en coche a distintos sitios. Tenía coche, un pequeño Nash rojo con un transportín detrás. Era muy raro que un joven negro tuviera su propio coche, sobre

todo cuando no trabajaba como chófer de algún blanco. Los jóvenes acostumbrábamos a sentarnos en los transportines para ir de un sitio a otro cuando nuestros amigos conducían los coches de los blancos (sin que los blancos lo supieran, por supuesto).

Parks (todos lo llamaban Parks) era muy buena persona y me gustaba hablar con él. Mientras conducía, me hablaba de sus experiencias y de los problemas que su piel tan clara le había causado de pequeño.

Nació el 12 de febrero de 1903, el mismo mes que yo, en un lugar llamado Wedowee, en Alabama, cerca de Roanoke, en el condado de Randolph, al noreste de Montgomery. Sus padres fueron David Parks y Geri Cultberson Parks y ambos habían muerto cuando lo conocí. Su padre había abandonado a su madre cuando Raymond aún era un bebé y nunca volvió a verlo. Era carpintero y murió al caer del tejado de una casa, mientras trabajaba.

Me explicó que creció en un barrio íntegramente blanco, completamente rodeado de blancos. La piel de Parks era tan clara que habría podido pasar por blanco, pero no tenía cabello de blanco. Era el único niño negro del barrio y no le permitieron asistir a la escuela del barrio, porque era de blancos. No vivía lo suficientemente cerca de la escuela para negros como para poder asistir, así que su madre le enseñó a leer y a escribir en casa. Asistió a la escuela en Roanoke durante un breve periodo de tiempo, ya pasada la adolescencia, pero, aparte de eso, carecía de educación formal.

Cuidó de su madre enferma y de su abuela hasta que murieron, poco antes de cumplir los veinte años. Entonces empezó a trabajar como sacristán en una iglesia baptista blanca de Roanoke. Se ocupaba de la iglesia y de sus terrenos. Acababan de plantar unos arbustos alrededor de la iglesia y Parks tenía que regarlos. Y lo hizo. No los regó a mediodía, sino a última hora de la tarde, al caer el sol. La esposa de uno de los diáconos le dijo al pastor que Parks no había regado los arbustos.

El pastor habló con él y le dijo: «La señora Jones me ha dicho que no has regado los arbustos». Parks respondió que sí que los había regado. El pastor insistió: «La señora Jones dice que no los has

regado y, si su marido se entera de que disputas su palabra, te usará de escoba para barrer el cementerio». Parks le repitió que había regado los arbustos. «No los he regado al mediodía, sino cuando hay que hacerlo, para que el sol no los abrase. Y el señor y la señora Jones no barrerán el cementerio conmigo. Y usted tampoco lo hará.» Me explicó que, si se atrevió a hablar así, fue porque llevaba una pistola en el bolsillo y, si era necesario, podía usarla.

Parks me explicó que hacía lo posible por llevarse bien, pero que, cuando se le acercaba algún blanco, siempre le hacía saber que era capaz de cuidar de sí mismo si era necesario. Si hablabas con seguridad, no se metían demasiado contigo. Por el contrario, en cuanto actuabas con miedo, sabían que podían divertirse contigo.

Parks se fue de casa después de ese incidente. Tenía una hermana muy pequeña en casa, pero pidió a una de sus primas que la cuidara. Dijo que no podía quedarse allí más tiempo y que no quería estar rodeado de blancos, porque entonces tendría que ser «descarado» con ellos. Los blancos te llamaban insolente o descarado si les contestabas.

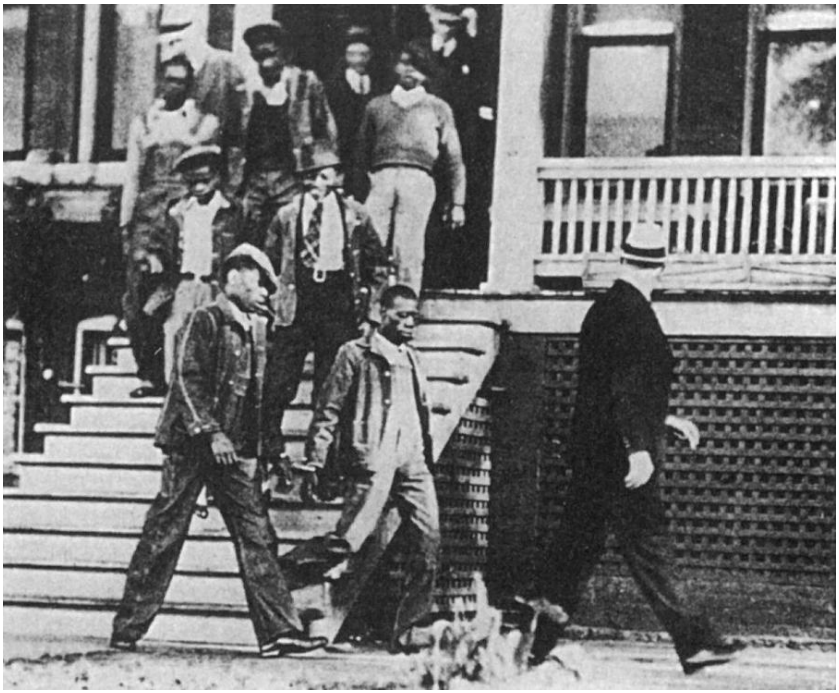
Parks se fue de casa cuando tenía veintipocos años. Trabajó en varias cosas y se movió bastante. Pasó algún tiempo en Tuskegee, donde aprendió el oficio de barbero. Cuando lo conocí, tenía veintiocho años, vivía en Montgomery y trabajaba de barbero. Era el primer hombre de nuestra raza, a excepción de mi abuelo, con quien había hablado en absoluto acerca de la situación racial. Y fue el primero que conocí, a excepción de mi abuelo y del señor Gus Vaughn, que no tenía miedo a los blancos. La mayoría de los afroamericanos creían que no había otra opción que vivir bajo la bota del señor Charlie (así llamábamos al hombre blanco, señor Charlie) y que no estaba permitido hacerlo enfadar. En otras palabras, Parks creía que era un hombre y esperaba que lo trataran como tal.

Me gustó que no se mostrara sumiso (lo que llamábamos actitud de «tío Tom») ante los blancos. Pensé que era un hombre muy amable, un hombre interesante que hablaba con inteligencia. Podía hablar durante horas y horas de todo lo que había vivido.

Parks fue también el primer activista real que conocí.

Cuando lo conocí, ya hacía tiempo que Parks pertenecía a la NAACP, la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color. Nos conocimos en la primavera de 1931 y acababa de estallar el caso de Scottsboro. Parks fue la primera persona que me lo mencionó, que me habló de lo que sucedía con los chicos de Scottsboro y de cómo él y unos cuantos más se habían unido para recaudar dinero para pagar las costas legales, poder defenderlos ante el tribunal y evitarles la silla eléctrica. Trabajaban en secreto y no me dijo quiénes eran los demás. Me decía que todos se llamaban Larry.

Los chicos de Scottsboro eran nueve jóvenes que ni siquiera se conocían antes de que los arrestaran, acusados de haber violado a dos mujeres blancas. Haywood Patterson, Eugene Williams y los hermanos Roy y Andy Wright eran de Chattanooga, en Tennessee. Clarence Norris, Charlie Weems, Olen Montgomery, Ozie Powell y Willie Robertson eran de distintas partes de Georgia. El mayor tenía diecinueve años y el más joven, catorce. Todos se habían subido a un tren de mercancías que iba de Tennessee a Alabama y que pasaba por Georgia. Muchas otras personas, tanto afroamericanas como caucásicas, viajaban a bordo de ese tren. Era la época de la Gran Depresión y millones de personas se habían quedado sin trabajo. Muchos de ellos se subían a los trenes y viajaban en busca de empleo.



Siete de los chicos de Scottsboro se dirigen, esposados, de la cárcel del condado de Morgan al tribunal en noviembre de 1933. (AP/ Wide World Photo.)

En algún momento del trayecto, los blancos de ese tren en concreto empezaron a lanzar grava a los negros y a decirles que se apearan del tren. Los negros se enfrentaron a ellos y expulsaron del tren a la mayoría de sus atacantes cerca de Stevenson, Alabama.

Más adelante, el tren se detuvo para reabastecerse de agua en Paint Rock, Alabama. Allí aguardaba una turba de hombres blancos armados con palos y escopetas. Obligaron a los negros a bajar del tren y amenazaron con lincharlos.

La policía llegó y disolvió la turba, pero esposó a los jóvenes negros y los llevó a la cárcel más próxima, en Scottsboro, Alabama. Por eso se les dio el nombre de los chicos de Scottsboro. La policía también

metió en la cárcel a los vagabundos blancos.

Al día siguiente, los policías sacaron a los negros de la celda donde habían pasado la noche y los pusieron frente a dos mujeres blancas, Ruby Bates y Victoria Price. Ruby Bates señaló a seis de ellos y afirmó que la habían violado. Entonces, la policía decidió que era lógico deducir que los otros tres habían violado a Victoria Price, a pesar de que ella no los había identificado.

Los acusados fueron a juicio el 6 de abril de 1931. La Interdenominational Ministers' Alliance, un grupo de pastores negros de Chattanooga, Tennessee, recaudó cincuenta mil dólares para pagar un abogado, que se reunió con los jóvenes durante media hora antes del juicio. Se celebraron cuatro juicios para los nueve acusados y, en total, duraron tres días. Las dos mujeres testificaron que los acusados las habían golpeado y amenazado con pistolas y cuchillos, aunque la policía no encontró ni lo uno ni lo otro. Dos médicos declararon que las mujeres no presentaban heridas ni hematomas. Sin embargo, el juez dejó claro que pensaba que los acusados eran culpables y que los juicios eran una pérdida de tiempo y de dinero. Todos fueron declarados culpables. El 9 de abril, el juez los condenó a todos, excepto al más joven, a morir en la silla eléctrica al día siguiente.

Me pareció terrible que los hubieran condenado por un crimen que no habían cometido. Era la demostración del poco valor que los segregacionistas daban a las vidas de los negros y de lo lejos que estaban dispuestos a llegar para que les siguiéramos teniendo miedo.

A esas alturas, el caso había llegado a los periódicos y, fuera del sur, la gente estaba escandalizada por el trato que habían recibido esos jóvenes. A finales de abril, la International Labor Defense, una organización comunista, intervino para ayudarlos. A principios de mayo, la NAACP también se implicó en el caso. Entre las dos organizaciones consiguieron aplazar la fecha de las ejecuciones y, entonces, apelaron. En noviembre, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos ordenó que se celebrara otro juicio con el argumento de que el abogado que habían tenido durante los primeros no los había representado de verdad. Los juicios y las apelaciones se prolongaron durante años. El último acusado no fue

puesto en libertad, condicional, hasta 1950.

Parks trabajó para los chicos de Scottsboro desde el principio. No sé si trabajaba oficialmente para alguna de las grandes organizaciones y la gente con la que trabajaba no era de Montgomery. Cuando lo conocí ya estaba trabajando con ellos y siguió implicado durante todo ese año y el siguiente. Los blancos acusaban a todo el que trabajara para personas negras de ser comunista, pero no creo que nadie del grupo de Parks fuera comunista.

Estaba orgullosa de que Parks trabajara para ayudar a los chicos de Scottsboro. También admiraba su valentía. Habrían podido darle una paliza o incluso matarlo por ello. Luego entendí que siempre había estado dispuesto a e interesado en trabajar por cosas que pudieran mejorar la vida de su raza, su familia y él mismo.

La segunda vez que Parks y yo estuvimos solos, empezó a hablarme de matrimonio. A mí ni se me había pasado por la cabeza la idea de casarme. Habló de ello y yo no le hice ni caso. Sin embargo, un día me dijo: «Estoy convencido de que deberíamos casarnos» y estuve de acuerdo con él. Al día siguiente, mientras yo estaba en la iglesia, le pidió a mi madre permiso para casarse conmigo y, cuando volví de la iglesia, ella me dijo que había accedido. Él nunca se me declaró, o al menos no formalmente.

Eso fue en agosto de 1932. Nos casamos en diciembre de 1932 en Pine Level, en casa de mi madre. No fue una gran boda, solo vinieron los familiares y los amigos más próximos. Ni siquiera enviamos invitaciones. Una vez casados, nos fuimos a vivir a la zona este de Montgomery, no muy lejos de la Alabama State, a una pensión propiedad de una familia que se llamaba Quarterman.

Mi marido me apoyó mucho en mi deseo de terminar mis estudios y, cuando nos casamos, volví al instituto. Me diplomé en 1933, a los veinte años de edad. En aquella época, muy pocas personas negras en Montgomery terminaban la secundaria. En 1940, siete años después de que yo hubiera obtenido el título, solo siete de cada cien terminaban la secundaria.

De todos modos, eso no me ayudó mucho a conseguir empleo. Tenía un título de secundaria, pero solo podía acceder a empleos que no

necesitaban educación secundaria. Trabajé como asistenta en el Hospital St. Margaret y también cosía en casa.

En 1941, conseguí un trabajo en Maxwell Field, la base local de las Fuerzas Aéreas. Estaba integrada, porque el presidente Roosevelt había emitido una ley que prohibía la segregación en espacios públicos, tranvías o autobuses en las bases militares.

Dentro de la base me desplazaba en un autobús integrado, pero, cuando salía, tenía que ir a casa en un autobús segregado. Recuerdo que había una mujer blanca que vivía en el mismo edificio de la base donde yo trabajaba. Subíamos al autobús de la base y nos sentábamos una delante de la otra. Tenía un hijo de unos nueve años. Ella y el niño se sentaban juntos y otra trabajadora que se llamaba Rose y yo nos sentábamos juntas. Nos sentábamos las dos delante de ellos dos y hablábamos. Luego, cuando teníamos que cambiar al autobús de la ciudad, la mujer blanca se quedaba delante y nosotros seguíamos hasta los asientos de atrás. El niño se nos quedaba mirando, extrañado. La mujer era de Misisipi, pero no le importaba viajar con nosotras.

A veces, en la base teníamos problemas con personas concretas. Yo no viví ningún incidente desagradable, pero, años después, mi marido consiguió trabajo en la barbería de la base, que era una concesión privada. Recuerdo que Parks me explicó que había ido a la cafetería y se había sentado al final de una mesa larga. Entonces llegaron dos mujeres blancas y se sentaron en la misma mesa, en el otro extremo, y un hombre blanco se metió con él por estar sentado a la misma mesa que ellas. Sin embargo, eso no fue culpa de la base de las Fuerzas Aéreas, fue cosa de ese hombre en concreto.

Parks siguió asistiendo a las reuniones nocturnas acerca del caso de Scottsboro. Yo no iba, porque era muy peligroso. Siempre que se reunían tenían a alguien que vigilaba y siempre había alguien con pistola. No quería que formara parte activa de aquello, porque el pequeño comité con el que trabajaba tenía que reunirse durante la noche y hasta la madrugada, mientras la gente dormía. No quería que fuera, porque, si él hubiera tenido que salir corriendo, ya le habría resultado suficientemente difícil. No habría podido dejarme atrás y yo no podía correr a tanta velocidad como él. Además, pensaba que yo aún era demasiado joven.

Tampoco me explicaba mucho de lo que sucedía en esas reuniones. Así, si alguien me preguntara, podría responder con sinceridad que no lo sabía. Quería protegerme.

Recuerdo una reunión que celebramos cuando vivíamos en Huffman Street, en lo que llamaban una «casa para escopetas». Las llamaban así porque, si dejabas todas las puertas abiertas y disparabas una escopeta, la bala recorría toda la casa, ya que las habitaciones estaban dispuestas en fila, una detrás de la otra. Era la primera reunión que celebrábamos en casa y lo hicimos en el salón de delante. Había una mesita, del tamaño de una mesa de naipes, y todos estaban sentados alrededor de ella. Fue la primera vez que vi a tan pocos hombres con tantas pistolas. La mesa estaba cubierta de pistolas. Ni siquiera se me ocurrió ofrecerles algo para comer o para beber. De todos modos, con tantas armas sobre la mesa no sé dónde lo habrían puesto y, además, nadie estaba pensando en comer, precisamente.

Recuerdo estar sentada en el porche trasero, con los pies en el escalón superior y con la cabeza apoyada sobre las rodillas. No me moví durante toda la reunión. Me quedé sentada, inmóvil. Creo que había una media docena de hombres y no recuerdo quiénes eran, aunque es muy probable que los conociera. Cuando la reunión terminó, mi marido me sujetó de los hombros y me levantó del suelo del porche. Estaba muy muy deprimida por el hecho de que los hombres negros no se pudieran reunir sin miedo a que les hicieran daño o los mataran. También recordé la vez en que, de niña, me senté junto a mi abuelo para esperar a que el Ku Klux Klan viniera a por nosotros.

En esas reuniones nunca había mujeres. No creo que fuera porque los hombres lo impidieran, sino porque, sencillamente, era muy peligroso. Mi marido solía hablar de una mujer blanca a la que llamaba Captola. Estaba implicada de algún modo, pero no asistía a las reuniones. En aquella época tampoco muchos hombres eran activistas, porque, si se llegaba a saber que se reunían, los mataban. Sin embargo, no me preocupaba estar casada con Parks. Ya participaba en ello antes de casarse conmigo y yo siempre había sabido lo peligroso que era.

Había una mujer blanca que los ayudaba. Nunca vino a casa, pero

Parks fue a la suya en una ocasión. Se aseguraba de que Parks y sus amigos tuvieran dinero cuando lo necesitaban. Otras veces, recaudaban monedas de cinco o de diez centavos, o lo que pudieran conseguir, para pagar al abogado.

Al cabo de un tiempo nos fuimos de Huffman Street y nos trasladamos a South Union Street, donde vivimos con el señor King Kelly, un diácono de la iglesia baptista de Dexter Avenue. El señor Kelly y su esposa estaban firmemente en contra de lo que Parks hacía. Él llevaba mucho tiempo trabajando en la Capitol Clothing Store, una tienda de ropa masculina en Montgomery, como hombre para todo y supongo que tenía miedo a perder el trabajo. Así que Parks nunca celebró ninguna reunión en casa de los Kelly.

Mientras el caso de Scottsboro apareció en los periódicos, la policía buscó constantemente a personas a las que intimidar. Intentaban descubrir quiénes participaban en las reuniones nocturnas y dónde vivían. Una noche, dos policías pasaron por delante de casa en motocicleta. Estaba sentada en un balancín, en el porche, y el señor Kelly estaba allí también. Seguí hablando acerca de que, hacía un par de días, la policía había matado a dos hombres relacionados con el grupo de Parks, dos hombres a los que Parks conocía bien. Cada vez que se iba para asistir a una de esas reuniones con esa gente, me preguntaba si volvería vivo, si lo matarían o no.

Así que ahí estaba yo, en el balancín del porche, y los dos policías en motocicleta empezaron a pasar arriba y abajo del mismo bloque sin parar. Pasaban hacia abajo, daban media vuelta y volvían a subir. Estaba tan asustada que empecé a temblar. Luego, el señor Kelly me dijo: «Podía oír como temblaba el balancín». Ni siquiera me había dado cuenta de que temblaba tanto que estaba sacudiendo el balancín.

Cuando Parks llegó a casa, sabía que los policías estaban allí, así que, en lugar de entrar por la puerta de delante, como siempre, entró por atrás. Desde donde vivíamos, había un caminito que llegaba a Bainbridge Street; vino por allí y entró por la puerta trasera. Sin darme cuenta, ya lo tenía en casa. Así que me tranquilicé. Al menos no lo habían pillado esa vez.

Mientras vivimos en casa del señor Kelly, pasó algo que jamás conté

a mi marido. Fui al centro con los Kelly (el señor Kelly, su hija y los dos hijos de ella), a la estación de tren, para despedirlos. Estaba paseando un par de pasos por detrás de ellos. Íbamos hacia el tren cuando un policía se me acercó y me preguntó si tenía billete. Le dije que no y entonces me empujó contra la valla. «Si no tienes billete, no puedes pasar.» Sabía que tenía porra y pistola y que yo no podía hacer otra cosa que apartarme. Me afectó mucho.

Y lo que me afectó aún más fue que allí había otra joven negra, de mi misma edad, veintitantos. Supongo que conocía al policía, porque ella estaba como jugando con él, y le decía: «Voy a pasar». Él respondía: «No, no pasarás» y blandía la porra en su dirección. Ella estalló en carcajadas y eso me molestó mucho también, porque lo trataba con mucha familiaridad.

En mi opinión, eso demostraba una falta de respeto hacia sí misma como mujer y, sobre todo, como mujer negra. Había visto cómo me había faltado al respeto a mí. Y a ella la estaba tratando con la misma falta de respeto, pero ella se lo tomó a risa.

El señor Kelly volvió y me preguntó por qué no los había acompañado. Me limité a decirle que el policía no me había dejado pasar. No le expliqué lo que había sucedido. Tampoco se lo expliqué a mi marido, porque se habría enfadado mucho.

5. Luchamos por el derecho a votar

Cuando los chicos de Scottsboro se salvaron de la ejecución, Parks se centró en el censo de votantes, algo que le interesaba desde antes de que nos conociéramos. Lo desanimaba ver que tan pocos negros estuvieran censados para votar.

El derecho al voto es muy importante para los estadounidenses. Votamos a personas para que nos representen en el gobierno. Y, si no nos gusta cómo nos representan, podemos votar a otra persona. Sin embargo, en aquellos tiempos, la mayoría de las personas negras del sur no podían votar.

Los segregacionistas hacían que las personas negras lo tuvieran muy complicado para censarse como votantes. Para ello, los negros tenían que contar con avalistas blancos. Una pequeña cantidad de negros que gozaban del favor de personas blancas pudieron censarse así. Sin embargo, una vez que lo conseguían, no querían que otros negros pudieran hacerlo. Imagino que pensaban que, cuando los blancos los avalaban y aprobaban que pudieran registrarse, ascendían a un nivel superior al resto de nosotros. Les decían a Parks y a sus amigos que se ocuparan de sus asuntos y que no se preocuparan tanto del censo y de votar.

Así eran las cosas entonces. La mayoría de los negros tenía miedo. Los que contaban con el favor de personas blancas no querían arriesgarse a perder su posición privilegiada. Y el resto no creía que fuera posible hacer nada al respecto. En realidad, no hubo ningún movimiento activista en defensa de los derechos civiles en el que participara muchísima gente hasta el boicot al autobús de Montgomery en 1955. Hasta entonces, muy pocas personas eran activistas y, por supuesto, no contaban con el favor de los blancos.

Mi marido nunca se censó en Alabama. Lo intentó durante mucho tiempo, pero nunca accedió a ir con ninguno de sus conocidos

blancos que se ofrecieron a avalarlo. Quería registrarse por sí mismo. No se registró por primera vez hasta años después, cuando vivíamos en Detroit, Míchigan. En Montgomery, en la década de 1940, teníamos lo que llamábamos una Liga de Votantes, un grupo de personas que se reunían en sus casas, aunque sobre todo en la nuestra. En aquella época, yo tenía una lista de todos los votantes negros registrados en Montgomery. Había treinta y una personas en la lista, aunque algunos estaban en el cementerio. Habían muerto, pero seguían en la lista. Así que había muy pocos y no conseguimos mucho hasta que el señor E. D. Nixon decidió derribar esas barreras.

El señor Edgar Daniel Nixon era uno de los afroamericanos más activos de Montgomery. Era conserje de coches cama y presidente de la sucursal local de la Hermandad de los Conserjes de Coches Cama, que era un sindicato de trabajadores ferroviarios negros fundado por el señor Philip Randolph. El señor Nixon había fundado la sucursal de Montgomery en la década de 1920. Cuando lo conocí, en 1943, era el presidente de la delegación de Montgomery de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color. Era un hombre orgulloso y digno que caminaba erguido como una flecha. Para lograr el registro de personas negras en el censo de votantes, contó con la ayuda de Arthur A. Madison, un abogado negro nativo de Alabama que ejercía en la ciudad de Nueva York. El señor Madison vino a Montgomery y se quedó con nosotros durante un tiempo para darnos instrucciones sobre cómo registrarnos. Dijo que no teníamos por qué esperar a que una persona blanca lo autorizara y nos acompañara a la oficina de registro para avalarnos. Nos explicó que tendríamos que pasar una prueba, que era un examen de alfabetización, para determinar si sabíamos leer y escribir y entendíamos la Constitución estadounidense. Lo arrestaron y lo encarcelaron por intentar ayudarnos y luego regresó a Nueva York.

Decidí registrarme. La primera vez que lo intenté fue en 1943. Solo abrían los libros del censo en momentos determinados. Si no sabías cuándo lo hacían, perdías la oportunidad. No lo anunciaban en público, uno tenía que ir y averiguarlo. Y, entonces, decidían, por ejemplo, que abrirían el registro un miércoles por la mañana, de diez a doce, cuando sabían que la mayoría de los trabajadores negros no podrían asistir. Y, aunque pidieras permiso en el trabajo

para estar allí, eso no significaba que pudieras registrarte. Cerraban las puertas en cuanto daban las doce, por mucha gente que hubiera en la cola esperando. Todo eso, para impedir que los afroamericanos pudieran registrarse.

Si lograbas entrar, tampoco significaba necesariamente que pudieras registrarte. Antes tenías que ser propietario de una casa, pero, cuando yo intenté registrarme, me dijeron: «Deberías ser propietaria, pero, si pasas el examen respondiendo correctamente a las preguntas, no es necesario que seas propietaria». Así que o eras propietario o tenías que aprobar el examen.

El primer día de 1943 que abrieron el registro era un día laborable, así que no pude ir. El señor Nixon y, estoy segura, el abogado Madison hicieron llegar la noticia a la comunidad negra, por lo que alrededor del juzgado había una larga fila de personas negras que esperaban para registrarse. Mi hermana y mi prima estaban en esa fila. Ellas, y muchas personas más, recibieron sus certificados de votantes por correo. Los afroamericanos recibían los certificados por correo, mientras que los caucásicos los recibían inmediatamente una vez terminado el examen.

Al día siguiente, que era mi día libre, fui a registrarme y a hacer el examen, pero no me enviaron el certificado por correo.

La segunda vez que lo intenté, me lo denegaron. Se limitaron a decirme que no había aprobado. No tenían que darte ningún motivo. Yo creía que sí que había aprobado, pero no tenía manera de comprobarlo. Podían decir que habías suspendido y no podías hacer nada al respecto. Los funcionarios del registro podían hacer lo que quisieran.

Estaba bastante segura de que había aprobado, así que la tercera vez que me presenté, en 1945, copié mis respuestas a las veintiuna preguntas. En aquella época no había fotocopiadoras, así que tuve que hacerlo a mano. Tenía la intención de guardarla y usarla para denunciar al comité de registro de votantes. Pero recibí mi certificado por correo. Lo siguiente que tenía que hacer era pagar el impuesto al sufragio que llevaba acumulado.

El impuesto al sufragio era de 1,50 dólares anuales y todos los

votantes registrados tenían que pagarlo. Sin embargo, los negros eran casi los únicos que tenían que pagarlo retroactivamente. A los blancos no les negaban el derecho a voto, por lo que, cuando un blanco cumplía los veintiún años (entonces no se podía votar a los dieciocho), se registraba y empezaba a pagar 1,50 dólares anuales a partir de entonces. Si te registrabas cuando eras más mayor, tenías que pagar el impuesto retroactivamente hasta los veintiún años. Me registré en 1945, cuando tenía treinta y dos años, por lo que tuve que pagar 1,50 dólares por cada uno de los once años entre el momento en que cumplí los veintiuno y los treinta y dos. En aquella época, 16,50 dólares era una cantidad de dinero considerable.

Si hubiera denunciado a los registradores de votantes, habría necesitado a alguien que me representara. Y, al principio, en Montgomery no había ningún abogado negro al que recurrir. De hecho, en aquella época había muy pocos abogados negros que ejercieran en Alabama. El único abogado al que podíamos llamar cuando lo necesitábamos era a Arthur D. Shores, de Birmingham, que venía de vez en cuando. Sabía que había representado a William P. Mitchell y a algunos otros que habían querido registrarse en el condado de Macon. Sin embargo, ahora nos ayudaba Arthur A. Madison. Recuerdo que fui al registro con el señor Nixon y con el abogado Madison. Pero, como pude registrarme, no tuve que denunciar a nadie.

Recuerdo la primera elección a gobernador en la que voté. Voté por Jim Folsom, que se presentaba contra un hombre muy reaccionario y muy racista que se llamaba Handy Ellis. No hubo incidentes desagradables y tuve la sensación de haber tenido que pasarlo muy mal para hacer algo tan sencillo y fácil.

La segunda vez que intenté registrarme para votar fue la primera que me expulsaron de un autobús de Montgomery. No seguí las normas.

Las personas negras teníamos que seguir unas normas especiales. Algunos conductores hacían que los pasajeros negros subieran por la puerta delantera para comprar el billete y luego los hacían bajar para que volvieran a subir por la trasera. Con frecuencia, antes de que los pasajeros negros hubieran podido llegar a la puerta trasera, el autobús arrancaba sin ellos. Los autobuses de Montgomery tenían

treinta y seis asientos. Los diez primeros estaban reservados para pasajeros blancos, incluso si no había ningún pasajero blanco en el autobús. Aunque no había ninguna ley acerca de los diez asientos en la cola del autobús, se sobreentendía que eran para negros. Los negros teníamos que sentarnos en la cola del autobús y no podíamos hacerlo en los asientos de delante aunque estuvieran vacíos. Cuando todos los asientos de la cola estaban ocupados, el resto de los pasajeros negros tenían que permanecer en pie. Si los blancos llenaban la sección delantera, algunos conductores exigían a los pasajeros negros que cedieran sus asientos en la sección de atrás.

Los conductores de autobús tenían la potestad de, si querían, administrar los dieciséis asientos centrales. Llevaban pistola y tenían lo que llamaban poder policial para reorganizar los asientos y obligar al cumplimiento de todas las normas de segregación en los autobuses. Algunos de los conductores eran peores que otros. No todos eran detestables, pero la segregación en sí es algo perverso y, en mi opinión, no había nada que pudiera hacer que la segregación fuera algo decente, bueno o aceptable.

El conductor que me expulsó era uno de los malos. Era alto y corpulento y tenía una actitud intimidatoria. Tenía la piel de aspecto áspero y un lunar cerca de la boca. Trataba muy mal a todos los negros. Yo ya había viajado antes en su autobús y recuerdo que, cuando una joven subió al autobús por delante y empezó a caminar hacia la cola, la hizo bajar para que subiera por la puerta de atrás. Un día, en invierno de 1943, el autobús llegó y estaba repleto de personas negras. Ocupaban incluso los peldaños que subían de la puerta de atrás. Sin embargo, delante había asientos vacíos, hasta los de la primera fila. Así que subí por delante y pasé entre un pequeño grupo de personas que estaban de pie en la cola y miré hacia delante y vi que el conductor se había levantado y me miraba. Me dijo que bajara del autobús y que subiera por la puerta de atrás. Le dije que ya estaba en el autobús y que no veía la necesidad de bajar y de volver a subir cuando, además, había personas en los escalones. ¿Cómo iba a subir? Así que me respondió que, si no podía subir por la puerta de atrás, tendría que bajar del autobús, «mi autobús», lo llamó. Me quedé donde estaba. Se me acercó y me agarró de la manga del abrigo. No del brazo. Solo de la

manga del abrigo.

No sacó la pistola. Yo no merecía la pena, porque no me estaba resistiendo. Sencillamente, no había bajado del autobús para subir por detrás como me había ordenado. Después de que me agarrara de la manga, fui a la parte delantera y dejé caer el bolso. En lugar de inclinarme o agacharme para cogerlo, me senté en el primer asiento y, sentada, recogí el bolso del suelo.

Estaba en pie junto a mí y me dijo: «Baja de mi autobús». Respondí que sí, que bajaría. Parecía que estaba a punto de pegarme. «Le diré algo. Más le vale no golpearme», y no me golpeó. Bajé y oí que, en la cola, alguien mascullaba: «¿Por qué no ha bajado para entrar por detrás?».

Supongo que los negros estaban cansados, porque querían llegar a casa y estaban de pie en la parte trasera y estaban cansados de estar de pie. Sé que estaban murmurando y cuchicheando mientras bajaba del autobús: «Tendría que haber subido por atrás y dejarlo estar». Siempre se preguntaban por qué uno no quería ser como los demás negros. Hablamos de la década de 1940, cuando la gente aguantaba mucho sin protestar.

No volví a subir al autobús por la puerta de atrás. Volvía del trabajo, así que ya tenía un billete de transbordo para dárselo al siguiente conductor. No quería volver a subir nunca más en el autobús de ese hombre. A partir de ese día, siempre me fijé en quién conducía antes de subir a ningún autobús. No quería más incidentes con ese conductor tan desagradable.

6. Secretaria de la NAACP

Cuando me hicieron bajar del autobús, era miembro de la NAACP. Se trataba de una organización nacional con sede en Nueva York fundada por un pequeño grupo de afroamericanos y de caucásicos que creían en la democracia. Eligieron el 12 de febrero de 1909 para inaugurarla, en honor al cumpleaños del presidente Lincoln. Formaron el grupo para protestar contra la discriminación racial, los linchamientos y la desigualdad educativa.

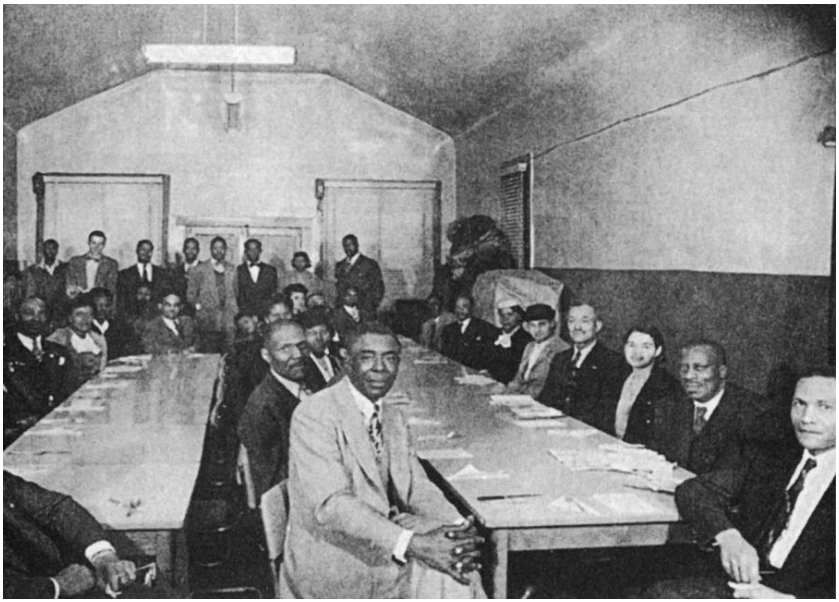
A principios de la década de 1940, en Alabama solo había tres delegaciones locales: en Montgomery, Birmingham y Mobile. Parks pertenecía a la delegación de Montgomery, pero no quería que yo me incorporara, porque creía que era demasiado peligroso. Los miembros de la NAACP de Montgomery se arriesgaban a sufrir represalias por su activismo. No supe que participaban mujeres hasta que vi en el Alabama Tribune la fotografía de Johnnie Carr, mi amiga y compañera de clase en la escuela de la señorita White. Era la única mujer y la delegación carecía de división juvenil.

El artículo decía que Johnnie trabajaba con la delegación de Montgomery de la NAACP y, de hecho, creo que era la secretaria. Así que pensé que algún día me acercaría a la NAACP para ver si me la encontraba. En diciembre de 1943, celebraron la reunión anual para elegir a los distintos cargos, y acudí. Ese día Johnnie no estaba allí y solo había unos cuantos hombres, entre doce y quince. Pagué la cuota de inscripción y empezaron las elecciones. Era la única mujer y dijeron que necesitaban una secretaria para la reunión; era demasiado tímida para decir que no. Me encargué de registrar el acta y así fue como me eligieron secretaria. No me pagaban, pero el trabajo me gustaba y Parks me apoyaba mucho.

Desde finales de la década de 1930, o incluso antes, y hasta finales de la década de 1940, lo cierto es que no supe de demasiadas mujeres que intervinieran en la lucha por los derechos civiles. Por

supuesto, yo no lo hacía entonces tampoco, era demasiado joven. Sin embargo, una vez llegados a finales de la década de 1940 o entrados ya en la de 1950 o 1960, las mujeres empezaron a alzar la voz y a ser cada vez más activas. Cada vez más se intentaban registrar para poder votar y acudían a las reuniones de votantes.

Recuerdo que, cuando ingresé en la NAACP y me convertí en la secretaria, las únicas dos mujeres que asistíamos a las reuniones éramos Johnnie Carr y yo. El señor E. D. Nixon era el presidente entonces y la señora Nixon asistía a alguna reunión, pero creo que ella se mantenía al día porque él siempre estaba allí. Recuerdo que me esforzaba mucho en publicar artículos para el señor Nixon, enviaba cartas y asistía a reuniones y él se limitaba a reír. «El lugar de las mujeres es la cocina», decía.



La NAACP de Montgomery, 1953-1954. Rosa está a la derecha y su madre, dos asientos más atrás. E. D. Nixon es el primero en la fila central y Johnnie Carr está dos asientos más atrás. (Gentileza de Rosa Parks.)

Entonces, yo le preguntaba que qué pasaba conmigo. Y me respondía: «Bueno, necesito una secretaria y tú lo haces bien». Siempre me felicitaba por mi trabajo y me animaba a continuar.

La mayoría de los miembros de la NAACP de Montgomery eran negros. Los blancos tenían que ser muy valientes para apuntarse, porque eso significaba la condena al ostracismo por parte de la comunidad blanca. Fueras blanco o negro, intentar ayudar a los negros seguía siendo muy peligroso. Los blancos del norte podían ayudarnos más. Me acuerdo de cuando Andy Wright, uno de los chicos de Scottsboro, tuvo problemas por saltarse la condicional y salir del estado de Alabama. Creo que viajó al estado de Tennessee para visitar a su madre. Lo detuvieron en agosto de 1946 y el comité de libertad condicional no le devolvió la libertad hasta junio de 1947. Entonces, volvieron a arrestarlo e ingresó en prisión hasta que volvieron a concederle la condicional. La señora Zenobia Johnson formaba parte del comité de defensa de Andy Wright. Era negra y, junto a su marido, dirigían el comedor de la Alabama State, que albergaba la escuela de prácticas donde estudié secundaria. El comité estaba compuesto por la señora Johnson y otros cuatro miembros (el señor W. G. Porter, el profesor J. E. Pierce, el señor E. D. Nixon y yo misma). Nos reunimos con el comité de libertad condicional, íntegramente blanco, para apoyar a Andy Wright.

Una mujer del comité de libertad condicional sugirió que Andy y el resto de los chicos de Scottsboro no lo estaban pasando mal en prisión, porque habían recibido dinero de simpatizantes del norte. Dijo que los estaban «mimando». El comité de defensa mantuvo que los chicos de Scottsboro habían sido encarcelados injustamente y que, si los liberaban, ya nadie tendría que «mimarlos».

El comité de libertad condicional votó en favor de conceder la libertad condicional a Andy. Nuestra delegación de la NAACP lo ayudó a conseguir trabajo como camionero y mantuvimos el contacto con él.

Como secretaria de la NAACP, llevaba el registro de las suscripciones y enviaba el dinero a la oficina nacional, respondía al teléfono, escribía cartas y enviaba comunicados de prensa a los

periódicos. Una de mis tareas más importantes era llevar un registro de los casos de discriminación, de trato injusto o de violencia contra personas negras.

Había muchos, muchísimos casos que registrar. Recuerdo un caso en concreto en Abbeville, Alabama, de donde venían mi padre y su familia. El 3 de septiembre de 1944, la señora Recy Taylor de Abbeville, una mujer negra, volvía a casa de la iglesia cuando seis hombres blancos la secuestraron (la obligaron a subir a un coche pistola en mano y a punta de cuchillo), le arrancaron la ropa y la violaron. Un gran jurado del condado de Henry se negó a acusar a los seis hombres blancos, a pesar de que el conductor del coche había confesado e identificado a sus cómplices. Muchas personas, tanto negras como blancas, estaban indignadas. Algunas formaron un Comité por la Justicia para la señora Taylor. Caroline Bellin, la secretaria ejecutiva blanca del comité, intentó ayudar a la señora Taylor y acudió a Montgomery, a la NAACP, porque la NAACP no tenía delegación en Abbeville. Esto fue en verano de 1945.

Aunque intentamos ayudar, no había mucho que pudiéramos hacer. La señora Bellin intentó visitar a la señora Taylor en su casa de Abbeville, pero el sheriff la agarró y le ordenó que se mantuviera alejada de la sección negra de la ciudad. La NAACP y el comité consiguieron que el gobernador, Chauncey Sparks, reuniera a un gran jurado especial para investigar el caso, pero ese gran jurado especial también se negó a acusar a los hombres.

Por supuesto, si una mujer blanca acusaba de violación a un hombre negro, sucedía justo lo contrario. ¡Lo que los jóvenes negros llegaron a sufrir por culpa de mujeres blancas! Recuerdo al pobre Jeremiah Reeves. Era un repartidor, apenas un adolescente. Una mujer blanca acostumbraba a pedirle que entrara en su casa (tenían una aventura) y la gente empezó a darse cuenta de ello.

Un día en concreto, un vecino o alguien miró por la ventana y vio cómo se desvestían. En cuanto la mujer se dio cuenta de que había alguien mirando, empezó a gritar que iban a violarla. La policía fue y lo detuvo. Tenía unos diecisiete o dieciocho años.

Su madre trajo el caso a la NAACP y nos mantuvo ocupados durante unos cuantos años. Yo trabajaba en la sastrería Crittenden y

recuerdo haber hablado del caso con mi amiga y compañera de trabajo, Bertha Butler. Dije: «Ojalá supiera dónde vive esa mujer, iría y le exigiría que me dijera la verdad. Si alguien más quisiera venir conmigo…».

Bertha me respondió: «Chica, sabes perfectamente que ni tu madre ni tu marido dejarían que te acercaras a ella». Aun así, yo habría estado dispuesta a arriesgarme de haber encontrado a alguien que me acompañara.

Nunca hubo ninguna prueba contra Jeremiah Reeves, a excepción de la palabra de la mujer que lo había acusado. Intenté encontrar alguna manera de documentar que mentía, pero nunca lo conseguí. Jeremiah estuvo en el corredor de la muerte durante varios años. Acostumbraba a escribir poesía y algunos de sus poemas salieron publicados. Yo los leía y los guardaba. Escribió muchos poemas. De joven su madre era tan guapa que me parecía una estrella de cine. Su nombre de soltera era Cornella Snow, estaba casada y tenía varios hijos. Jeremiah era el mayor. La delegación de Montgomery de la NAACP trabajó durante varios años para salvar a Jeremiah Reeves, pero no lo conseguimos. Estuvo en el corredor de la muerte hasta que cumplió los veintiún años y, entonces, lo ejecutaron. Fue una tragedia que perdiera la vida. A veces costaba mucho seguir adelante cuando parecía que todo el trabajo era en vano.

Por supuesto, de vez en cuando había alguna mujer que no recurría a la acusación de violación para salvarse. Recuerdo que una vez leí en el periódico un artículo acerca de una mujer blanca, una viuda con un niño de nueve años de edad. Tenía un amigo negro que la visitaba. Él tenía familia, así que ella no lo dejaba entrar en casa, sino que preparó una habitación en el garaje, como si fuera un dormitorio, y allí es donde pasaban el tiempo cuando él iba a visitarla. Alguien tuvo que sospechar algo, porque la policía apareció durante una de las visitas. Ella se negó a decir que se trataba de una violación y admitió que tenían una aventura. No permitió que lo tocaran y les prohibió que le pusieran la mano encima, así que la arrestaron a ella. Había leyes contra el mestizaje, es decir, estaba prohibido que blancos y negros mantuvieran relaciones o se casaran. Él abandonó la ciudad con el dinero que ella pudo darle, porque estaba en buena posición. Ella se quedó y la

ciudad al completo le dio la espalda. Más adelante leí que se había suicidado.

Era dificilísimo conseguir que nadie se atreviera a declarar lo que sabía en casos de violencia de blancos contra negros. Me acuerdo de un pastor negro de Union Springs, en Alabama, al que intenté entrevistar una vez. Había visto que un hombre blanco había disparado a otro negro, de nombre Thomas, porque había descubierto que ambos estaban viéndose con la misma mujer negra. El pastor presenció el disparo y salió corriendo, sin más. Hubo quien dijo que no dejó de correr hasta que llegó a Montgomery. Cuando llegó, empezó a hablar con mi marido y este le dijo que yo hablaría con él. Saqué papel y lápiz y empecé a tomarle declaración, pero no pudo terminar. No quería admitir que tenía miedo, solo dijo que estaba fuera de casa, que no tenía a la familia consigo y que tenía que pensar en muchas cosas.

Si queríamos presentar cualquier tipo de cargos contra el hombre que había cometido el asesinato, necesitábamos una declaración del único testigo. Sin embargo, no quiso o no pudo testificar o ni siquiera dictar una declaración. Al menos, con una declaración habríamos podido acudir al notario para compulsarla y enviarla del Departamento de Justicia en Washington DC. Pero se negó.

Mi marido se enfadó al ver que se negaba a hablar conmigo, así que le pedí que no fuera demasiado duro con él. Era muy difícil. La gente no estaba muy dispuesta a echar a perder su vida para acusar a otro.

Hubo otro caso muy similar. En esta ocasión, el hombre negro era Elmore Bolling, que disfrutaba de una posición relativamente acomodada. Tenía un tráiler y solía verlo conduciéndolo por la calle para llevar ganado al matadero. Un hombre blanco lo mató y fue por el mismo motivo que en el otro caso. El blanco dijo fue porque Elmore Bolling había insultado a su mujer por teléfono y adujo defensa propia. Sin embargo, el verdadero motivo era que se estaba viendo con una mujer negra y la había descubierto con Elmore Bolling.

Antes tenía notas de todos estos casos, pero ahora ya no. Las guardaba en el despacho de la NAACP, porque siempre estaba allí.

Luego, el señor Nixon las almacenó en un pequeño edificio de su propiedad y alguien las tiró por error. Se perdió mucha historia, porque guardábamos notas de muchos casos. De todos modos, no tuvimos mucho éxito en nuestra búsqueda de justicia. Era más una cuestión de intentar desafiar a los poderes establecidos y de hacer saber que no estábamos dispuestos a permitir que nos siguieran tratando como a ciudadanos de segunda.

7. La violencia de los blancos se intensifica

A finales de la década de 1940, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, aumentaron los incidentes violentos contra las personas negras. Los soldados negros que habían servido en las fuerzas armadas estaban regresando a casa y creían que merecían ser tratados con igualdad de derechos, dado que habían servido a su país.

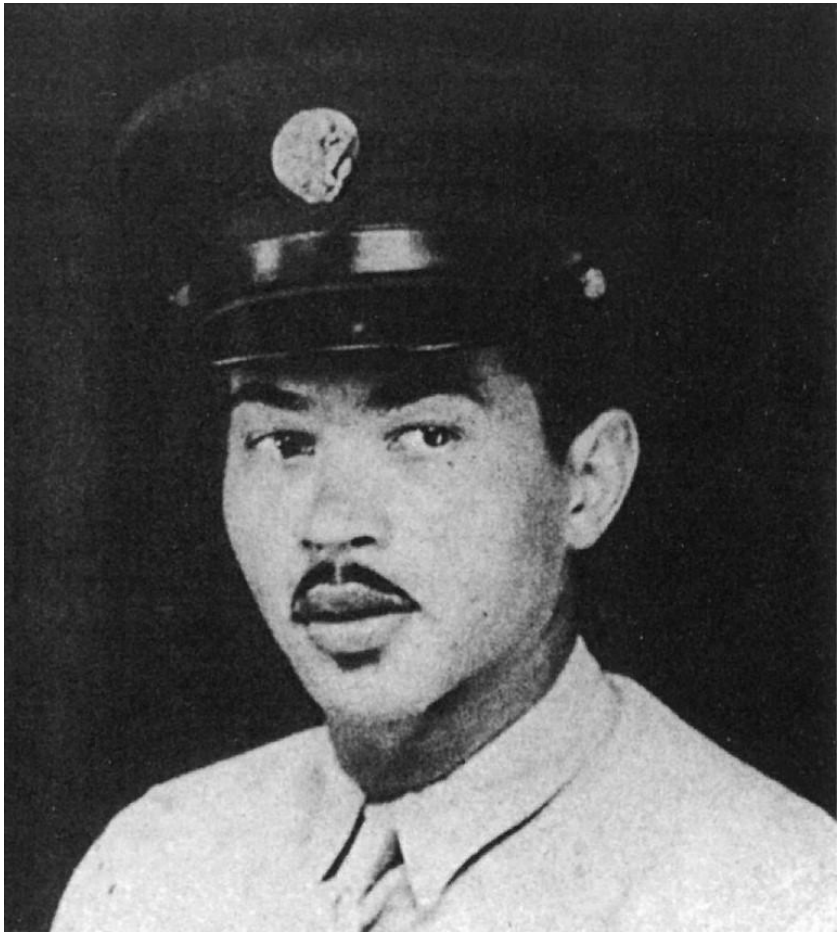
Mi hermano, Sylvester, fue reclutado a principios de la década de 1940 y había servido en Europa y en el Pacífico. En aquel entonces, las fuerzas armadas estaban segregadas y los soldados negros recibían los trabajos más desagradecidos, como tareas de mantenimiento y el cuidado de los heridos graves. Apenas se concedían ascensos a los soldados negros. En otras palabras, en la fuerzas armadas, que estaban controladas por racistas blancos, las cosas eran como en casa. Sin embargo, en Inglaterra y en Francia, la población recibió con afecto a los soldados afroamericanos. Muchos de ellos tuvieron novias blancas y algunos incluso se casaron con mujeres inglesas, francesas o italianas. Se sentían valorados por lo que hacían en la lucha por la libertad.

Los soldados negros lucharon por su país durante la Segunda Guerra Mundial, pero, cuando regresaron al sur, se vieron recompensados con más racismo. (Gentileza del Departamento de Relaciones Públicas de la NAACP.)

Cuando Sylvester regresó de la guerra y volvió a verse inmerso en la segregación legalizada del sur, le costó mucho adaptarse. No le parecía demasiado bien que siguiéramos en la misma situación, si no peor.

Cuando volvieron a casa, muchos veteranos negros de la Segunda Guerra Mundial intentaron registrarse para votar, pero no los dejaron. Descubrieron que les faltaban al respeto incluso más que antes, y sobre todo si llevaban uniforme. Los blancos querían que las cosas siguieran como siempre y pensaban que a los veteranos negros se les habían subido los humos a la cabeza. Mi hermano fue uno de los que ya no podían soportar que los trataran así. Además, no pudo encontrar trabajo en Montgomery y no quería, ni esperaba,

que nadie lo mantuviera, así que él y su familia se trasladaron a Detroit, en Míchigan.



El hermano de Rosa, Sylvester McCauley, de uniforme durante la Segunda Guerra Mundial. (Gentileza de Rosa Parks.)

Por algún motivo, en 1949 tuvimos muchos casos. Recuerdo uno en especial. Había dos jóvenes de Newark, en Nueva Jersey; eran dos hermanos, Edwina Johnson y Marshall Johnson, de dieciséis y

quince años respectivamente. Vinieron a Montgomery de visita, pero nadie les había hablado de las leyes de segregación en los autobuses. Subieron a un autobús de la ciudad y se sentaron en la sección blanca. El conductor, S. T. Lock, los encañonó con la pistola y los expulsó del autobús. Y, al parecer, también llamó a la policía, porque los dos adolescentes fueron detenidos y pasaron dos días en la cárcel. Esto sucedió en julio de 1949. El juez Wiley C. Hill amenazó con enviarlos a un reformatorio hasta que cumplieran los veintiún años de edad, pero creo que la NAACP les consiguió un abogado y solo los multaron.

Los casos de violencia contra los negros se daban en todas partes, no solo en Alabama. Recuerdo un caso en Carolina del Sur. Un hombre negro, Isaac Woodard Jr., se acababa de licenciar del Ejército e iba en autobús cuando un hombre blanco lo golpeó en la cabeza y lo dejó ciego. El hombre blanco se llamaba Shore. El jurado, íntegramente blanco, solo tardó quince minutos en declarar inocente a Shore. El abogado de Shore había afirmado ante el jurado que: «Si su veredicto va en contra de Shore, permitan entonces que Carolina del Sur se vuelva a escindir». Aludía a que los estados del sur se habían escindido de la Unión antes de la Guerra Civil.

Recuerdo 1949 como un año especialmente malo. Pasaban cosas de las que la mayoría de la gente no se enteraba, porque no aparecían en los periódicos. Hubo momentos en que me sentí abrumada por la intensidad de la violencia y del odio, pero lo único que podía hacer era seguir adelante.

En aquella época era la secretaria de la delegación sénior de la NAACP, que era para las personas mayores, además de asesora del Consejo de Juventud de la NAACP. Me gustaba trabajar con los jóvenes. Los estudiantes de secundaria eran el grupo más numeroso en el Consejo de Juventud y uno de nuestros proyectos consistía en que los jóvenes intentaran sacar libros prestados de la biblioteca principal en lugar de tener que desplazarse al pequeño edificio en la otra punta de la ciudad que era la biblioteca para personas de color.

La biblioteca para personas de color no disponía de muchos libros y, si un estudiante quería un libro que no estaba allí, tenía que solicitarlo a la biblioteca de color, que, a su vez, lo solicitaba a la

biblioteca principal. Luego, el estudiante tenía que volver a la biblioteca de color para recoger el libro. Los miembros del Consejo de Juventud de la NAACP acudían a la biblioteca principal y solicitaban que los atendieran allí, pues decían que les era muy incómodo ir a la biblioteca para personas de color, porque estaba muy lejos. Lo hicieron una y otra vez, pero no lograron cambiar nada.

A principios de la década de 1950, el señor E. D. Nixon había dimitido como director de la NAACP de Montgomery, pero aún seguía muy activo en la organización. También presidía la delegación local de la Hermandad de los Conserjes de Coches Cama y usaba el despacho del sindicato en el centro de la ciudad para desempeñar sus tareas para la comunidad. Yo iba allí para hacer tareas de voluntariado para él, más o menos como había hecho en el despacho de la NAACP. Le gustaba decir que yo era la secretaria de todo lo que él hacía. Respondía al teléfono y a las cartas y llevaba el registro de los distintos casos de las personas que acudían en busca de ayuda. Trabajaba de sastra en la sastrería del señor Solon Crittenden y la mayoría de las tardes, al salir, iba al despacho y trabajaba un poco. Solía llevarle un bocadillo al señor Nixon. Cuando no estaba trabajando en el ferrocarril, estaba en el despacho.

El señor Nixon me presentó a la señora Virginia Durr. La señora Durr estaba en casa de él, que me fue a buscar para que lo acompañara y la conociera. La señora Durr era una señora blanca, nacida y criada en Birmingham, que de algún modo había logrado superar todo el racismo con el que había crecido. Ella y su marido, Clifford, un abogado, hacían mucho por las personas negras y, en consecuencia, no tenían demasiados amigos blancos. Supongo que era así de nacimiento, porque su familia creía en la segregación.

La conocí en 1954 y, cuando supo que cosía, me contrató para que le hiciera algunas cosas. La ayudé con el ajuar de boda de su hija Lucy. No confeccioné el vestido de novia, pero sí el resto de las prendas. A partir de entonces, cosí todo lo que iba necesitando. Tenía un grupo de oración integrado del que pasé a formar parte. Mujeres afroamericanas y caucásicas se reunían en casa de la señora Durr para rezar juntas. Al cabo de un tiempo, los maridos, los

padres y los hermanos de las mujeres blancas acabaron con el grupo. Publicaron anuncios en los periódicos en los que repudiaban a sus mujeres.

Llegué a conocer muy bien a Virginia (en aquel entonces, cuando trabajaba para ella, la llamaba señora Durr, aunque ella insistía en que la llamara por su nombre de pila). Me explicó que había tomado conciencia del racismo cuando se fue a estudiar a Massachusetts. Un día, al ir al comedor de la facultad, se encontró con que había una chica negra sentada en la misma mesa que le habían asignado a ella. Virginia tuvo que decidir si sentarse o no junto a ella. Nunca antes se había sentado con una persona negra como si fuera su igual. Así que decidió aceptar el hecho de que esa joven tenía tanto derecho como el resto de los estudiantes a sentarse allí. Dijo que jamás lamentó haber tomado esa decisión. Luego se casó y ella y el señor Durr vivieron en Washington DC, donde él trabajaba en la Comisión Federal de Comunicaciones. Cuando hablaron de regresar a Alabama, ella tuvo que decidir si quería hacerlo o no, porque sabía que ni ella ni su marido mantenían la misma actitud respecto a la segregación que la mayoría de las personas blancas de Alabama. Cuando por fin regresó, después de veinte años de ausencia, quiso formar parte de nuestro esfuerzo para acabar con la segregación, aunque eso significara que le dieran la espalda e hicieran que lo pasara mal.

Conocí a la señora Durr en 1954, el año en que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos dictó la famosa sentencia del caso Brown contra el Consejo de Educación que declaraba anticonstitucional la educación segregada. La NAACP llevaba años trabajando para conseguirlo, aproximadamente desde 1925. Habían atacado la cuestión de la educación «separada pero igual» desde múltiples ángulos, porque, por supuesto, lo miraras desde el ángulo que lo miraras, la educación en el sur era separada, pero, ciertamente, no era igual. Yo misma lo había visto al crecer.

Un aula de infantil en Washington DC, un año después de que la sentencia de Brown contra el Consejo de Educación dictaminara que la segregación en las escuelas era inconstitucional. (U.S.N. & W. R. Collection, Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.)

En las décadas de 1920 y 1930, la NAACP había empezado a luchar por la igualdad salarial de los maestros negros. Recuerdo que mi madre comentaba con frecuencia que los maestros y maestras negros cobraban menos que los blancos. Acabó abandonando el condado de Montgomery por lo bajos que eran los salarios de los maestros negros. La NAACP ayudaba a los maestros negros de muchas partes del sur en su lucha por la igualdad salarial. Ayudaron a los maestros de Birmingham, pero tardaron mucho en conseguirlo, unos siete años, de 1938 a 1945. Lo que pasó es que, para presentar una demanda en nombre de mucha gente (lo que llaman una demanda colectiva), hay que tener un demandante, uno que represente a todos los demás. Había que ser muy valiente para presentarse como demandante. Te jugabas la vida. Cuando la NAACP por fin logró que alguien se presentara como demandante, lo reclutaron en el Ejército y hubo muchos retrasos. De todos modos, la NAACP y los maestros ganaron y en otoño de 1945 se instauró la igualdad salarial.

Exterior de un instituto de secundaria integrado en Washington DC, después de que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos declarara que la educación segregada era desigual e inconstitucional. (U.S.N. & W. R. Collection, Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.)

Antes de que la NAACP presentara la demanda de Brown contra el Consejo de Educación en 1951, varias organizaciones y grupos, entre ellos la propia NAACP, ya habían presentado una docena de demandas contra la desigualdad en escuelas de primaria y de secundaria en Arkansas, Texas, Carolina del Norte, Virginia y Misuri. Sin embargo, fue el caso de Brown en Topeka, Kansas, el que consiguió llegar al Tribunal Supremo de los Estados Unidos para que este dictara sentencia. Dos abogados de la NAACP, Charles Hamilton Houston y Thurgood Marshall, lo hicieron posible. El señor Marshall incluso trajo a un sociólogo, el doctor Kenneth Clark, que testificó que la educación segregada era perjudicial para

los niños negros. Posteriormente, en la década de 1960, Thurgood Marshall se convirtió en el primer juez negro en el Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

Es imposible describir la alegría de los negros, y de algunos blancos, cuando el Tribunal Supremo dictó sentencia en mayo de 1954. El tribunal afirmó que la educación segregada no podía ser igual y muchos de nosotros entendimos que la misma idea podía aplicarse a otras cosas, como al transporte público.

Fue un periodo esperanzador. Los afroamericanos creían que al fin había una posibilidad real de cambiar las leyes de la segregación. Recuerdo que, hacia esa época, Fred Gray vino a Montgomery para abrir un bufete de abogados. Había nacido y crecido en Montgomery y, a los doce años, se convirtió en ministro de la Iglesia de Cristo. Sin embargo, su dedicación al ministerio no le eximió de los prejuicios contra las personas de color. Debido a la segregación racial, tuvo que ir al norte a estudiar y allí se licenció en derecho. Se habría podido quedar en el norte y tener una vida más fácil, pero decidió volver y participar en la lucha por los derechos de los afroamericanos. Me alegré mucho cuando estableció su despacho en el centro de Montgomery y abrió un bufete de abogados. Ahora teníamos dos abogados negros que podían asesorarnos en cuestiones legales.

Charles Langford era el otro abogado negro. Antes de que Fred Gray inaugurara su despacho, una mujer negra llamada Mahalia Ashley Dickerson y que había sido buena amiga mía durante años abrió un bufete. Pero tuvo que marcharse de Montgomery, porque no recibió el apoyo que necesitaba de la comunidad afroamericana. No le daban el trabajo suficiente para que pudiera ganarse la vida y era madre soltera de trillizos.

Tras la sentencia del Tribunal Supremo sobre Brown contra el Consejo de Educación, todos contuvimos la respiración para ver qué sucedería a continuación. La siguiente cuestión que debía abordar el Tribunal Supremo era cómo se debía gestionar la desegregación de las escuelas. Aunque no escucharon argumentos al respecto hasta casi un año después, en abril de 1955, durante todo ese tiempo muchos activistas empezaron a hacer planes. La señora Durr me habló de un taller que iba a celebrarse y al que habían llamado

«Desegregación racial: cómo aplicar la sentencia del Tribunal Supremo». Lo organizaban en la Highlander Folk School de Monteagle, en Tennessee. Me dijo que pensaba que yo debía asistir, que había becas disponibles y que ella reuniría el dinero necesario para pagar los gastos del viaje y de la estancia durante los diez días que duraba el taller. El señor Nixon también pensaba que debía ir, así que fui. Era el verano de 1955.

En su autobiografía, Outside the Magic Circle, la señora Durr escribió que yo no tenía ni maleta ni bañador y que ella me los dio. Yo no lo recuerdo exactamente así. Es cierto que no tenía maleta, porque nunca había viajado, pero no recuerdo haber llevado ninguna a Highlander. Sí que tenía bañador, porque en 1950 había ido a Florida y recuerdo que entonces tenía uno. Trabajaba para una familia en Montgomery, hacía las tareas de casa y cuidaba de su hija pequeña, que entonces tenía tres años y padecía de asma congénita. Fueron de vacaciones a Florida, a un lugar llamado Sunnyside Beach, en el golfo de México, y los acompañé. Y, como fui a la playa, tenía bañador. En Highlander había lago, pero no lo visité porque nadar nunca se me ha dado demasiado bien.

No recuerdo lo que Parks dijo acerca de mi viaje a Highlander. No conseguí que viniera conmigo. No le gustaba mucho alejarse de casa, pero no se oponía a que lo hiciera yo. Mi madre había venido de Pine Level para vivir con nosotros después de la Segunda Guerra Mundial y Parks y ella podían apañárselas sin mí. Parks sabía cocinar. Cuando era pequeño, su madre y su abuela estuvieron enfermas y él tuvo que cuidarlas.

No recuerdo que la señora Durr mencionara si Highlander era una escuela blanca. No mencionó ninguna raza en particular, así que no sabía qué esperar una vez allí. Cuando llegué, descubrí que las únicas personas negras que había en todo el condado de Grundy, Tennessee, éramos las que habíamos acudido al taller en Highlander. No tuve ningún contacto con personas blancas fuera de la escuela, pero sabía que no estaban en absoluto contentas con la escuela, porque habían prendido fuego al edificio a la primera ocasión que tuvieron.

Tomé un autocar a Chattanooga, en Tennessee, donde un hombre blanco me recogió y me llevó en coche hasta Monteagle, Tennessee,

a unos ochenta kilómetros de distancia. Creo que no hablamos mucho, pero no estaba incómoda. Estaba acostumbrada a las personas blancas y las aceptaba en la medida en que ellas me aceptaban a mí. El paisaje era precioso y, cuando nos acercamos a la escuela, entendí por qué la habían llamado Highlander. Estaba en una meseta en las montañas, rodeada de jardines y rebaños de ganado.

Myles Horton fundó la escuela en 1932, en plena Gran Depresión. Creía que, si contaba con la ayuda adecuada, la gente podía resolver sus propios problemas. Cuando inauguró la escuela, se centró en los problemas de los trabajadores blancos oprimidos en los montes Apalaches. Celebraba talleres sobre relaciones laborales, los derechos de los trabajadores y las relaciones entre las razas. Hacia la década de 1950, cambió el foco hacia los derechos civiles. La escuela ofrecía talleres para formar a los líderes del futuro, de modo que pudieran regresar a casa y promover el cambio a partir de lo que habían aprendido en la escuela. Creo que es muy posible que la hostilidad de la comunidad blanca despegara entonces.

Septima Clark y Rosa conversan en la Highlander Folk School,

1955. (Gentileza de Rosa Parks.)

En Highlander conocí a Septima Clark, una mujer negra que había perdido su trabajo como maestra en Charleston, Carolina del Sur. Había sido un miembro activo de la delegación de la NAACP allí y había intentado conseguir la igualdad salarial para los maestros negros. También era amiga del juez William Waites Waring, que había dictado sentencia en contra de que el Partido Democrático fuera un club privado, de modo que tenía que estar abierto para todos los que pudieran votar. En aquella época, en Carolina del Sur, los negros no podían registrarse, porque el Partido Democrático se consideraba a sí mismo un club privado. Entonces no había Partido Republicano en Carolina del Sur.

Cuando la conocí, Septima Poinsette Clark (era la hija de un esclavo propiedad de la familia Poinsette, que dio nombre a la poinsetia, la flor) estaba cerca de los sesenta años de edad e impartía clases de ciudadanía en Highlander. Estaba a cargo de la «escuela de ciudadanía» y su trabajo consistía en enseñar a los adultos a leer y a escribir y en darles nociones básicas de ciudadanía, de modo que pudieran enseñar a otros y registrarse para votar.

En Highlander se sentía como en casa, pero la comunidad exterior le ponía las cosas muy difíciles. Prendieron fuego al edificio cuando Myles estaba de viaje y ella estaba dentro. La detuvieron y la acusaron de multitud de cosas, como de beber licor o de ser comunista. No les gustaba lo que hacía. Más adelante escribió un libro, Echo in My Soul, y me regaló un ejemplar. Y me escribía una carta todas las Navidades.

El verano que estuve allí fue el primero en el que ofrecieron educación para adultos. Una peluquera llamada Bernice Robinson impartía una asignatura que se daba dos noches a la semana y contaba con catorce alumnos. Les enseñaba cosas básicas, como escribir sus nombres, escribir cheques o escribir una carta a alguien en el Ejército. Al final del curso, ocho de los alumnos aprobaron el examen para votar.

Rosa (dcha.) conversa con Fred Paterson (centro), entonces el presidente del Instituto Tuskegee, y con James Johnson en la Highlander School. (Gentileza de Rosa Parks.)

Pasé diez días en Highlander y asistí a distintos talleres, la mayoría de los cuales trababan de cómo desegregar las escuelas. Todo estaba muy organizado. Todos teníamos tareas, que cada mañana aparecían en una lista colgada en un tablón de anuncios. Compartíamos el trabajo y el juego. Una de las cosas de las que más disfruté fue el aroma del beicon friéndose y del café colándose sabiendo que quienes los estaban preparando eran blancos y no yo. Había natación en el lago artificial, voleibol y baile. Estuve muy bien con la gente de Highlander.

Nos olvidamos de qué color era cada uno. Yo tenía cuarenta y dos años y fue una de las pocas veces en mi vida hasta ese momento en el que no percibí ninguna hostilidad en las personas blancas. Tuve la experiencia de estar con personas de distintas razas y

procedencias trabajando juntas en talleres y viviendo juntas en paz y armonía. Sentí que podía expresarme con honestidad y ser yo misma sin temer represalias ni actitudes antagonistas de los demás.

Me habría quedado más tiempo. Me costó marcharme de allí sabiendo a lo que volvía, pero, claro, era consciente de que tenía que irme. Así que regresé a Montgomery y a mi trabajo de ayudante de sastrería en los grandes almacenes Montgomery Fair, donde tenías que sonreír y ser educada por mucho que te faltaran al respeto. Regresé también a los autobuses de la ciudad, con sus normas de segregación.

8. «Estás detenida»

Creo que no había ley de segregación que enfureciera más a las personas negras de Montgomery que la de la segregación en los autobuses. Y eso había sido así desde la aprobación de las leyes sobre la segregación en el transporte público. Las aprobaron en 1900 y las personas negras boicotearon los tranvías de Montgomery hasta que el Ayuntamiento modificó la ordenanza para que nadie pudiera ser obligado a ceder su asiento a no ser que hubiera otro al que cambiarse. Sin embargo, con los años, las prácticas habían cambiado, aunque las leyes permanecían igual. Cuando me expulsaron del autobús en 1943, quien había infringido la ley era el conductor. En 1945, dos años después de ese incidente, el estado de Alabama aprobó una ley que exigía a todas las compañías de autobuses bajo su jurisdicción que aplicaran la segregación. Lo que la ley no especificaba era qué debían hacer los conductores en un caso como el mío.

Y ahí estábamos, medio siglo después de la primera ley de segregación. En Montgomery había unos cincuenta mil afroamericanos. Y usábamos los autobuses más que los caucásicos, porque había más blancos que se podían permitir un automóvil. Sufrir la indignidad de tener que utilizar autobuses segregados dos veces al día, cinco días a la semana, para ir al centro y trabajar para blancos era muy humillante.

Los incidentes eran constantes. La señora Durr dice que yo se los explicaba una y otra vez, mientras que el señor Nixon intentaba negociar pequeños cambios. Sé que, en algún momento, nos explicó que se había dirigido a la compañía de autobuses acerca de que las personas negras tuvieran que subir por la puerta de delante para comprar el billete y volver a bajar para subir por la de atrás. La respuesta fue: «Empezasteis vosotros. Si lo hacen, es porque quieren hacerlo».

En otra ocasión habló con ellos acerca de la posibilidad de alargar la ruta del autobús de Day Street. Las personas negras en una comunidad al otro lado del puente de Day Street tenían que cruzar el puente y caminar casi un kilómetro para llegar al autobús. El señor Nixon fue a la compañía de autobuses para protestar. Siempre iba a la compañía de autobuses a protestar. A veces iba solo y otras iba con alguien. Él no usaba los autobuses, ya que tenía su propio automóvil, pero actuaba en nombre de la comunidad. La compañía de autobuses respondió que, mientras la gente estuviera dispuesta a caminar ese kilómetro y pagar para ir en autobús hasta el centro, no veían necesidad de alargar el recorrido.

Jo Ann Robinson era profesora de lengua inglesa en el Alabama State College. En 1946, había ayudado a fundar el Women's Political Council. A lo largo de los años había ido acumulando incidentes con los conductores de autobús, pero al principio le costó mucho conseguir que las otras mujeres del consejo se indignaran. Ella procedía de Cleveland, Ohio, y la mayoría de las otras habían nacido en Montgomery. Cuando se quejaba de la mala educación de los conductores de autobuses, le respondían que la vida en Montgomery era así. Había presentado muchas protestas ante la compañía de autobuses en nombre del Women's Political Council. Al final consiguió que los autobuses se pararan en todas las esquinas de los barrios negros, tal como hacían en los barrios blancos. Pero fue una victoria muy pequeña.

Lo que la irritaba, al igual que a tantos de nosotros, era que los negros suponíamos más del sesenta y seis por ciento de los pasajeros. Segregarnos era injusto. Pero ni la compañía de autobuses ni el alcalde ni los comisarios de la ciudad nos hacían caso. Recuerdo haber hablado de lo mucho que un boicot a los autobuses de la ciudad perjudicaría a las arcas de la empresa. Sin embargo, también recuerdo haber preguntado a varias personas si estarían dispuestas a renunciar a ir en autobús para mejorar nuestra situación y haber recibido la respuesta de que trabajaban demasiado lejos para no ir en autobús. Así que no parecía que un boicot fuera a recibir mucho apoyo. La NAACP de Montgomery estaba empezando a considerar la posibilidad de presentar una demanda contra la ciudad por la segregación en los autobuses, pero necesitaban a un demandante y armar un caso sólido. El

demandante tenía que ser una mujer, porque una mujer despertaría más simpatías que un hombre. Y la mujer tendría que ser absolutamente irreprochable, tener una buena reputación y no haber hecho nada malo a excepción de haberse negado a ceder su asiento.

En la primavera de 1955, una adolescente llamada Claudette Colvin y una anciana se negaron a ceder sus asientos a unos blancos en la sección central del autobús. Cuando el conductor fue a buscar a la policía, la anciana bajó del autobús, pero Claudette se negó a levantarse, pues afirmaba que había pagado el billete y que no tenía ningún motivo para moverse. Cuando la policía llegó, la sacaron a rastras del autobús y la arrestaron. El nombre me resultaba familiar y resultó que Claudette Colvin era la bisnieta del señor Gus Vaughn, el hombre puramente negro con tantos hijos en Pine Level que se había negado a trabajar para el hombre blanco. Parecía que su bisnieta había heredado su sentido del orgullo. Me interesé especialmente por la chica y el caso.

Tras el arresto de Claudette, un grupo de activistas presentó una petición ante los representantes de la compañía de autobuses y los funcionarios del Ayuntamiento. La petición solicitaba un trato más cortés y la eliminación de los signos visibles de segregación. No pedían el fin de la segregación, sino llegar al acuerdo de que los blancos se empezarían a sentar desde las filas delanteras del autobús y los negros desde las traseras y que la línea divisoria estaría allá donde las filas se encontraran. Creo que la petición también solicitaba que se contratara a conductores negros. Tanto la compañía de autobuses como el Ayuntamiento tardaron meses en responder a la petición y, cuando lo hicieron, rechazaron todas y cada una de las propuestas.

No acompañé a los demás cuando fueron a presentar la petición a la compañía de autobuses y al Ayuntamiento, porque no creí que se pudiera conseguir nada. Había decidido que ya no iría a ningún lado con un trozo de papel en la mano y pidiendo favores a los blancos. Había tomado esa decisión yo sola, a título individual.

Me reuní con Claudette, el señor Nixon y Jo Ann Robinson y hablamos de llevar su caso al tribunal federal. Claudette estaba dispuesta a hacerlo y empezamos a pensar en cómo conseguir el

dinero para su defensa y organizar que diera charlas en distintas partes de la ciudad. Todo fue bien hasta que el señor Nixon descubrió que Claudette estaba embarazada. No estaba casada, así que supuso el final del caso. Si la prensa blanca se hubiera enterado, se habrían puesto las botas. Habrían dicho que era una chica indecente y el caso no habría tenido ni la menor posibilidad. Así que decidimos esperar a encontrar a una demandante más sólida antes de invertir más tiempo, esfuerzo y dinero.

Ese mismo verano ocurrió otro incidente con una mujer en el autobús. No la conocía demasiado. Se llamaba Louise Smith y tenía unos dieciocho años. Dijeron que pagó la multa sin protestar, así que no era un buen caso para que el señor Nixon pudiera apelar a un tribunal superior.

Sabía que necesitaban a una demandante más allá de todo reproche, porque participé en las conversaciones acerca de los posibles casos que podían presentar. De todos modos, ese no fue el motivo por el que me negué a ceder mi asiento en el autobús a un hombre blanco el jueves 1 de diciembre de 1955. No lo hice con la intención de que me arrestaran. De hecho, de haber prestado atención ni siquiera habría subido a ese autobús.

En aquella época estaba muy ocupada. Estaba organizando un taller de la NAACP para el 3 y el 4 de diciembre y estaba intentando que el señor H. Council Trenholm, de la Alabama State, nos autorizara a celebrar la reunión del sábado en la facultad. Nos había dado permiso, pero me estaba costando que nos autorizara a usar el edificio. Además, estaba recibiendo por correo los avisos para la elección de los delegados en la Delegación Sénior de la NAACP, que se iba a celebrar la semana siguiente.

Cuando salí del trabajo la tarde del 1 de diciembre, me dirigí a Court Square, como siempre, para tomar el autobús de Cleveland Avenue e ir a casa. Al subir no me fijé en quién era el conductor y, para cuando lo hube reconocido, ya había pagado el billete. Era el mismo conductor que me había expulsado del autobús en 1943, hacía doce años. Seguía siendo alto y corpulento, con la piel enrojecida y de aspecto áspero. Y seguía teniendo aspecto de mala persona. No sé si ya había hecho esa ruta antes, porque a veces cambiaban a los conductores, pero sé que la mayoría de las veces

que lo había visto en un autobús había decidido no subir.

Vi un asiento vacío en la sección central del autobús y me senté en él. Ni siquiera me pregunté por qué había un asiento vacío cuando, en la parte trasera, había bastantes personas de pie. Supongo que, si lo hubiera pensado, habría llegado a la conclusión de que, quizás, alguien me había visto y había dejado el asiento libre para mí. Había un hombre sentado junto a la ventana y dos mujeres al otro lado del pasillo.

La sección para negros en la parte posterior del autobús. (Gentileza del Departamento de Relaciones Públicas de la NAACP.)

La siguiente parada era Empire Theater y subieron algunas personas blancas. Llenaron los asientos para blancos y un hombre se quedó de pie. El conductor miró hacia atrás y lo vio. Entonces miró hacia nuestra sección y dijo: «Dejad libres esos asientos», porque estábamos en la primera fila de los asientos de la sección negra. Nadie se movió. Nos quedamos donde estábamos, los cuatro. Entonces insistió: «Más os vale hacerlo por las buenas y que dejéis libres esos asientos».

El hombre en el asiento de la ventanilla, junto a mí, se levantó y me moví para dejarlo pasar. Entonces vi que, al otro lado del pasillo, las otras dos mujeres también se habían levantado. Yo me senté en el asiento de la ventanilla. No acababa de ver en qué me ayudaría «hacerlo por las buenas». Cuanto más cedíamos y más caso les hacíamos, peor nos trataban.

Recordé la época en la que me había pasado las noches despierta, sin dormir, mientras mi abuelo hacía guardia junto a la chimenea, con la escopeta, y recordé que, cuando iba a cualquier sitio con el carro tirado por el caballo, siempre llevaba la escopeta con él. La gente siempre dice que no cedí el asiento porque estaba cansada, pero no es cierto. No estaba cansada físicamente o, al menos, no más cansada de lo que solía estar al salir del trabajo. No era mayor, aunque hay quien cree que entonces era mayor. Tenía cuarenta y dos años. No, de lo único que estaba cansada era de rendirme.

El conductor del autobús vio que seguía sentada allí y me preguntó si pensaba levantarme. Respondí que no. «Haré que te arresten», me dijo el conductor. «Sí, puede hacerlo», respondí yo. Eso es todo lo que nos dijimos. Ni siquiera supe cómo se llamaba hasta que volvimos a vernos en el juzgado. Se llamaba James Blake. Bajó del autobús y esperó fuera unos minutos, hasta que llegó la policía.

Mientras permanecía sentada, intenté no pensar en lo que podría sucederme. Sabía que podía pasarme cualquier cosa. Podían sacarme a rastras o pegarme. Podían arrestarme. Me han

preguntado varias veces si, entonces, se me ocurrió que el mío podía ser el caso que la NAACP llevaba tanto tiempo buscando. Ni se me pasó por la cabeza. De hecho, creo que, si hubiera pensado demasiado en lo que podía pasarme, es probable que hubiera bajado del autobús. Pero me quedé.

Mientras, la gente empezó a bajar del autobús y a pedir trasbordos, así que cada vez había menos gente, sobre todo en la cola del autobús. No se bajaron todos, pero todos estaban muy callados. Y los pocos que hablaban lo hacían en susurros, nadie hablaba en voz alta. Habría sido muy interesante ver todo el autobús vacío. O que los otros tres se hubieran quedado donde estaban, porque, si nos hubieran tenido que arrestar a los cuatro, en lugar de solo a mí, me habría sentido apoyada. Pero no me importó. Nunca pensé mal de ellos y nunca los critiqué.

Al final llegaron dos policías. Subieron al autobús y uno me preguntó por qué no me levantaba. Entonces, yo le pregunté por qué nos trataban así y me respondió: «No lo sé, pero la ley es la ley y estás detenida». Estas fueron sus palabras exactas. Un policía agarró mi bolso y el otro mi bolsa de la compra y me llevaron al coche patrulla. Una vez allí, me devolvieron mis cosas. No me pusieron las manos encima y tampoco me metieron en el coche a la fuerza. Una vez que me hube sentado en el coche, volvieron junto al conductor y le preguntaron si quería hacer una declaración jurada. Dijo que primero acabaría la ruta y que, entonces, volvería para hacer la declaración. Hasta que no firmara la declaración jurada, yo solo estaba bajo custodia, no legalmente detenida.

Mientras me llevaban a la comisaría, cerca de Court Street, uno de ellos me preguntó de nuevo: «¿Por qué no te has levantado cuando te lo ha dicho el conductor?». No respondí. No dije una palabra hasta que llegamos a la comisaría.

Cuando entramos en el edificio, pregunté si podía beber un poco de agua, porque tenía la garganta muy seca. Había una fuente justo a mi lado. Uno de los policías dijo que sí, pero, cuando acababa de inclinarme para beber, otro dijo: «No, no puedes beber agua. Tienes que esperar hasta que entres en la cárcel». Así que me negaron la posibilidad de beber un sorbo de agua. Solo quería humedecerme la

garganta. No pensaba beber mucha agua, a pesar de que tenía mucha sed. Me enfadé, pero no dije nada.

En la comisaría, completaron los formularios necesarios a medida que yo respondía a preguntas como cómo me llamaba o dónde vivía. Pregunté si podía hacer una llamada y me dijeron que no. Como era la primera vez que me arrestaban, no sabía si era otra discriminación porque era negra o si se trataba del procedimiento habitual. Pero me dio la sensación de que era más discriminación. Luego me llevaron de nuevo al coche patrulla y nos dirigimos a la cárcel de la ciudad, en North Ripley Street.

No tenía miedo a la cárcel. Estaba más resignada que otra cosa. No recuerdo estar muy enfadada, al menos no lo suficiente para discutir. Estaba dispuesta a aceptar lo que fuera que me esperara. Volví a preguntar si podía hacer una llamada. No me respondieron.

Me dijeron que pusiera el bolso sobre el mostrador y que sacara todos los objetos personales que llevara en los bolsillos. Lo único que llevaba en el bolsillo era un pañuelo. Lo saqué. No me registraron ni me esposaron.

Entonces me llevaron a un sitio donde me tomaron las huellas dactilares y me hicieron las fotografías para la ficha policial. Una matrona blanca me acompañó a la celda y volví a preguntar si podía usar el teléfono. Me dijo que lo averiguaría.

Subimos por una escalera (las celdas estaban en el segundo piso) y cruzamos una puerta cubierta de malla metálica que daba a un pasillo mal iluminado. Me metió en una celda vacía y oscura y cerró la puerta. Se alejó unos pasos y entonces volvió. Me dijo: «En el otro lado hay dos chicas. Si quieres estar con ellas en lugar de estar sola en la celda, dímelo y te llevaré con ellas». Le dije que me daba igual, pero dijo: «Vamos, te llevaré allí y así no tendrás que estar sola». Era su manera de ser amable. No hizo que me sintiera mejor.

Mientras nos dirigíamos a la otra celda volví a preguntarle si podía hacer una llamada. Respondió que lo preguntaría.

En la celda a la que me llevó la matrona había dos mujeres negras. Una me habló y la otra no. Una hizo como si yo no estuviera allí y

la que me habló me preguntó qué me había pasado. Le expliqué que me habían arrestado en el autobús.

«Algunos conductores de autobús son malos de verdad. ¿Estás casada?», me preguntó.

Cuando le respondí que sí, me dijo que seguro que mi marido no dejaría que permaneciera allí mucho tiempo.

Quería saber si podía ayudarme de algún modo y le dije: «Si tienes un vaso, me gustaría poder beber un poco de agua». Tenía una taza de metal oscuro colgada sobre el lavabo, la llenó con un poco de agua y bebí dos sorbos. Entonces, empezó a contarme sus problemas. Su historia me interesó y empecé a pensar en cómo podría ayudarla.

Me explicó que llevaba unos cincuenta y cinco o cincuenta y siete días encerrada y que era viuda, su marido había muerto. Había empezado a vivir con otro hombre y, un día, él se enfadó con ella y la golpeó. Así que ella agarró un hacha de mano y lo persiguió. Y él hizo que la arrestaran.

Me explicó que tenía dos hermanos, pero que no se había podido poner en contacto con ellos. Mientras, cuando ya llevaba unos días en la cárcel, al hombre se le había pasado el enfado y quería sacarla de la cárcel, pero solo si ella accedía a seguir con él. Ella no quiso saber nada, así que se había quedado en la cárcel, sin manera de ponerse en contacto con nadie que pudiera sacarla de allí.

Tenía lápiz, pero no papel, y yo tampoco tenía nada, porque se habían quedado con mi bolso. Cuando acabó de contarme su situación, la matrona volvió y me dijo que saliera de la celda. No supe adónde íbamos hasta que llegué a la cabina telefónica. Me dio una tarjeta y me pidió que escribiera el nombre y el número de teléfono de la persona a la que iba a llamar. Metió una moneda de diez centavos en la ranura y se quedó al lado, para escuchar la conversación.

Llamé a casa. Mi marido y mi madre estaban allí. Ella contestó al teléfono y le dije: «Estoy en la cárcel. Díselo a Parks, a ver si puede venir y sacarme».

Me preguntó: «¿Te han pegado?».

«No, no me han pegado, pero estoy en la cárcel», respondí.

Le pasó el teléfono a mi marido y le dije: «Parks, ¿puedes venir a sacarme de la cárcel?».

Me respondió que estaría allí en unos minutos. No tenía coche, así que sabía que tardaría más. Pero, mientras aún estaba al teléfono, un amigo llegó a casa en coche. Había oído que me habían arrestado y se había acercado a casa, en Cleveland Court, para ver si podía ayudarnos. Le dijo a Parks que lo llevaría en coche a la cárcel.

Entonces, la matrona me llevó de nuevo a la celda.

Tal como había dicho el amigo de Parks, ya se había corrido la voz acerca de mi arresto. Al señor Nixon se lo dijo su esposa, a quien se lo había dicho una vecina, Bertha Butler, que había presenciado cómo me habían hecho bajar del autobús. El señor Nixon llamó a la cárcel para averiguar de qué me acusaban, pero no se lo quisieron decir. Entonces intentó hablar con Fred Gray, uno de los dos abogados negros de Montgomery, pero no estaba en casa. Así que, al final, Nixon llamó a Clifford Durr, el abogado blanco que era el marido de la señora Virginia Durr. El señor Durr llamó a la cárcel y le dijeron que me habían arrestado bajo las leyes de segregación. También le dijeron a cuánto ascendía la fianza.

Mientras, Parks había llamado a un hombre blanco al que conocía y que podía reunir la fianza. Su amigo lo llevó a casa del hombre, para recogerlo. No recuerdo a cuánto ascendió la fianza.

Cuando volví a la celda, la mujer había conseguido encontrar un papelito arrugado en el que había escrito los nombres y los números de teléfono de sus dos hermanos. Me pidió que los llamara a primera hora, porque se iban a trabajar a las seis de la mañana. Le dije que así lo haría.

Justo entones, apareció la matrona para decir que me iban a dejar en libertad y la mujer aún no me había dado el papel. Me sacaron con prisas y ella estaba justo detrás de mí. Sabía que no podría

pasar de la puerta con la malla metálica al final de la escalera, así que lanzó el papel escaleras abajo. Cayó justo a mis pies. Lo recogí y me lo metí en el bolsillo.

La señora Durr fue la primera persona que vi al cruzar la puerta con la malla metálica flanqueada por matronas. Tenía los ojos llenos de lágrimas y se la veía afectada, probablemente de pensar en lo que me habrían hecho. En cuanto me soltaron, me rodeó con los brazos y me abrazó y me besó como si fuéramos hermanas.

También me alegré mucho al ver al señor Nixon y al abogado Durr. Fuimos al mostrador, donde recogí mis efectos personales y me dijeron la fecha en que se celebraría el juicio. El señor Nixon había pedido que se celebrara el lunes siguiente, el 5 de diciembre de 1955, porque era conserje de tren y estaría fuera de Montgomery hasta entonces. Nos fuimos de allí sin hablar demasiado, pero fue un momento muy emotivo. No me di cuenta de lo mucho que me había afectado estar en la cárcel hasta que salí.

Mientras bajábamos la escalera nos encontramos con Parks y sus amigos, que subían. Subí al coche con ellos y el señor Nixon nos siguió hasta casa.

Cuando llegamos ya eran las nueve y media o las diez de la noche. Mi madre se alegró de verme en casa y me preguntó qué podía hacer para ayudarme. Le dije que tenía hambre (por algún motivo me había saltado el almuerzo ese día) y me preparó algo para comer. La señora Durr y mi amiga Bertha Butler estaban allí y la ayudaron. Yo pensaba en que al día siguiente tendría que ir a trabajar, pero sabía que aún tardaría mucho en poder acostarme.

Todos estaban enfadados por lo que me había sucedido y decían que no podía volver a suceder. Yo sabía que jamás de los jamases volvería a subir en un autobús segregado, aunque tuviera que ir a pie al trabajo. Lo que aún no se me había ocurrido es que el mío pudiera ser un caso que sentara precedente contra los autobuses segregados.

Entonces, el señor Nixon me preguntó si estaba dispuesta a convertir mi caso en un caso que sentara precedente contra la segregación. Le dije que tenía que consultarlo con mi marido y con

mi madre. Parks estaba muy enfadado. Pensaba que tendríamos las mismas dificultades para recabar apoyos para convertir mi caso en uno que sentara jurisprudencia que las que habían tenido con el de Claudette Colvin. Lo hablamos y lo debatimos durante bastante tiempo. Al final, tanto mi madre como Parks apoyaron la idea. Estaban en contra de la segregación y querían combatirla. Y yo había trabajado en casos suficientes para saber que no podríamos conseguir una sentencia sin demandante. Así que accedí a ser la demandante.

9. «Se han metido con la mujer equivocada»

El señor Nixon no se habría podido alegrar más cuando le dije que sí. No recuerdo cuáles fueron sus palabras exactas, pero, según él, dijo: «Dios mío, mira lo que la segregación me ha puesto en bandeja». Con eso, quería decir que yo era la demandante ideal. Más adelante, en declaraciones a los periodistas, dijo: «Rosa Parks llevaba doce años trabajando para mí antes de esto. Había sido la secretaria de todo lo que había puesto en marcha: la Hermandad de los Conserjes de Coches Cama, la NAACP, la Liga de Votantes de Alabama…, todo eso. Sabía que aguantaría. Era una persona honesta, limpia e íntegra. La prensa no podría desenterrar nada que hubiera hecho el mes anterior, el año anterior o hacía cinco años. No podían acusar de nada de eso a Rosa Parks».

No tenía antecedentes policiales, llevaba toda la vida trabajando y no estaba embarazada de un hijo ilegítimo. Los blancos no podían apuntarme con el dedo y decir que había hecho lo que fuera para merecer ese tratamiento a excepción de haber nacido negra.

Mientras, Fred Gray, el abogado negro, había llamado a Jo Ann Robinson para explicarle que me habían arrestado y ella se puso en contacto con el resto de los líderes del Women's Political Council. Acordaron llamar al boicot de los autobuses a partir del lunes 5 de diciembre, el día de mi juicio. Así que la noche del jueves que me arrestaron, se reunieron a medianoche en la Alabama State e imprimieron treinta y cinco mil panfletos en un mimeógrafo. A la mañana siguiente, ella y sus alumnos cargaron los panfletos en su coche y condujo a todas las escuelas de primaria y secundaria de la zona para repartirlos y que los alumnos pudieran llevárselos a los padres.

Los panfletos decían lo siguiente:

Esto es para el lunes 5 de diciembre de 1955.

Otra mujer negra ha sido arrestada y metida en la cárcel porque se ha negado a levantarse de su asiento en el autobús para cedérselo a una persona blanca.

Es la segunda vez desde el caso de Claudette Colvin que una mujer negra ha sido arrestada por el mismo motivo. Esto tiene que parar.

Los negros también tienen derechos, y si los negros dejasen de usar los autobuses, estos no podrían seguir circulando. Tres cuartas partes de los usuarios somos negros y, sin embargo, nos arrestan o tenemos que permanecer en pie aunque haya asientos libres. Si no hacemos algo para poner fin a estos arrestos, seguirán sucediendo. La próxima vez puedes ser tú, tu hija o tu madre.

El caso de esta mujer se juzgará el lunes. Por lo tanto, pedimos a todos los negros que el lunes no usen los autobuses, para protestar por el arresto y el juicio. No uséis los autobuses para ir a trabajar, a la ciudad, a la escuela o a ningún otro sitio el lunes.

Puedes permitirte no ir a clase un día. Si trabajas, ve en taxi o a pie. Pero, por favor, niños y adultos, no uséis el autobús el lunes. Os pedimos por favor que no uséis ni un solo autobús el lunes.

Ese viernes, pronto por la mañana, el señor Nixon llamó al reverendo Ralph David Abernathy, ministro de la Primera Iglesia Baptista. El señor Nixon había decidido que los ministros negros podían hacer más para movilizar el apoyo de la comunidad que ninguna otra persona. También llamó a dieciocho ministros más y organizó una reunión para esa misma tarde. El señor Nixon tenía que trabajar como conserje en la ruta Montgomery-Atlanta-Nueva York, así que él no podría asistir, pero les explicó por teléfono lo que quería que hicieran.

Entonces llamó a un periodista blanco del Montgomery Advertiser,

Joe Azbell, y se reunió con él en Union Station para enseñarle uno de los panfletos. Quería que publicaran la historia en portada. Joe Azbell dijo que haría lo posible. Mientras, la historia de mi arresto apareció en un breve artículo en el periódico del día.

Lo primero que hice la mañana del día siguiente a mi arresto fue llamar al número que la mujer de la celda había escrito en ese arrugado pedacito de papel. Pude hablar con uno de sus hermanos y le expliqué el motivo de mi llamada. Solo me dijo «Vale», o algo así. No dijimos nada más. Me limité a decirle que su hermana había dicho que le gustaría que fuera a verla.

Me la encontré dos días después, cuando me dirigía a una reunión en Dorsey Street. En cuanto empezó el boicot, comenzaron a celebrarse reuniones continuamente, siempre que se podía conseguir que viniera alguien. No la reconocí. Iba arreglada y tenía muy buen aspecto. Estaba limpia y llevaba un peinado muy bonito. Yo iba caminando y me dijo: «Hola, ¿cómo estás?», y luego «¿No sabes quién soy?». «No», respondí. «Soy la que estaba en la celda contigo.» Le dije que me alegraba de verla fuera. No caí en preguntarle cómo se llamaba o pedirle su dirección o su número de teléfono, y seguí caminando. Esa fue la única vez que la vi. Y la vi realmente bien.

El viernes 2 de diciembre por la mañana, después de hacer la llamada que había prometido hacer, llamé a Felix Thomas, que tenía una empresa de taxis, y fui al trabajo en uno. No estaba dispuesta a volver a ir en autobús. El señor John Ball, el encargado de los arreglos de ropa de hombre en Montgomery Fair, se sorprendió al verme. «Pensaba que no vendrías. Pensaba que estarías hecha un manojo de nervios», me dijo. «¿Por qué ir a la cárcel tendría que convertirme en un manojo de nervios?», respondí yo. A la hora del almuerzo, fui al despacho de Fred Gray.

Lo había hecho en varias ocasiones desde que Fred había abierto su bufete en Montgomery. Yo compraba algo para almorzar y él solía traer el almuerzo de casa. Almorzábamos juntos y, a veces, si él tenía que salir a hacer algún recado, yo atendía el teléfono hasta que se hacía la hora de volver al trabajo. No tenía secretaria y yo lo ayudaba así. El día después de mi arresto, el despacho de Fred Gray era un hervidero. La gente llamaba por teléfono o se presentaba en

el despacho para preguntar por el boicot y por la reunión que los ministros habían convocado para la noche.

Después del trabajo asistí a la reunión en la iglesia baptista de Dexter Avenue. Expliqué las circunstancias de mi arresto y luego hubo largos debates sobre lo que debíamos hacer. Algunos de los ministros querían hablar de cómo dar apoyo a la protesta, mientras que otros querían hablar de si organizar una protesta o no. Muchos abandonaron la reunión antes de que se hubiera tomado ninguna decisión. Sin embargo, la mayoría de los que se quedaron accedieron a hablar de la protesta en el sermón del domingo y a celebrar otra reunión el lunes por la noche para decidir si prolongar o no la protesta. Algunos de los ministros que asistieron formaron un comité para redactar un folleto más breve que, en esencia, era un resumen de lo que habían escrito Jo Ann Robinson y el resto del Women's Political Council. Decía así:

No uséis el autobús para ir a trabajar, a la ciudad, a la escuela o a ningún otro lugar el lunes 5 de diciembre.

Otra mujer negra ha sido arrestada y encarcelada por haberse negado a ceder su asiento en el autobús.

No uséis el autobús para ir a trabajar, a la ciudad, a la escuela o a ningún otro sitio el lunes. Si trabajáis, id en taxi, compartid coche o id a pie.

Venid a la reunión el lunes a las siete de la tarde, en la iglesia baptista de Holt Street para más información.

El lunes, el Montgomery Advertiser publicó una copia del folleto de Jo Ann Robinson en la portada y eso ayudó a difundir la información entre las personas que no habían recibido el folleto o no iban a la iglesia. De todos modos, nadie podía saber si la protesta tendría éxito o no. Que la gente leyera un folleto u oyera hablar de la protesta en la iglesia no significaba que no fueran a usar los autobuses. Las dieciocho empresas de taxi propiedad de personas

negras habían accedido a detenerse en todas las paradas de autobús y cobrar solo diez centavos, lo mismo que costaba el billete de autobús. Sin embargo, la gente tendría que esperar hasta que llegara un taxi con alguna plaza libre. Por si todo eso fuera poco, parecía que el lunes iba a llover.

El lunes por la mañana nos levantamos con un cielo muy oscuro, pero eso no cambió las cosas. Por fin, la mayoría de las personas negras se habían hartado de la segregación en los autobuses. Así que no los usaron. Esperaron en las paradas de autobús a que llegaran los taxis propiedad de negros. O anduvieron o fueron en coches compartidos. Como resultado, los autobuses de la ciudad de Montgomery quedaron prácticamente vacíos. Sí, es cierto que algunos negros subieron a los autobuses, pero en su mayoría se trataba de personas que no se habían enterado de la protesta. Algunas de ellas se asustaron y no subieron, de todos modos. La policía de la ciudad se había comprometido a proteger a todo el que quisiera usar los autobuses, y todos los autobuses contaban con una escolta de dos motocicletas patrulla. Pero, como había personas que no sabían lo que pasaba, creyeron que la policía estaba allí para arrestarlos por querer subir a los autobuses, no para protegerlos. Y luego estaban los pocos que no querían molestias. Cuando el autobús llegaba a una parada llena de negros esperando taxis, se agachaban para que no los vieran.

Sin clientes negros, los autobuses tenían pocos o ningún pasajero. (Fotografía de Dan Weiner, gentileza Sandra Weiner.)

Ese día no tenía ni la menor idea de cuál sería el resultado y creo que todos nos asombramos al ver que tantísima gente había decidido no usar el autobús. Fue una sorpresa para todos, creo. Tal como dijo el señor Nixon: «Nos sorprendimos a nosotros mismos». Era la primera vez que la gente negra había demostrado con tanta claridad lo mucho que los autobuses de la ciudad dependían de ella para su negocio. Y, aún más importante, era la primera vez que la comunidad negra de Montgomery se había unido para protestar contra la segregación en los autobuses.

Ese lunes no fui a trabajar. Fui al juzgado, para el juicio. Parks me acompañó. No dediqué mucho tiempo a pensar qué ponerme, pero recuerdo con mucha claridad que llevaba un vestido negro recto de manga larga, con cuello y puños blancos, un sombrerito de terciopelo negro con perlas por encima y un abrigo gris oscuro. Llevaba también un bolso negro y guantes blancos. No estaba especialmente nerviosa. Sabía lo que tenía que hacer.

Había mucha gente esperando en el juzgado. Tanta que hubo quien se quedó fuera. A Parks casi le prohibieron que entrara, pero, cuando dijo que era mi marido, lo dejaron pasar. La multitud era tal que apenas se veía la calle. Había muchos miembros del Consejo de Juventud de la NAACP y todos me gritaban su apoyo.

Entre la multitud había una chica que se llamaba Mary Frances. Tenía una voz muy aguda y pude oír cómo decía: «Oh, qué dulce es. Se han metido con la mujer equivocada». Lo dijo como si fuera una especie de lema: «Se han metido con la mujer equivocada».

Fue un juicio corto. El conductor del autobús era el principal testigo de la acusación y no supe cómo se llamaba hasta entonces. Luego leí más cosas sobre él. Se llamaba James P. Blake y había nacido en Seman, Alabama, en el condado de Elmore. Seman está a unos kilómetros al sur de Equality, Alabama, un nombre de lo más peculiar en un estado tan segregado. Tenía nueve meses y medio más que yo y dejó de estudiar a los catorce años de edad. Su esposa se llamaba Edna y se habían trasladado a Montgomery en 1939. Empezó a trabajar en la compañía de autobuses Montgomery City Lines en 1942. Al año siguiente lo llamaron a filas y sirvió en Europa. En 1945 regresó a Montgomery y a su trabajo como conductor de autobuses. Siguió en el mismo trabajo hasta 1972, cuando se jubiló.

La acusación también llamó a una testigo blanca que declaró que había un asiento vacío en la parte trasera del autobús y que me había negado a sentarme en él. Era mentira. Luego, supe que el profesor J. E. Pierce, que había trabajado conmigo en el comité de defensa de Andy Wright de la NAACP, se enfadó mucho al oír el testimonio de la mujer. Le dijo al señor Nixon: «Siempre puedes contar con una mujer blanca dispuesta a mentir».

No me llamaron al estrado para defenderme. Aunque mis abogados, Charles Langford y Fred Gray, habían presentado una declaración de «no culpable», no querían que me defendiera de los cargos. La clave para que mi caso pudiera sentar precedente era que me declararan culpable, para entonces poder apelar a un tribunal superior. Las leyes de segregación solo se podían modificar en los tribunales superiores, porque los jueces de los tribunales locales no estaban dispuestos a hacer nada para cambiar la situación. Así que

me declararon culpable de haber violado las leyes de segregación y dejaron la sentencia en suspenso. Me multaron con diez dólares y tuve que pagar las costas judiciales, de cuatro dólares. La multitud reaccionó con ira, pero no hubo protestas organizadas.

No volví a casa después del juicio, sino que me quedé en el centro. Quería saber qué podía hacer. Fred Gray dijo que me agradecería que me quedara en su despacho a atender el teléfono y eso hice. En cuanto llegué, el teléfono empezó a sonar, porque la gente se había enterado del veredicto. No le dije a ninguna de las personas que llamaron que yo era la persona acerca de la cual estaban preguntando. Me limité a responder el teléfono y a tomar nota de los mensajes. Cuando Fred volvió, el señor Nixon me llevó a casa. Ya era casi de noche y tenía que ir a casa para prepararme para la reunión que se iba a celebrar luego en la iglesia baptista de Holt Street.

Antes ese mismo día, el reverendo Abernathy, que entonces tenía unos veintinueve años, y otros ministros se habían reunido y habían decidido formar la Asociación para la Mejora de Montgomery (MIA). El señor Nixon estaba allí y Fred Gray también. Querían formar una organización nueva porque pensaban que eso sería mejor que dejar toda la organización a un grupo ya consolidado como la NAACP. La NAACP era relativamente débil en Alabama, no era una organización de masas. Contaba con pocos miembros y era muy difícil conseguir que la gente se afiliara. Además, querían dejar fuera a la NAACP para que los poderes fácticos no pudieran alegar que la manifestación, que esa demostración de fuerza estaba promovida por agitadores externos. Eso es lo que los blancos solían hacer, acusar de cualquier problema a agitadores externos. Se negaban a creer que los negros de Montgomery tuvieran el valor necesario para defender sus propios derechos.

Así que se reunieron esa tarde y decidieron que tenían que elegir a un presidente. Y eligieron al reverendo Martin Luther King Jr., el pastor de la iglesia baptista de Dexter Avenue.

En aquel entonces no conocía aún al doctor King. Lo había visto en agosto de 1955, cuando había dado una conferencia en una reunión de la NAACP, pero no había ido demasiadas veces a la iglesia baptista de Dexter Avenue, que estaba justo al otro lado de la calle

del gran edificio blanco del Capitolio del estado, con la bandera confederada. Luego supe que sí conocía a su esposa, Coretta. No es que la conociera mucho, pero había asistido a conciertos en los que ella había cantado. Ni siquiera sabía que estaba casada con un ministro.

Hacía muy poco que el doctor King había llegado a Montgomery y el doctor Abernathy había intentado que se implicara en el movimiento por los derechos civiles. Rufus Lewis, que tenía un club nocturno muy exclusivo al que solo podían asistir votantes registrados, asistía a la iglesia baptista de Dexter Avenue y tenía muy buena opinión del doctor King. Fue él quien propuso al doctor King como presidente de la MIA.

La ventaja de tener al doctor King como presidente residía en que era tan nuevo en Montgomery y en el activismo por los derechos civiles que no había tenido tiempo de formar amistades o enemistades sólidas. El señor Nixon creyó que era una buena opción. Tal como explicó a las personas que escribieron el documental Eyes on the Prize: America's Civil Rights Years 1954-1965:

El reverendo King era un hombre joven, un hombre joven muy inteligente. No llevaba allí el tiempo suficiente para que los padres de la ciudad le hubieran puesto la mano encima. Normalmente, cuando sabían que algún joven acababa de llegar a la ciudad…, le daban un golpecito en la espalda y le decían que tenía una iglesia muy bonita. [Decían:] «Reverendo, el traje que lleva no es el adecuado para representar a la iglesia baptista tal y cual» […] y entonces le compraban un traje nuevo […] Había que estar atento a ese tipo de cosas. (pág. 73.)

Eso explicaba que tantos de los negros más influyentes del sur fueran conservadores: habían aceptado favores de los blancos y no querían ofenderlos. Nos lo habíamos encontrado una y otra vez durante las campañas de registro de votantes. Algunos de los nombres más importantes de la comunidad afroamericana no eran

votantes registrados. Un hombre, R. R. Pierce, del condado de Lowndes, era el director de la escuela local. Nadie consiguió que intentara registrarse.

Esa noche celebraron la reunión en la iglesia baptista de Holt Street, que estaba en pleno barrio negro, para que la gente no tuviera miedo a asistir. No sabían a cuánta gente esperar y no estaban preparados para la cantidad de personas que se presentaron. Llenaron la iglesia y muchos más se quedaron fuera, por lo que montaron un sistema de altavoces para que los de fuera pudieran oír lo que sucedía dentro. Llegué cuando la reunión ya había empezado y me costó mucho entrar en la iglesia, por toda la gente que había, dentro y fuera. Conseguí llegar al estrado y me dieron una silla.

La cuestión principal que querían decidir en la reunión era si continuar o no con el boicot. Algunos pensaban que era mejor dejarlo ahora que estábamos en la cima. Y casi nadie pensó que el boicot pudiera durar más de una semana, que eran cuatro días más. Si lo hacía, la situación podía volverse muy peligrosa, porque todos sabíamos que los blancos no se quedarían de brazos cruzados.

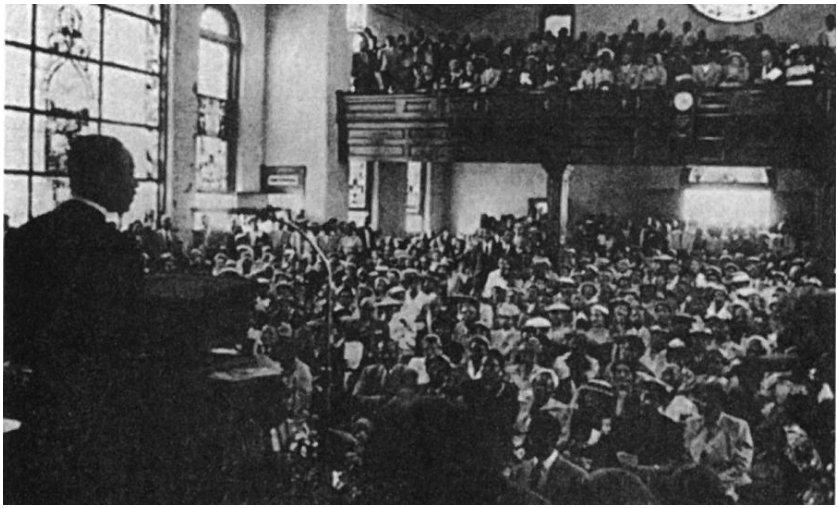
Creo recordar que el señor Nixon habló el primero. Probablemente le preocupaba que la gente no apoyara un boicot largo. Recordó todos esos años durante los que había sido imposible conseguir que la población negra se uniera. Dijo: «Los que tengáis miedo podéis poneros el sombrero y el abrigo y marchaos a casa. Esto va a ser muy largo. Quiero deciros algo: llevo años y años diciendo que no quiero que los niños que vengan después de mí tengan que sufrir las indignidades que yo he sufrido durante todos estos años. Pues bueno, he cambiado de opinión: yo también quiero disfrutar de esa libertad».

Presentaron al doctor King como al presidente de la nueva Asociación para la Mejora de Montgomery. Era un orador excelente y logró emocionar a los asistentes con su discurso. Esto es parte de lo que dijo:

Llega un momento en que la gente se cansa. Estamos aquí esta

noche para decir a todos los que llevan tanto tiempo maltratándonos que estamos cansados. Cansados de que nos segreguen y nos humillen; cansados de que nos pateen los brutales pies de la opresión […] Durante muchos años hemos demostrado una paciencia asombrosa. A veces hemos dado a nuestros hermanos blancos la impresión de que nos gusta la manera en que nos tratan. Sin embargo, esta noche hemos venido para salvarnos de esa paciencia que nos hace pacientes ante todo lo que no sea la libertad y la justicia. Una de las grandes glorias de la democracia es el derecho a protestar por los derechos […] Si protestáis con valor, pero también con dignidad y amor cristiano, cuando las generaciones futuras escriban los libros de historia, los historiadores se detendrán y dirán: «Entonces vivió un gran pueblo, el pueblo negro, que inyectó una dignidad y un sentido nuevos en las venas de la civilización». Ese es nuestro reto y esa es nuestra abrumadora responsabilidad. (Eyes on the Prize, pág. 76).

Recibió una ovación atronadora, con aplausos y amenes. Entonces me presentaron. Pregunté si querían que dijera algo. Respondieron: «Ya has pasado suficiente y has dicho bastante, no tienes por qué hablar». Así que no hablé. Hablaron los demás. No sentía una necesidad especial de hablar. Disfruté escuchando a los demás y viendo el entusiasmo del público.



El reverendo Martin Luther King Jr., habla ante una reunión multitudinaria de participantes en el boicot. (Fotografía de Dan Weiner, gentileza Sandra Weiner.)

Después, el reverendo Ralph Abernathy leyó la lista de exigencias que la Asociación para la Mejora de Montgomery iba a presentar ante la compañía de autobuses y los líderes blancos de la ciudad. Había tres demandas: 1) tratamiento cortés en los autobuses, 2) asientos por orden de llegada, con los blancos delante y los negros detrás, y 3) contratación de conductores negros para las rutas por los barrios negros. Entonces pidió a los asistentes que votaran las demandas y se pusieran en pie si querían prolongar el boicot y que se presentaran las demandas. La gente se empezó a levantar, primero de uno en uno o de dos en dos, y luego cada vez más, hasta que absolutamente todo el mundo en la iglesia estuvo en pie mientras la gente que estaba fuera gritaba «¡Sí!».

10. Marcha hacia la libertad

El jueves siguiente, 8 de diciembre, el doctor King, el abogado Fred Gray y otros se reunieron con tres comisarios de la ciudad de Montgomery y con representantes de la compañía de autobuses. Volvieron a presentar las tres demandas. Los representantes de la compañía de autobuses negaron que los conductores fueran irrespetuosos con los pasajeros negros en las rutas predominantemente negras. También afirmaron que asignar los asientos por orden de llegada contravenía las leyes de segregación de la ciudad. Fred Gray respondió que eso no era cierto y que la misma compañía de autobuses autorizaba ese sistema en la ciudad de Mobile, en Alabama. Pero no cambiaron de opinión.

Los comisarios de la ciudad tampoco aceptaron ninguna de las peticiones. No quisieron ceder ni un ápice, ni siquiera a las peticiones más razonables. Tenían miedo a negociar del modo que fuera con personas negras.

El boicot se prolongó durante el resto de la semana y durante la siguiente. Nadie sabía cuánto duraría. Había quien decía que no podía durar mucho más, pero daba la impresión de que quienes lo decían eran los blancos, no nosotros. Los blancos hicieron todo lo que pudieron para poner fin al boicot.

La policía empezó a acosar a los grupos de negros que esperaban taxis operados por negros en las paradas de autobús. Luego empezaron a amenazar con arrestar a los taxistas si no cobraban la tarifa habitual, que era de cuarenta y cinco centavos hasta el centro de la ciudad, en lugar de los diez centavos que costaba el billete de autobús. Los ciudadanos blancos civiles también se resistieron al boicot.

Apoyar el boicot les costó el empleo a muchas personas. Tanto Parks como yo perdimos el trabajo, aunque no nos despidieron a

ninguno de los dos. Él renunció. El señor Armstrong, el propietario blanco de la concesión de la barbería privada en la base de las Fuerzas Aéreas del Campo Maxwell, prohibió que se hablara «de la protesta de los autobuses o de Rosa Parks en este establecimiento». Parks dijo que no estaba dispuesto a trabajar donde no se pudiera mencionar el nombre de su esposa.

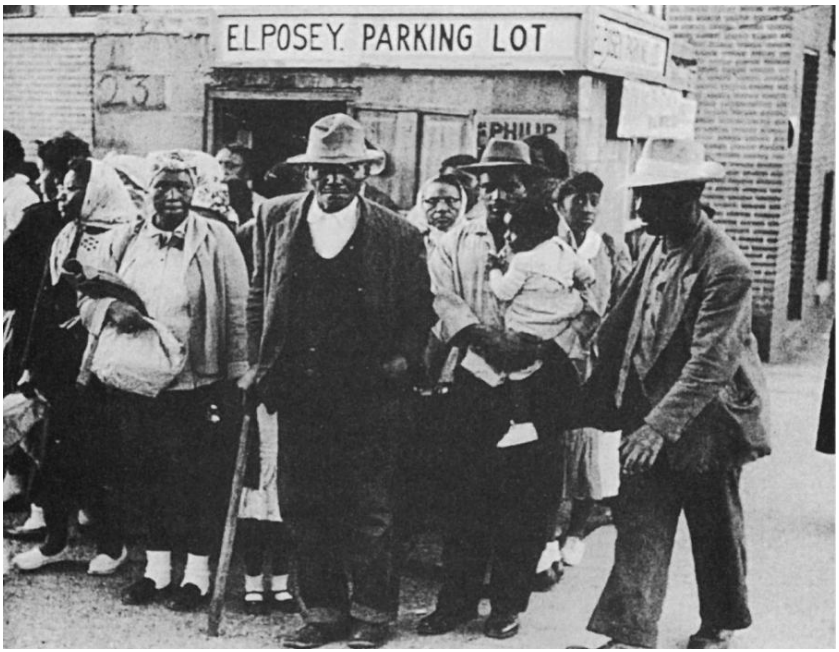
A mí me cesaron en los grandes almacenes Montgomery Fair en enero de 1956, pero el administrativo del departamento de personal no me dijo que fuera por el boicot y no me gusta pensar cosas que no puedo demostrar. El joven que llevaba la sastrería de Montgomery Fair había abierto su propia tienda un poco más abajo en la misma calle y solo se había quedado en los almacenes hasta Navidad porque quería la paga extra. A partir de la primera semana de enero, solo pensaba trabajar en su propia sastrería, a jornada completa. Así que lo que me dijeron es que no seguían contando conmigo porque ya no tenían sastre. Por supuesto, me habría podido encargar de los arreglos yo misma, pero nunca me habían pedido que tomara las medidas de la ropa para hombre. Y el joven que hacía de ayudante tampoco tenía ninguna experiencia, así que cerraron la sastrería. Me dieron dos semanas de salario y la paga extra y me fui a casa.

Supongo que en realidad me fue bien, porque así no tuve que preocuparme más por cómo ir y volver del trabajo sin usar los autobuses. A partir de entonces trabajé en casa, cosiendo. También empecé a viajar bastante y a hacer apariciones para hablar de mi arresto y del boicot. Y también trabajé para la MIA.

Estaba en el consejo ejecutivo de la MIA y hacía lo que fuera necesario. Proporcionaba ropa y zapatos a la gente que lo necesitaba. Nos enviaban mucha ropa y zapatos de todo el país y había mucha gente que los necesitaba, porque no tenían trabajo y no podían comprar ropa. Y los que tenían trabajo desgastaron muchos pares de zapatos yendo y viniendo a pie. Durante un breve periodo de tiempo también trabajé como operadora del Comité de Transporte de la MIA.

Cuando la policía empezó a arrestar a los taxistas por no cobrar la tarifa completa, la MIA hizo un llamamiento para encontrar a conductores voluntarios. Jo Ann Robinson fue una de las

conductoras. Las iglesias recolectaron dinero y compraron varias camionetas. Contribuyeron personas negras comunes y también algunas personas blancas importantes de Montgomery, como los Durr. En tanto que operadora, me encargaba de recibir las llamadas de las personas que necesitaban desplazarse y de llamar a los conductores de vehículos privados y a las camionetas de las iglesias para organizar la recogida de los pasajeros allá donde estuvieran.



Durante el boicot, la población negra dependía de un sofisticado sistema de taxis voluntarios. El parking de E. L. Posey era una de las paradas más importantes. (Fotografía de Dan Weiner, gentileza Sandra Weiner.)

Al cabo de un tiempo, habíamos desarrollado un sistema bastante sofisticado. Había veinte vehículos privados y catorce camionetas. Había treinta y dos puntos de recogida y de trasbordo y un servicio regular entre las cinco y media de la mañana y las doce y media de

la noche. Cada día, transportábamos a unas treinta mil personas de y al trabajo.

¿Y qué pasó con el resto de las personas que solían desplazarse en autobús? Aunque no dispongo de las cifras concretas, muchas eran transportadas por sus jefes. Algunas de las mujeres blancas no se las podían arreglar sin sus criadas, así que muchas de ellas llevaban y traían a sus criadas y cocineras cada día. El alcalde les pidió que no lo hicieran, porque de ese modo contribuían al boicot, y llegó a decir que el boicot estaba teniendo éxito porque las mujeres blancas llevaban a las criadas negras de un lado a otro. Pero las mujeres blancas no dejaron de hacerlo. Dijeron: «Bueno, si el alcalde quiere venir a mi casa a lavar la ropa y a planchar, a ocuparse de mis hijos y limpiar la casa y cocinar, estupendo. Pero no pienso deshacerme de mi criada».

La policía intentó acabar con todo esto. Arrestaban a los conductores voluntarios por la menor infracción de tráfico. Y los blancos recibían llamadas telefónicas y cartas anónimas amenazantes. Solían decir algo así:

Querido amigo:

A continuación encontrarás una lista con algunos de los blancos que siguen llevando a sus criadas negras. Hay que impedirlo. Estas personas agradecerían que las visitaras, ya sea de día o de noche. Hagámosles saber lo que nos parece que lleven a los negros.

La Asociación para la Mejora de Montgomery celebraba reuniones todos los lunes y los jueves por la noche para mantener a la gente motivada y para hablar de los últimos problemas y de cómo resolverlos. Llegó enero y los blancos cada vez estaban más enfadados. Recuerdo que alguien dijo que las inscripciones en el Ku Klux Klan de Montgomery y en el Consejo de Ciudadanos Blancos se dispararon. Incluso el alcalde, W. A. Gayle, se inscribió en el Consejo de Ciudadanos Blancos y lo anunció, orgulloso, en público.

A finales de enero, los tres comisarios de la ciudad se reunieron con tres ministros negros que no formaban parte de la MIA. Los ministros accedieron a una propuesta de asientos en el autobús por la que los diez asientos delanteros quedaban reservados para los blancos, los diez traseros para los negros y el resto quedarían disponibles por orden de llegada. Entonces, la comisión informó al Montgomery Advertiser y el periódico del domingo anunció con grandes titulares el fin del boicot. Sin embargo, el doctor King, el reverendo Abernathy y el resto de los líderes de la MIA se enteraron de lo sucedido y ese mismo sábado por la noche se encargaron de difundir entre toda la comunidad negra que la noticia era falsa. Entonces, el domingo, los ministros anunciaron a sus congregaciones que el artículo no era cierto. Así que casi todo el mundo se enteró y muy pocos negros usaron el autobús el lunes.

El alcalde Gayle declaró que no pensaba seguir negociando con los responsables del boicot, aunque lo cierto es que tampoco nos había parecido que lo hubiera hecho hasta engonces. Dijo que los líderes del boicot eran un puñado de radicales negros. A esas alturas, la población negra era objeto de mucha violencia. La casa del doctor King fue bombardeada a principios de enero y, dos días después, la casa del señor Nixon también fue bombardeada. Nadie lanzó bombas contra la mía, pero sí que recibí muchas llamadas amenazantes. Decían cosas como: «Tú tienes la culpa de todo esto, deberían matarte». Me asustaba mucho recibir esas llamadas y, cuando mi madre respondía al teléfono y era una de esas llamadas, me afectaba muchísimo.

A principios de febrero, Fred Gray presentó una denuncia ante un Tribunal de Distrito (un tribunal de primera instancia) en la que alegaba que la segregación era inconstitucional. A esas alturas, la apelación de mi caso ya había sido desestimada por un tecnicismo, por lo que mi sentencia se mantuvo. La nueva denuncia era nuestra manera de endurecer la postura. Ni la Comisión de la Ciudad, ni la compañía de autobuses ni el alcalde estaban dispuestos a admitir ni siquiera que los conductores no eran educados. Fred Gray quería disputar todo el sistema de la segregación en los autobuses y estaba dispuesto a llegar hasta el Tribunal Supremo. Clifford Durr se ofreció a ayudarlo. Presentó la denuncia en nombre de cinco mujeres que habían sido maltratadas en los autobuses. De las cinco,

solo dos de nosotras habíamos sido arrestadas: Claudette Colvin y yo misma. La madre de Claudette Colvin era una de las otras tres.

Mientras, el boicot le estaba costando mucho dinero a la compañía de autobuses. Día tras día, autobús tras autobús salía con solo uno o dos pasajeros blancos. Acabaron por anular el servicio de autobús. El boicot también estaba perjudicando a los negocios del centro de la ciudad, por lo que un grupo de hombres de negocios blancos que se autodenominaron Hombres de Montgomery decidieron negociar directamente con la MIA. Pero de esas reuniones no se sacó nada.

Hacia mediados de febrero, un grupo de abogados blancos recuperó una antigua ley que prohibía los boicots y el 21 de febrero, un gran jurado emitió ochenta y nueve autos de acusación contra el doctor King, más de veinte ministros más, líderes de la MIA y otros ciudadanos. Yo recibí uno, también.

Nos tomaron las huellas dactilares a todos. Los periódicos se enteraron de las acusaciones y se presentaron para fotografiarnos mientras nos tomaban las huellas. Mi fotografía mientras me tomaban las huellas apareció en la portada de The New York Times. Años después, la gente empezó a usar esa fotografía pensando que correspondía a mi primer arresto. La MIA pagó la fianza de todos, nos liberaron y nos fuimos a casa hasta que empezaron los juicios. Mi marido iba a ser testigo y también la mujer que vivía al otro lado de nuestra calle. Habían matado a tiros a su marido en agosto de 1950, el día después de que regresara de la guerra.

Se llamaba Hilliard Brooks y tomó el autobús al centro de la ciudad. Lo acusaron de ir bebido y de desorden público y la policía lo mató. No sé si vestía de uniforme o no. Lo que sí sé es que a los blancos no les gustaba que los veteranos de guerra negros vistieran de uniforme.

Los juicios empezaron en marzo y el primero fue el del doctor King. Se celebró el 19 de marzo y yo también acudí al juzgado. La gente se agolpaba alrededor del edificio, pero no dejaban entrar a nadie a no ser que pudieran sentarse. No permitieron que nadie se sentara en el suelo o permaneciera en pie. Acudieron muchos testigos en su defensa y declararon acerca de las condiciones en los autobuses. A nuestra vecina, la mujer cuyo marido fue tiroteado, le preguntaron

si usaba los autobuses. Respondió que no. Entonces, quisieron saber por qué había dejado de usarlos y respondió que nunca más volvió a subir a un autobús después de que un policía matara a su marido en uno. Todos tenían motivos personales. Una mujer subió al estrado y habló durante mucho tiempo. Se ofendió cuando le dijeron que no podía seguir hablando. «Podría contarles más cosas», dijo. Todos tenían ganas de hablar.

Rosa fue una de las ochenta y nueve personas arrestadas en febrero de 1956 por participar en un boicot sin «causa justa ni legal». (AP/ Wide World Photo.)

El doctor King fue declarado culpable y lo condenaron a pagar una multa de quinientos dólares o a un año de trabajos forzados. No tuvo que hacer ni lo uno ni lo otro, porque la apelación de su condena tuvo éxito. Fue el único al que juzgaron, en realidad. Sin

embargo, entonces estaba más decidido que nunca a continuar el boicot, por cómo nos estaba tratando la ciudad de Montgomery. La gente estaba dispuesta, también. Pasamos la primavera caminando y compartiendo coches.

El boicot de Montgomery había empezado a generar mucho interés más allá de nuestra ciudad, por toda la atención que le dedicaba la prensa. Varias iglesias, escuelas y organizaciones me invitaron a hablar de lo que me había sucedido. Hacía todo lo que podía (aceptaba que me pagaran los gastos, pero no cobraba por hablar) y así ayudaba a recaudar dinero para las camionetas y otros gastos. Pasé casi toda la primavera haciendo apariciones y dando discursos. A Parks le preocupaba mi seguridad, pero no tuve experiencias desagradables.

Viajé por primera vez a Nueva York, invitada por Myles Horton, el fundador de la Highlander Folk School en Monteagle, Tennessee. Su esposa había fallecido recientemente y me pidió que lo acompañara a algunas reuniones en la ciudad. Me quedé con Charlotte y Stewart Meacham, una pareja de cuáqueros. Me enseñaron la ciudad y me gustó verlo todo. Cuando su hijo volvió de vacaciones, me trasladé a una habitación en el Henry Street Settlement del Lower East Side de la ciudad. Acudimos a varias reuniones que trataban de nuestro movimiento de protesta. La gente acostumbraba a pedirme que hablara y, como representaba a la NAACP de Montgomery, me reuní con los representantes nacionales en varias ocasiones.

E. D. Nixon escoltó a Rosa en la escalinata del tribunal en marzo de 1956, en dirección al juicio por el boicot. (AP/Wide World Photo.)

Una de esas ocasiones fue en la convención nacional de la NAACP en San Francisco. Recuerdo que salí de Nueva York y me dirigí hacia allí. Llevaba mucho tiempo fuera de casa y no había podido dormir, así que tenía los nervios a flor de piel. Sin embargo, me habían concertado una entrevista con el reportero de un periódico de San Francisco. Me esforcé al máximo en responder a las preguntas que me hacía, pero parecía que no le decía lo que quería oír, o no sé. Recuerdo que era blanco y que una de las primeras cosas que me dijo fue: «No me mires así». Yo pensaba que le estaba mirando normal. Me puso muy nerviosa. Entonces, me anunció con arrogancia que iba a «abrirme en canal para averiguar quién era en realidad». Quería intimidarme, y lo consiguió.

Me dieron una taza y un platito, para que el fotógrafo que el hombre había traído pudiera fotografiarme como si estuviera tomando té. Temblaba tanto que la taza repiqueteaba. El hombre estaba siendo muy desagradable y yo respondía con tanta amabilidad y educación como era capaz. De repente, ya no pude soportarlo más. Me puse histérica y empecé a gritar y a llorar.

El reportero se limitó a marcharse y a seguir con sus cosas. Nadie me hizo ni caso. Me quedé allí, llorando. Y nunca olvidaré que Roy Wilkins, el director de la NAACP, se me acercó y se sentó junto a mí sin decir una palabra. Pero me rodeó los hombros con el brazo, me dio palmaditas en la espalda y me tranquilizó.

No sé por qué estallé de esa manera. Alguien me explicó que Autherine Lucy también tuvo dificultades para mantener la compostura cuando intentó integrar la Universidad de Alabama. Alguien dijo que sufrió una crisis nerviosa. No sé si sufrió muchas, pero yo sufrí esa.

No estaba acostumbrada a ser el centro de atención y, durante un tiempo, me incomodó mucho que se me identificara con ese incidente. Hasta que entendí que ese incidente era lo que había unido a las masas en el boicot a los autobuses de Montgomery.

En junio, un Tribunal de Distrito especial con tres jueces dictó sentencia dos a uno en favor de nuestra demanda contra la segregación en los autobuses. Sin embargo, los comisarios de la ciudad apelaron al Tribunal Supremo. Sabíamos que el Tribunal Supremo tardaría varios meses en dictar sentencia.

Llegó el verano y yo regresé a Montgomery. Seguíamos sin usar los autobuses. Los blancos intentaron hundir el boicot al impedir que los vehículos de la iglesia se pudieran asegurar. Todas las iglesias contaban con camionetas, en cuyos laterales habían pintado sus nombres, pero no podían circular legalmente si no tenían seguro. Cada vez que una empresa las aseguraba, les cancelaban la póliza súbitamente. Sin embargo, el doctor King se puso en contacto con un agente de seguros negro en Atlanta, T. M. Alexander, que consiguió que Lloyd's of London, la gran compañía aseguradora de Inglaterra, asegurara los vehículos operados por las iglesias.

A continuación, el alcalde Gayle fue a los tribunales para intentar conseguir una orden que impidiera a los negros reunirse en las esquinas mientras esperaban los coches de las iglesias. Dijo que «alteraban el orden público», porque cantaban en voz muy alta y molestaban a la gente. Consiguió que un tribunal emitiera la orden, pero eso sucedió el mismo día que el Tribunal Supremo falló en nuestro favor. La segregación en los autobuses de Montgomery era inconstitucional.

Eso fue el 13 de noviembre de 1956. El doctor King convocó una reunión multitudinaria para contar la noticia y todos estábamos exultantes. Sin embargo, la MIA no pidió que volviéramos a usar los autobuses. La orden escrita del Tribunal Supremo aún tardaría aproximadamente un mes en llegar. No nos subimos a los autobuses hasta que la sentencia fue oficial.

Mientras, en diciembre me invitaron a pasar unos días en la Highlander Folk School. Era la época en que seis estudiantes negros de Clinton, Tennessee, estaban intentando integrar las escuelas y se veían sometidos a una gran presión y peligro en las escuelas blancas, sin que nadie los protegiera. Creo que estaban a punto de rendirse y la gente de Highlander los invitó a Monteagle y luego me invitaron a mí, para ver si podía animarlos para que no se rindieran y resistieran. En esa ocasión, el señor Nixon me acompañó y hablé con los estudiantes. Había un chico muy joven, ahora no recuerdo su nombre, que me explicó que varios chicos blancos se le habían tirado encima y lo habían sujetado en el suelo, pero que pudo sacar el cuchillo y herir a uno en la muñeca y que así pudo escapar. Pero se quedó en la escuela. Después de pasar un tiempo en Highlander, accedieron a volver.

Esa vez me llevé a mi madre conmigo a Highlander. Disfrutó de la visita, pero, cuando la gente de Highlander intentó que me mudara para vivir y trabajar allí, como Septima Poinsette Clark, dijo que no. No quería «estar en un sitio donde solo hay blancos». Así que la cosa se quedó así. De todos modos, en esos momentos mi situación tampoco me permitía marcharme de Montgomery sin más.

Sin embargo, sí que volví a visitar Highlander en varias ocasiones. Una vez fui con el reverendo Robert Graetz, un ministro luterano de Montgomery que había apoyado el boicot. Recuerdo que tuvimos

que marcharnos de Highlander cuando lo llamaron para informarlo de que habían bombardeado su casa. En enero de 1957, volvieron a bombardearla. La casa del reverendo Ralph Abernathy, que en ese momento era el ayudante del doctor King, también había sido bombardeada, al igual que tres iglesias: la de los Primeros Bautistas, la iglesia bautista de Bell Street y la iglesia bautista de Hutchinson Street.

Rosa en la Highlander School junto a su madre, Leona McCauley, (dcha.), y Septima Clark (centro). (Gentileza de Rosa Parks.)

Ese mismo año, asistí al vigésimo quinto aniversario de la Highlander Folk School junto al doctor King.

De vuelta en Montgomery, la orden escrita del Tribunal Supremo de los Estados Unidos llegó el 20 de diciembre y volvimos a los autobuses al día siguiente. El boicot había durado más de un año. El doctor King, el reverendo Abernathy, el señor Nixon y Glen Smiley, uno de los pocos blancos de Montgomery que había apoyado el boicot, subieron al primer autobús integrado de Montgomery. Hay libros que dicen que yo estaba con ellos, pero no fue así. Decidí quedarme en casa y no subir al autobús, porque mi madre no se encontraba bien. Alguien tuvo que decirles a tres reporteros de la revista Look dónde vivía, porque se presentaron en casa y esperaron a que terminara de atender a mi madre (creo que le estaba preparando el desayuno o algo así). Entonces, me vestí y me subí con ellos a un coche. Me llevaron al centro de la ciudad y me hicieron subir y bajar de autobuses para hacerme fotos.

James Blake, el conductor que hizo que me arrestaran, conducía uno de los autobuses en los que me subí. No quiso hacer declaraciones y yo tampoco estaba demasiado contenta de estar allí. La verdad es que habría preferido no hacerlo. Creo que subí a dos autobuses y en cada uno tomaron fotos, hasta que se cansaron. El periodista se sentó detrás de mí en todas las fotografías.

Rosa posa en el asiento delantero de un autobús de Montgomery el 21 de diciembre de 1956, el día en que los autobuses se integraron. (UPI/Bettman.)

James Blake nunca ha hablado acerca de cómo se sintió él durante todo lo sucedido. De vez en cuando, por ejemplo, en los aniversarios del boicot, los periodistas intentan entrevistarlo, pero hasta donde yo sé no lo han conseguido nunca. Recuerdo que, en la década de 1970, leí que un periodista había intentado entrevistarlo, pero que su esposa había dicho que estaba enfermo y que no quería hablar de «ese follón». Sospecho que nunca cambió de actitud respecto a los afroamericanos y al trato que merecíamos. Muchas personas no quieren cambiar, por eso fue tan importante para nosotros que cambiaran las leyes. Así, como mínimo, contábamos

con cierta protección.

Integrar los autobuses de Montgomery no fue tarea fácil. Fueron atacados por francotiradores y la ciudad impuso un toque de queda a su circulación, que quedaba prohibida a partir de las cinco de la tarde. Eso significaba que las personas que trabajaban de nueve a cinco no podían volver a casa en autobús. Un grupo de blancos intentó crear una línea de autobús exclusiva para blancos, pero eso tampoco funcionó. Tal como he mencionado, las casas y las iglesias de algunos ministros fueron bombardeadas, pero, al final, la mayor parte de la violencia remitió. Si el miedo no había conseguido que los negros subieran a los autobuses, ahora no iba a conseguir que se bajaran.

Los afroamericanos de otras ciudades, como los de Birmingham, en Alabama, o los de Tallahassee, en Florida, iniciaron sus propios boicots en los autobuses segregados. El movimiento de acción directa por los derechos civiles acababa de empezar.

11. Nos mudamos a Detroit

No me quedé mucho tiempo en Montgomery después del fin del boicot a los autobuses. Mi hermano organizó la mudanza, porque le preocupaba mucho nuestra seguridad si permanecíamos en Alabama. Ciertamente, sufrimos acoso.

Las llamadas telefónicas amenazantes prosiguieron incluso después de la decisión del Tribunal Supremo. Durante un tiempo, mi marido durmió con una pistola al lado. Bertha Butler, una buena amiga nuestra en Montgomery, dice que había noches en que mi madre la llamaba y tenía largas conversaciones con ella, para que la línea comunicara durante un buen rato y las llamadas de odio no pudieran pasar. Una vez, cuando estaba en la calle, un hombre blanco me reconoció y me hizo un comentario agresivo. Mi fotografía había salido en los periódicos y era muy improbable que pudiera volver a tener un trabajo normal en una empresa blanca en Montgomery.

Mi hermano, que se había mudado a Detroit después de la Segunda Guerra Mundial, no volvió nunca a Alabama. Ni una sola vez. Nos dijo que nos ayudaría a instalarnos en Detroit, así que nos trasladamos allí en 1957. Para entonces, las llamadas de odio casi habían cesado, pero pensamos que nuestra vida sería mejor en Detroit.

El día antes de que nos marchásemos, nuestros amigos de Montgomery organizaron un evento para nosotros y recaudaron algo de dinero como regalo de despedida. Fueron unos ochocientos dólares y les estuvimos muy agradecidos, porque no teníamos demasiado dinero. Mi hermano Sylvester nos había alquilado un apartamento en un piso alto en Euclid Avenue, en Detroit, y mi marido, mi madre y yo nos trasladamos allí.

Yo seguía viajando y haciendo apariciones. Aproximadamente un

mes después de llegar a Detroit, viajé a Boston, Massachusetts. Allí conocí al presidente del Instituto Hampton, una facultad negra en Hampton, Virginia. Me preguntó si aceptaría un trabajo como recepcionista de la Holly Tree Inn, que era la residencia y casa de invitados en el campus. Me encargaría de los huéspedes ajenos al campus y también de los hombres y mujeres, profesores y personal, que vivían allí. Cuatro mujeres trabajaban a media jornada para limpiar las habitaciones y yo las supervisaría. Acepté el trabajo en Hampton con la esperanza de que también hubiera un sitio para mi marido y mi madre, pero no pudo ser y ellos se quedaron en Detroit. Ninguno estábamos bien, aunque a Parks le fueron bastante bien las cosas y estudió para obtener su licencia de barbero mientras yo estuve fuera. El estado de Míchigan exigía que los barberos tuvieran licencia para poder trabajar. Encontró trabajo como profesor y encargado de mantenimiento en una escuela para barberos. También se registró como votante por primera vez en su vida. Yo me sentía sola y no me gustaba estar alejada de mi familia.

Estaba en el Instituto Hampton cuando Martin Luther King Jr. fue apuñalado en Nueva York en verano de 1958. Recuerdo que estaba leyendo Marcha hacia la libertad, su primer libro, en un ejemplar que me había autografiado personalmente cuando lo oí en las noticias. Había estado firmando ejemplares de ese libro en una biblioteca de Nueva York cuando una mujer enajenada se le acercó y lo apuñaló. Estaba ingresado en el hospital en estado muy crítico.

Fue un golpe terrible para mí. Perdí los nervios y lloré. Me alegré mucho cuando supe que la operación había sido un éxito y que se iba a recuperar.

Me resultó muy difícil vivir sola esa experiencia. Además, mientras estuve en Hampton tampoco estuve demasiado bien de salud. Durante las vacaciones de Navidad volví a casa, en Detroit, y acudí al médico para una operación quirúrgica menor. Pregunté en Hampton para ver si podía encontrar alojamiento para los tres y conseguir a mi marido un empleo en la barbería para negros local, pero no conseguí ni lo uno ni lo otro. En el anexo de la Holly Tree Inn había un apartamento y solicité que me dejaran usarlo, pero nunca me autorizaron a ello. No me dijeron exactamente por qué, aunque creo que querían reservarlo para el personal docente.

Mi marido y mi madre me echaban mucho de menos y a mí se me hacía muy cuesta arriba quedarme en Hampton sola y preocupada por ellos. En Hampton deseaban sinceramente que me quedara y marcharme me producía sentimientos encontrados, porque el trabajo me gustaba y el campus era precioso. Pero sentí que tenía que volver a Detroit.

De nuevo en Detroit, trabajé en casa de una amiga costurera y luego en una pequeña fábrica textil en el lado oeste de la ciudad. En 1961, nos mudamos a un piso más bajo en Virginia Park.

Seguía viajando bastante para hablar del boicot a los autobuses y del movimiento de derechos civiles, que ahora ya era muy activo. El doctor King y otros ministros habían formado la Conferencia Sur de Liderazgo Cristiano (SCLC) para luchar contra la segregación en otras áreas de la vida en el sur. Volví al sur para asistir a las convenciones de la SCLC y también estaba allí cuando se convocaban manifestaciones o marchas multitudinarias.

Recuerdo una convención de la SCLC en concreto. Se celebró en Birmingham, Alabama, una de las ciudades donde la segregación era más intensa. Allí fue donde los blancos bombardearon una iglesia y mataron a cuatro niñas negras. Estaba sentada entre el público, cerca del escenario. El doctor King estaba clausurando la convención con varios anuncios cuando, de repente, un hombre blanco saltó al escenario de entre el público y le propinó al doctor King un puñetazo en la cara con tal fuerza que lo hizo girar. Pilló a todo el mundo desprevenido y, antes de que nadie pudiera hacer nada al respecto, el hombre volvió a golpear al doctor King, que intentaba protegerse de los golpes. Entonces, de repente, el doctor King se volvió hacia el hombre y dejó caer las manos. El hombre blanco se quedó tan sorprendido que se lo quedó mirando un instante, suficiente para que el reverendo Wyatt Tee Walker y otros se interpusieran.

Entonces, el doctor King gritó: «¡No lo toquéis! ¡Recemos por él!», y empezó a hablar en voz baja al hombre y le siguió hablando mientras se lo llevaban poco a poco del escenario. Parecía que se esforzaban más en tranquilizar al hombre que en atender al doctor King.

Me dirigí a la zona detrás del escenario y le ofrecí dos aspirinas y una Coca-Cola, mi remedio para el dolor de cabeza, mientras él se sujetaba un pañuelo lleno de hielo sobre la cara. Más adelante, explicó ante la convención que había hablado con el hombre y que este pertenecía al Partido Nazi Americano. El Partido Nazi Americano es una organización muy racista. Sin embargo, el doctor King se negó a presentar cargos contra él. Para muchos de nosotros, eso fue la prueba de que el convencimiento del doctor King respecto a la no violencia era tan sólido que superaba incluso a su instinto de protegerse de los ataques.

También asistí a la marcha a Washington de 1963 para exigir leyes federales que protegieran los derechos civiles. A las mujeres no nos permitieron desempeñar un papel relevante. El comité organizador de la marcha no quiso que Coretta Scott King ni el resto de las esposas de los líderes varones marcharan junto a sus maridos. Así que organizaron una procesión separada para ellas. Tampoco había oradoras en la programación, la misma en la que el doctor King pronunció su célebre discurso «Tengo un sueño» frente al Monumento a Lincoln.

Sí que hubo un «Tributo a las mujeres», en el que A. Philip Randolph, uno de los organizadores de la marcha y el fundador de la Hermandad de los Conserjes de Coches Cama, presentó a algunas de las mujeres que habían participado en la lucha, y yo fui una de ellas. Otra fue Josephine Baker, la bella bailarina y cantante que había pasado la mayor parte de su vida en Europa, pero que había defendido los derechos civiles cuando estuvo en los Estados Unidos. Voló desde París solo para asistir a la marcha. Marian Anderson cantó «He's Got the Whole World in His Hands» y Mahalia Jackson cantó «I've Been 'Buked and I Been Scorned». Según recuerdo, las que no cantamos no pudimos decir nada, excepto Lena Horne, a la que presentaron y proclamó a voz en grito: «¡Libertad!». Ahora, las mujeres no tolerarían que las relegaran de este modo, pero, entonces, los derechos de las mujeres aún no eran tan populares.

Hablé en la séptima convención anual de la SCLC en Richmond, Virginia, el mes siguiente. Otras personas hablaron acerca del movimiento de derechos civiles en otras ciudades. A esas alturas, la población negra de las ciudades y los pueblos en todo el sur se

había organizado y protestaba contra la segregación.

El movimiento en defensa de los derechos civiles ejerció un efecto muy profundo. Aunque no cambió la manera de sentir y de pensar de muchos sureños blancos, sí que marcó una gran diferencia para los políticos de Washington DC. El presidente entonces era Lyndon Baines Johnson, que había nacido y crecido en Texas. Fue él quien impulsó la Ley de Derechos Civiles de 1964, la legislación más amplia promulgada desde el final de la guerra de Secesión. El objetivo de la ley era garantizar el derecho de los negros a votar y a usar alojamientos públicos y ordenaba al Gobierno federal procesar a quienes no obedecieran la ley. Cuando firmó la ley para que se hiciera efectiva, Johnson dijo: «Venceremos», aludiendo a «We Shall Overcome», una canción que habíamos cantado en múltiples ocasiones durante el boicot al autobús de Montgomery y que los defensores de los derechos civiles, tanto negros como blancos, habían cantado también muchas veces durante la lucha que siguió.

La Ley de Derechos Civiles de 1964 no resolvió todos nuestros problemas, pero sí que ofreció a la población negra cierta protección y un modo de reparar las injusticias que pudiéramos sufrir. Quedaban más derechos civiles que conseguir y el movimiento por los derechos civiles continuó.

A principios de 1965, el doctor King y la SCLC decidieron organizar una campaña de manifestaciones en Selma, Alabama, donde no estaban teniendo demasiado éxito a la hora de conseguir que los ciudadanos negros se registraran para votar. Decidieron llenar las cárceles haciéndose arrestar deliberadamente y eso irritó a la policía local. A principios de febrero, el sheriff de Selma, Jim Clark, y sus hombres rodearon a un grupo de unos ciento cincuenta niños que se estaban manifestando en el centro de la ciudad. Los echaron de la ciudad en grupo, como si fueran ganado, y los hicieron trotar por caminos rurales mientras los azuzaban con picanas eléctricas para obligarlos a mantener el ritmo. La escena fue retransmitida por televisión y los activistas de los derechos civiles se enfurecieron. Gente de todos los rincones del país se dirigió a Selma y el doctor King decidió organizar una marcha multitudinaria de Selma a Montgomery, que estaba a unos ochenta kilómetros de distancia. Se programó para el 7 de marzo de 1965.

La SCLC solicitó una autorización para la marcha y obtuvo permiso para desplazar a un máximo de trescientos participantes por los tramos de dos carriles de la autopista 80 entre las ciudades. En los tramos de cuatro carriles, más próximos a Selma y a Montgomery, podía haber un número ilimitado de manifestantes.

Los participantes salieron de Brown's Chapel, en Selma, en domingo, y hasta la noche del miércoles no llegaron a las afueras de Montgomery. La marcha estaba muy organizada. En los tramos en los que la autopista 80 tenía cuatro carriles habría hasta tres mil personas, pero en los de dos carriles no superarían las trescientas. Los organizadores montaron puntos de acampada y prepararon abundante comida y ropa. Personas como Dick Gregory, el cómico famoso por sus huelgas de hambre para llamar la atención sobre los derechos civiles y la pobreza, y Harry Belafonte, el cantante, entretenían a los manifestantes cuando se detenían para acampar por la noche. Incluso repartieron chaquetas de distintos colores para identificar a las personas que habían hecho el recorrido completo desde Selma.

El jueves era el día de la marcha definitiva hasta el edificio del Capitolio y ese fue el día en que me incorporé a la marcha. En ese tramo hubo muchas personas importantes, pero el señor E. D. Nixon no fue una de ellas. No promovió la marcha en absoluto, no le parecía una buena idea. Se quedó mirando desde fuera. Creo que estuve junto a él un rato, en una de las ocasiones en que me expulsaron.

La marcha de Selma a Montgomery. De izquierda a derecha: Rosa, el reverendo David Abernathy, la señora Juanita Abernathy, el embajador Ralph Bunche, Martin Luther King Jr., Jean Young, Coretta Scott King y el reverendo L. V. Reese. (Fotografía de Elaine Tomlin/Gentileza de la SCLC.)

Participar en la marcha fue una experiencia muy extraña. A mí me daba la impresión de que hacía muy poco que me había ido de Alabama, pero durante el tiempo que llevaba fuera habían crecido muchos jóvenes. No sabían quiénes eran y yo no les importaba en absoluto, porque no me conocían. Al parecer, los manifestantes del último tramo tenían que llevar chaquetas, o ropa, de un color

determinado y yo no iba vestida con el color adecuado. Me empujaban constantemente para sacarme de la marcha diciéndome que yo no podía estar allí. Me sacaron unas tres o cuatro veces. Cada vez que me expulsaban, me quedaba al lado, mirando, hasta que alguien pasaba y me decía: «Señora Parks, vamos, entre en la manifestación». A lo que yo respondía: «Ya estaba dentro, pero me han sacado fuera». Entonces, decían: «Bueno, pues venga y camine junto a mí esta vez».

Recuerdo que anduve durante un rato con Lillian, la esposa de Dick Gregory. También anduve con Odetta, la cantante de góspel. Sin embargo, por algún motivo no pude quedarme con ellos o no podía seguir su ritmo, y al final algún joven me acababa sacando fuera. De todos modos, yo volví a incorporarme una y otra vez y avancé como pude hasta recorrer los trece kilómetros hasta el Capitolio.

Cuando llegamos al centro, alguien me hizo avanzar hasta la primera fila y me hicieron una foto con Roy Wilkins, el director de la NAACP, Ralph Bunche, el primer afroamericano en ganar un premio Nobel de la paz, y otras personas importantes. De todos modos, lo que más recuerdo de la marcha es haber sido expulsada de ella.

Lo otro que recuerdo de ese día es que, cuando llegamos al Capitolio, había mucha gente blanca hostil que nos gritaba y abucheaba. Sí, habíamos integrado los autobuses, pero en Montgomery aún quedaba mucho trabajo por hacer si queríamos que las dos razas vivieran en paz.

Entonces nos enteramos del asesinato de la señora Viola Liuzzo. Era de Detroit, aunque yo no la conocía. Era un ama de casa blanca con convicciones muy firmes acerca de los derechos civiles que había decidido conducir hasta Alabama para ayudar en la marcha de Selma a Montgomery. Ella y un joven voluntario negro estaban cruzando el condado de Lowndes de camino a Montgomery, para ayudar a los manifestantes a regresar a Selma, cuando un coche lleno de miembros del Ku Klux Klan se les acercó y la mató de un tiro.

La noche anterior había tenido un sueño muy extraño y no había podido dormir demasiado. Sufría de insomnio ocasional desde

pequeña y esa fue una de las noches en que tuve dificultades para conciliar el sueño. Cuando por fin lo conseguí, tuve un sueño muy raro. Mi marido y yo estábamos en un campo, en algún lugar, y había un cartel enorme delante de nosotros. Vi que había alguien armado e intenté decirle a mi marido: «Parks, corre y escóndete, podrían dispararte». Entonces, un hombre vestido con un mono de tejido vaquero (no lo conocía) salió desde atrás del cartel. Yo estaba en un extremo y él en el otro y me apuntó con la escopeta para dispararme. Entonces me desperté. Encendí la televisión y fue así como supe que habían disparado a la señora Liuzzo.

El presidente Lyndon B. Johnson (dcha.) con (desde la izda.): el congresista Walter Fauntroy, Martin Luther King Jr. y el reverendo Ralph David Abernathy, después de la ratificación de la Ley de Derecho al Voto en 1965. (Fotografía de Y. R. Okamoto/Gentileza de la Biblioteca LBJ.)

Supongo que fue una especie de premonición, porque recuerdo haber pensado que algo no iba bien. Aunque la marcha había terminado, sentí que algo iba mal. Ella era de Detroit y, por algún motivo, nadie había caído en avisarla de que por la noche no podía ir arriba y abajo en el coche acompañada de negros. Era algo escandaloso, pero, en el sur de entonces, era una de las cosas que una daba por sentadas.

Asistí al funeral de Viola Liuzzo y conocí a su marido y a sus hijos.

En agosto de ese mismo año, 1965, el presidente Johnson ratificó la Ley de Derecho al Voto. Establecía que las personas negras a quienes los funcionarios locales negaran la posibilidad de registrarse para votar podrían hacerlo ante examinadores federales. Fue otra ley que ayudó a la población negra del sur, una ley muy importante.

Ambas leyes fueron el resultado directo de las protestas no violentas de personas negras y de las personas blancas que las apoyaban. El doctor King creía firmemente en el concepto de no violencia. Había leído mucho acerca de cómo Mohandas Gandhi había usado las manifestaciones no violentas en la India para lograr la independencia de Gran Bretaña. Gandhi dijo que no se debía responder a la violencia con violencia y el doctor King dijo que no se debía ser violento, y creo que ese fue el único motivo por el que los afroamericanos pudieron lograr tantas victorias contra la segregación.

Cuando pienso en mi infancia y en los problemas que tuvimos, me doy cuenta de que no sabíamos nada acerca de la no violencia, a pesar de que no hacíamos nada que pudiera provocar nuestro linchamiento. Siempre pensamos que si hablábamos de forma violenta y decíamos lo que haríamos si nos hacían algo, conseguiríamos más que con la no violencia. Antes he explicado lo que mi madre me dijo cuando era muy pequeña, pero nunca pude aceptar que me empujaran, aunque pudiera costarme la vida. Me criaron para que me sintiera orgullosa de mí misma y defenderme con agresividad me había funcionado bien. Sé que mi marido dijo que, cuando él era adolescente, o incluso ya un hombre joven en su ciudad natal al este de Alabama, tampoco había sabido nada de la no violencia. Sabía que tenía que hablar con mucho aplomo si

quería protegerse.

La mayoría de las personas negras de Montgomery pensaban de un modo parecido. A título personal, era fácil confundir la no violencia con la cobardía. El concepto de la acción no violenta multitudinaria era nuevo y muy controvertido. Había quien pensaba que era demasiado arriesgado y que solo conseguiría provocar más violencia. Nadie lo había intentado antes en los Estados Unidos. Yo había leído acerca de Gandhi en la India, pero nunca había aplicado su filosofía a nuestras protestas individuales. Sin embargo, cuando la población negra de Montgomery al completo se unió de un modo no violento, vi que la estrategia podía tener éxito. También lo tuvieron las otras protestas en los días en que la lucha era contra la segregación.

Ni siquiera hoy soy una defensora absoluta de la no violencia en todas las situaciones. Sin embargo, creo firmemente que el movimiento en defensa de los derechos civiles de las décadas de 1950 y 1960 nunca habría tenido tanto éxito sin el doctor King y su fe absoluta en la no violencia.

12. Los años que siguieron

En 1964, John Conyers, un abogado afroamericano que había trabajado como asesor legislativo del congresista John Dingle, se presentó como candidato al Congreso para el primer distrito congresual de Míchigan. Me pidió que avalara su candidatura y lo hice, porque me gustaba lo que decía y la legislación que quería aprobar. Cuando ganó las elecciones, me pidió que trabajara para él en su despacho de Detroit. Empecé el 1 de marzo de 1965, poco después de la marcha de Selma a Montgomery. Trabajé con él hasta que me jubilé, el 30 de septiembre de 1988. Era recepcionista y auxiliar administrativa y ayudaba a buscar alojamiento para personas sin hogar y cosas así.

El mismo año en que empecé a trabajar para John Conyers dispararon a Malcolm X. No lo conocía, aunque la sede de la Nación del Islam estaba en Detroit, donde tenían su Templo Número 1. Cuando nosotros llegamos a Detroit, él estaba en Nueva York dirigiendo el gran templo allí. La Nación del Islam predicaba el odio a los blancos y yo nunca estuve de acuerdo con odiar a nadie. Sin embargo, los musulmanes tenían mucho éxito convirtiendo a hombres en la cárcel y consiguiendo que llevaran vidas legales una vez fuera. Se tomaban muy en serio que la población negra saliera adelante, tuviera sus propios negocios y forjara vínculos familiares sólidos.

Malcolm X se había convertido al islam en la cárcel. Había sido un delincuente profesional y usaba el apodo de «Detroit Red». Su vida cambió por completo cuando se unió a la Nación del Islam. Luego viajó a La Meca, en Arabia Saudí, la base de la religión musulmana original, y descubrió que los musulmanes de otras partes del mundo no eran racistas y no predicaban el odio a los blancos. Abandonó la Nación del Islam y, cuando lo mataron en febrero de 1965, estaba intentando construir una organización que no predicara el odio.

Lo conocí justo la semana antes de que lo mataran. Había venido a Detroit a hablar y yo estaba sentada en la primera fila. Habían atacado su hogar de Nueva York con bombas incendiarias y toda su ropa había resultado dañada por el fuego y el agua, pero vino a Detroit igualmente, porque se había comprometido a ello. Hablé con él y me firmó el programa. Había cambiado su manera de hablar y de expresarse. Ya le había oído hablar antes, pero su mensaje en ese momento era absolutamente distinto. Lo admiraba mucho, teniendo en cuenta su historia y sus orígenes y lo mucho que había tenido que luchar hasta conseguir ser respetado como el líder de la Nación del Islam. Era un hombre brillante. No estuve en completo desacuerdo con él ni siquiera cuando estuvo con la Nación del Islam.

Recuerdo que habló de la violencia. Habló de la expresión: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen», que es lo que dijo Jesucristo cuando lo crucificaron. El doctor King acostumbraba a decir que los negros debíamos recibir la brutalidad con amor y yo creía que ese era el objetivo por el que tenía que trabajar. Sin embargo, nunca conseguí llegar a ese punto en mi mente, ni siquiera aunque sé como sé que, probablemente, para la gran mayoría de las personas de Montgomery, la estrategia del doctor King fue mejor que si hubieran optado por rebelarse sin armas ni municiones.

Malcolm tampoco apoyaba la no violencia. En alusión a lo que el doctor King había dicho sobre que la gente no sabía lo que hacía, acostumbraba a decir que los racistas blancos que atacaban las manifestaciones no violentas en defensa de los derechos civiles «no solo sabían lo que hacían, sino que eran verdaderos expertos haciéndolo».

Cuando llevaba tres años trabajando en el despacho de John Conyers, el doctor King fue asesinado de un disparo; fue el 4 de abril de 1968. Recuerdo que mi madre y yo estábamos escuchando la radio. Se acercaba Semana Santa y el doctor King acostumbraba a retransmitir sus sermones durante la Cuaresma. Sin embargo, ese año, el doctor King estaba en Memphis, Tennessee, donde había prometido participar en una marcha en apoyo de los basureros negros. Así que fue otro ministro quien habló por la radio. Era uno

de los que sentían un profundo desagrado por el doctor King, creo que debido a su gran popularidad y a su magnetismo, que hacía que la gente gravitara hacia él. Mi madre y yo lo estábamos escuchando y comentamos: «Vaya, el enemigo del doctor King está en las ondas». Y, justo cuando el ministro estaba en pleno sermón, interrumpieron la emisión para decir que habían disparado al doctor King. Fue absolutamente devastador.

Poco después, informaron por la radio de que el disparo había sido fatal. Por algún motivo, no me afectó tanto como el primer ataque, cuando lo apuñalaron. La primera vez que lo atacaron, no podía concebir que nadie quisiera hacerle daño. Cuando lo asesinaron, ya me había hecho a la idea de que había mucha gente que le deseaba lo peor. Sentí una sensación de pérdida muy profunda. Mi madre y yo lloramos juntas, en silencio.

Me preparé para ir a Memphis. En aquella época, Louise Tappes, una amiga de Detroit, y yo viajábamos juntas, porque a Parks no le gustaba demasiado moverse de casa. Nos reunimos con más personas y acudimos a Memphis para participar en la marcha en la que tendría que haber participado el doctor King. El señor Sheldon Tappes, el marido de Louise, era un dirigente obrero en el sindicato United Auto Workers y lo organizó todo. Harry Belafonte, el cantante, me llevó en su avión privado a Atlanta para el funeral del doctor King. El senador Robert Kennedy y su esposa, Ethel, asistieron al funeral. Los conocí antes de la ceremonia, en casa de la señora King.

Poco después soñé con el doctor King. Estaba ascendiendo por una chimenea sobre un hogar muy grande. Estaba sentado en una especie de asiento redondo y de cara a mí. Iba vestido con ropa de trabajo, con vaqueros. Y, frente a él y de espaldas a mí, había un joven blanco, de cabello oscuro y constitución pequeña. No le di demasiadas vueltas, pero en junio asesinaron a Robert Kennedy. Y recordé el sueño.

Era como si estuviéramos perdiendo a todas las personas que nos parecían buenas.

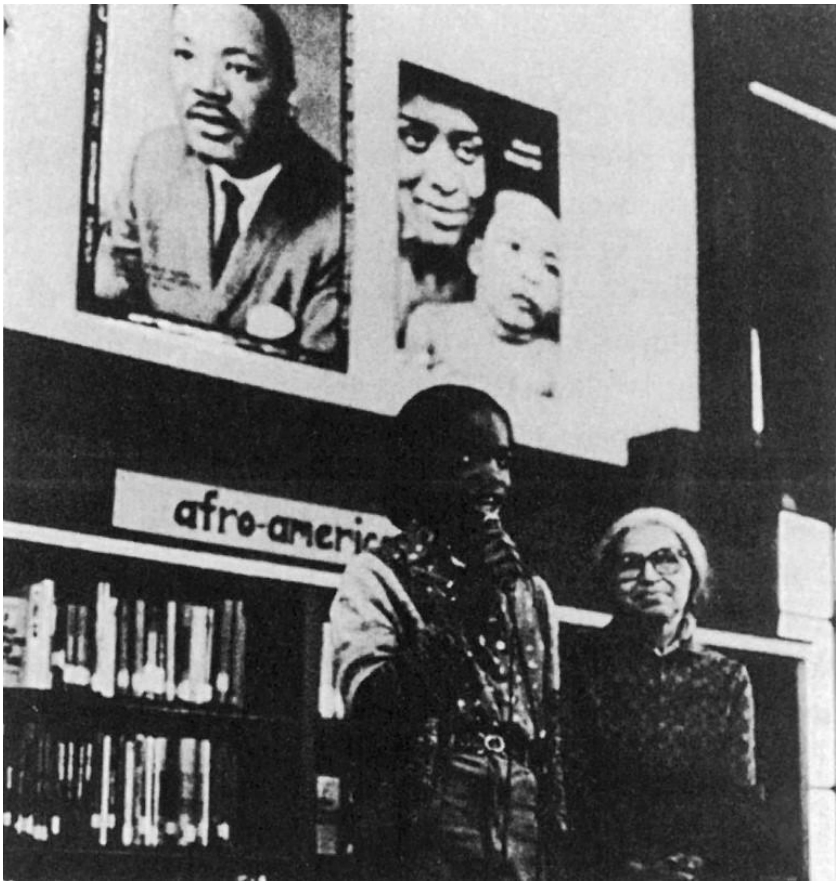
Recuerdo la década de 1970 como un periodo en el que perdí a la gente a la que más quería. Mi marido, mi madre y mi hermano

estaban enfermos y hubo un momento en el que cada día acudía a tres hospitales distintos para visitarlos. Tuve que dejar de trabajar a jornada completa y limitarme a media jornada. Parks falleció en 1977, a los setenta y cuatro años de edad, después de cinco años luchando contra el cáncer. Mi hermano, Sylvester, falleció tres meses después, también de cáncer. Mi madre también tenía cáncer y, cuando mi marido murió, tuve que ingresarla en una residencia durante un año, porque no podía atenderla adecuadamente y trabajar. Sin embargo, la visité cada día, siete días a la semana, para desayunar, almorzar y cenar con ella.

En 1978 me trasladé a un edificio de pisos para personas mayores, saqué a mi madre de la residencia y la cuidé en casa hasta que falleció en 1979, a los noventa y un años de edad.

Yo tampoco estaba demasiado bien de salud, pero seguí trabajando. No podía hacer todo lo que quería hacer, pero hacía todo lo que podía.

Una de las cosas que siempre había querido hacer era fundar una organización para ayudar a los jóvenes. En 1987 fundé el Rosa and Raymond Parks Institute for Self-Development y, desde entonces, he trabajado mucho para recaudar dinero para este.



Rosa Parks en una escuela de Detroit durante la Semana de la Historia Negra. (Gentileza de Rosa Parks.)

Concibo el instituto como un entorno semejante al de un centro comunitario que ofrece programas a los jóvenes para ayudarlos a continuar con su educación y tener esperanza para el futuro. Se trata de un objetivo que siempre ha sido importante para mí. Es algo de lo que mi marido y yo habíamos hablado con frecuencia, porque él no había podido estudiar de joven. Mediante el instituto, espero poder ofrecer becas a jóvenes que las necesiten y ofrecer cursos en habilidades de comunicación, economía, conciencia política y conciencia de la salud, para ayudarlos a hacer realidad su

mayor potencial y dotarlos de habilidades que les permitan salir al mercado y convertirse en ciudadanos productivos con algo que aportar a la sociedad. Me gustaría que tuvieran la misma sensación de esperanza, dignidad y orgullo que mi familia y mis maestros instilaron en mí.

Elaine Steele es la cofundadora y la directora ejecutiva del instituto. También se encarga de toda la organización y viaja conmigo cuando me invitan a hablar o a intervenir en distintas organizaciones de todo el país. Sucede con mucha frecuencia, a pesar de que ya han pasado más de treinta años del boicot al autobús de Montgomery.

Me resultaría muy difícil ofrecer una lista completa de todas las ciudades, pueblos y organizaciones que me han homenajeado o me han invitado a formar parte de algún evento especial. Estoy segura de que me olvidaría de alguna y de ningún modo quiero que nadie se sienta menospreciado. Sin embargo, sí que me gustaría mencionar dos ocasiones en las que me han homenajeado en Montgomery, donde todo empezó.

El autobús donde me arrestaron en diciembre de 1955 pertenecía a la línea de Cleveland Avenue. Ahora, Cleveland Avenue se llama Rosa Parks Boulevard.

Raymond Parks, Louise Tappes, Rosa, Septima Clark y Coretta Scott King en Detroit, 1965, en el Comité de la Women's Political Action para homenajear a Rosa. (Gentileza de Rosa Parks.)

En noviembre de 1989, se inauguró un monumento en Montgomery. La estatua, erigida por el Southern Poverty Law Center, fue diseñada por Maya Lin, la arquitecta responsable del Monumento a los Veteranos de Vietnam, en Washington DC. Los nombres de cuarenta hombres y mujeres que murieron defendiendo los derechos civiles están grabados en una tabla circular de granito negro colocada delante de una pared curvada por la que cae una cascada de agua que forma una delicada película sobre las palabras del doctor King:

«… hasta que corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo».

Me enorgulleció mucho que me invitaran a la inauguración de un monumento tan especial.

A medida que ha ido pasando el tiempo, la gente ha exagerado cada vez más mi lugar en la historia del movimiento por los derechos civiles. Me llaman «madre del movimiento por los derechos civiles» y «santa patrona del movimiento por los derechos civiles ». Tengo más títulos honoris causa, placas y premios de los que puedo contar y agradezco y valoro todos y cada uno de ellos. Aún hoy, los entrevistadores solo quieren hablar de esa tarde de 1955 en que me negué a ceder mi asiento en el autobús. Las organizaciones quieren seguir concediéndome premios por ese acto de hace más de treinta años. Acudo encantada allá donde me inviten y acepto de grado cualquier honor que quieran concederme. Entiendo que soy un símbolo.

La calle 12 de Detroit, 1975, recibe el nombre de Rosa Parks Boulevard. (Gentileza de Rosa Parks.)

Sin embargo, nunca he acabado de acostumbrarme a ser una «persona pública». No me gusta demasiado que mi estado de salud sea una cuestión pública. Cuando envejeces, es normal que tu salud se deteriore. Ahora, salgo en el periódico cada vez que voy al

hospital. Cuando me implantaron un marcapasos en el Hospital Johns Hopkins de Baltimore en 1988, salió en los periódicos. Y, cuando sufrí palpitaciones en febrero de 1989 y tuvieron que volver a hospitalizarme, también. De todos modos, es agradable recibir tarjetas, flores y deseos de recuperación de personas de todo el país.

Mi vida ha cambiado mucho desde 1955. He viajado mucho más de lo que nunca pensé que viajaría y he conocido a muchas personas a las que no habría conocido de otro modo. Hay personas que, cuando hablan conmigo, me aseguran que he influido en sus vidas de múltiples maneras.

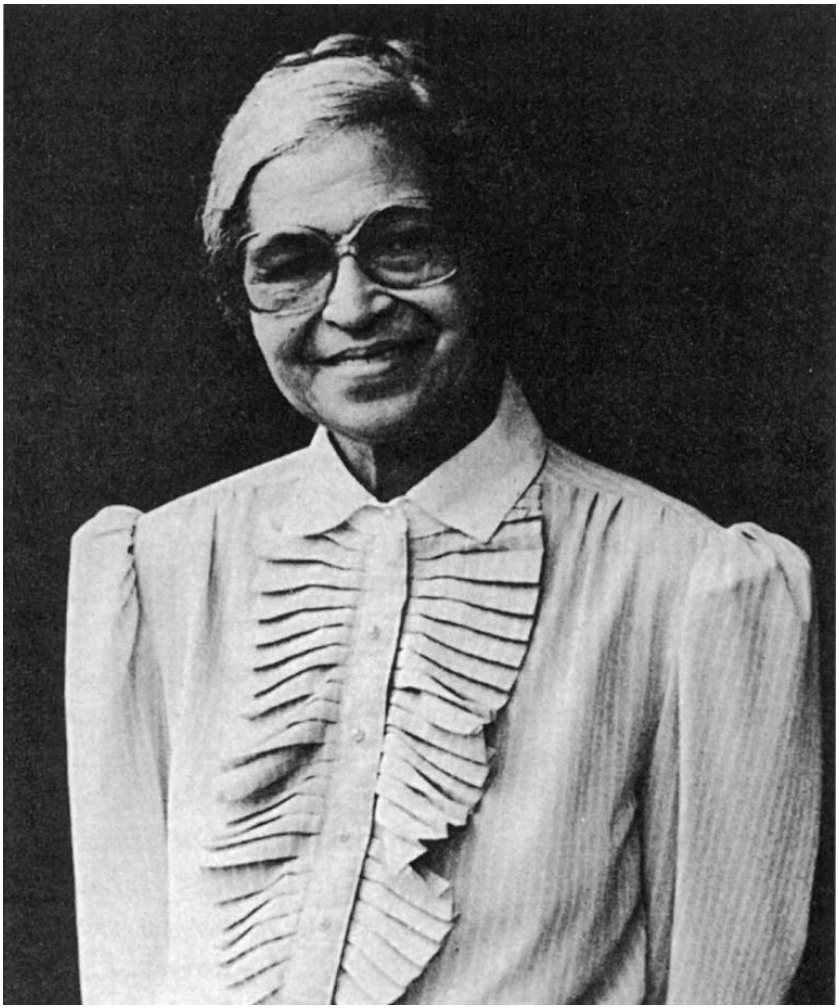
Cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de lo mucho que hemos avanzado en varios aspectos desde esa tarde en el autobús de Montgomery. Ahora, los jóvenes se pueden registrar como votantes sin que los amenacen y pueden votar sin miedo. En las fuentes no hay carteles que indiquen «Negros» o «Blancos». Hay ciudades con alcaldes negros o jefes de policía negros. Tom Bradley fue el primer alcalde afroamericano de una gran ciudad estadounidense. Douglas L. Wilder fue elegido gobernador de Virginia y se convirtió en el primer gobernador negro de un estado. Y, hace treinta años, nadie habría podido creer que Jesse Jackson, un hombre negro, se pudiera presentar a la presidencia de los Estados Unidos y conseguir votos blancos en las elecciones primarias estatales.

Todas esas leyes contra la segregación se han aprobado y todo ese progreso es real. Sin embargo, aún hay muchas personas blancas cuyos corazones no han cambiado. El doctor King decía con frecuencia que cambiar una ley no significaba que los corazones hubieran cambiado de repente, sino que conseguíamos algo de protección. Tenía razón. Ahora estamos más protegidos, pero aún hay mucho racismo y violencia racial.

Durante los últimos años, hemos podido presenciar un resurgimiento de actitudes reaccionarias. Me preocupan profundamente las recientes decisiones del Tribunal Supremo que complican demostrar una pauta de discriminación racial en la contratación de trabajadores y también que el Gobierno nacional no parezca demostrar demasiado interés por las violaciones de los derechos civiles. Lo que me preocupa es que muchos jóvenes,

estudiantes universitarios incluidos, defienden la supremacía blanca y que cada vez haya más incidentes racistas y de violencia racial en los campus universitarios. No se ha generalizado, pero no por ello deja de ser perturbador. Aún nos queda mucho camino que recorrer.

Algunos de los acontecimientos ocurridos recientemente me entristecen mucho. Intento mantener viva la esperanza, pero no siempre me resulta fácil. He pasado más de la mitad de mi vida enseñando amor y compañerismo y siento que es mejor seguir intentando enseñar y vivir la igualdad y el amor que el odio o el prejuicio. Todos viviendo juntos en paz y armonía y amor…, ese es el objetivo que buscamos y estoy convencida de que, cuantas más personas alcancen esa manera de pensar, mejor estaremos todos.



Retrato de Rosa Parks, década de 1980. (Gentileza de Rosa Parks.)

Cronología

4 de febrero de 1913 Rosa McCauley nace en Tuskegee, Alabama, Estados Unidos. 1918 Empieza a estudiar en la escuela de Pine Level, Alabama. 1924 Empieza a asistir a la escuela en Montgomery. 1929 Abandona la escuela para cuidar de su abuela. Diciembre de 1932 Se casa con Raymond Parks en Pine Level, Alabama. 1933 Termina la educación secundaria. Diciembre de 1943 La nombran secretaria de la NAACP. 1943 Intenta registrarse para votar, pero se lo impiden. La expulsan por primera vez de un autobús por no querer subir por la puerta trasera. 1944 Intenta registrarse para votar una segunda vez, pero vuelven a rechazarla. 1945 Por fin recibe el certificado para votar. 1949 Asesora del Consejo de Juventud de la NAACP. Verano de 1955 Asiste a unos talleres en la Highlander Folk School en Monteagle, Tennessee, por primera vez. Agosto de 1955 Conoce al doctor Martin Luther King Jr. 1 de diciembre de 1955 Es arrestada por no ceder su asiento a un hombre blanco en un autobús de Montgomery. Enero de 1956 Pierde el trabajo en los grandes almacenes Montgomery Fair. 21 de febrero de 1956 Vuelven a imputarla por participar en el boicot. 13 de noviembre de 1956 El Tribunal Supremo de los Estados Unidos declara inconstitucional la segregación en los autobuses de Montgomery. 21 de diciembre de 1956 Los boicoteadores vuelven a los autobuses. 1957 Rosa Parks se traslada a Detroit. 1963 Asiste a la marcha por los derechos civiles en Washington. Habla en la convención anual de la SCLC. Marzo de 1965 Participa en la marcha de Selma a Montgomery. 1965 Empieza a trabajar para el congresista John Conyers en Detroit. 1977 Raymond Parks muere. 1979 Leona McCauley, la madre de Rosa, muere. 1987 Funda el Rosa and Raymond Parks Institute for Self-Development. Septiembre de 1988 Se jubila en el despacho de John Conyers. Noviembre de 1989 Asiste a la inauguración del Monumento a los Derechos Civiles en Montgomery, Alabama. 28 de febrero de 1991 Inauguración del busto de Rosa Parks en el Smithsonian. 24 de octubre de 2005 Fallece en Detroit.

Su opinión es importante.

En futuras ediciones, estaremos encantados

de recoger sus comentarios sobre este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

Para adquirir nuestros títulos, consulte con su librero habitual.

«Como artistas tal vez no tengamos necesidad de intervenir en los acontecimientos de nuestro siglo. Pero como hombres sí.»*

ALBERT CAMUS

«I cannot live without books.»

«No puedo vivir sin libros.»

THOMAS JEFFERSON

Plataforma Editorial planta un árbol

por cada título publicado.

* Frase extraída de Breviario de la dignidad humana (Plataforma Editorial, 2013).